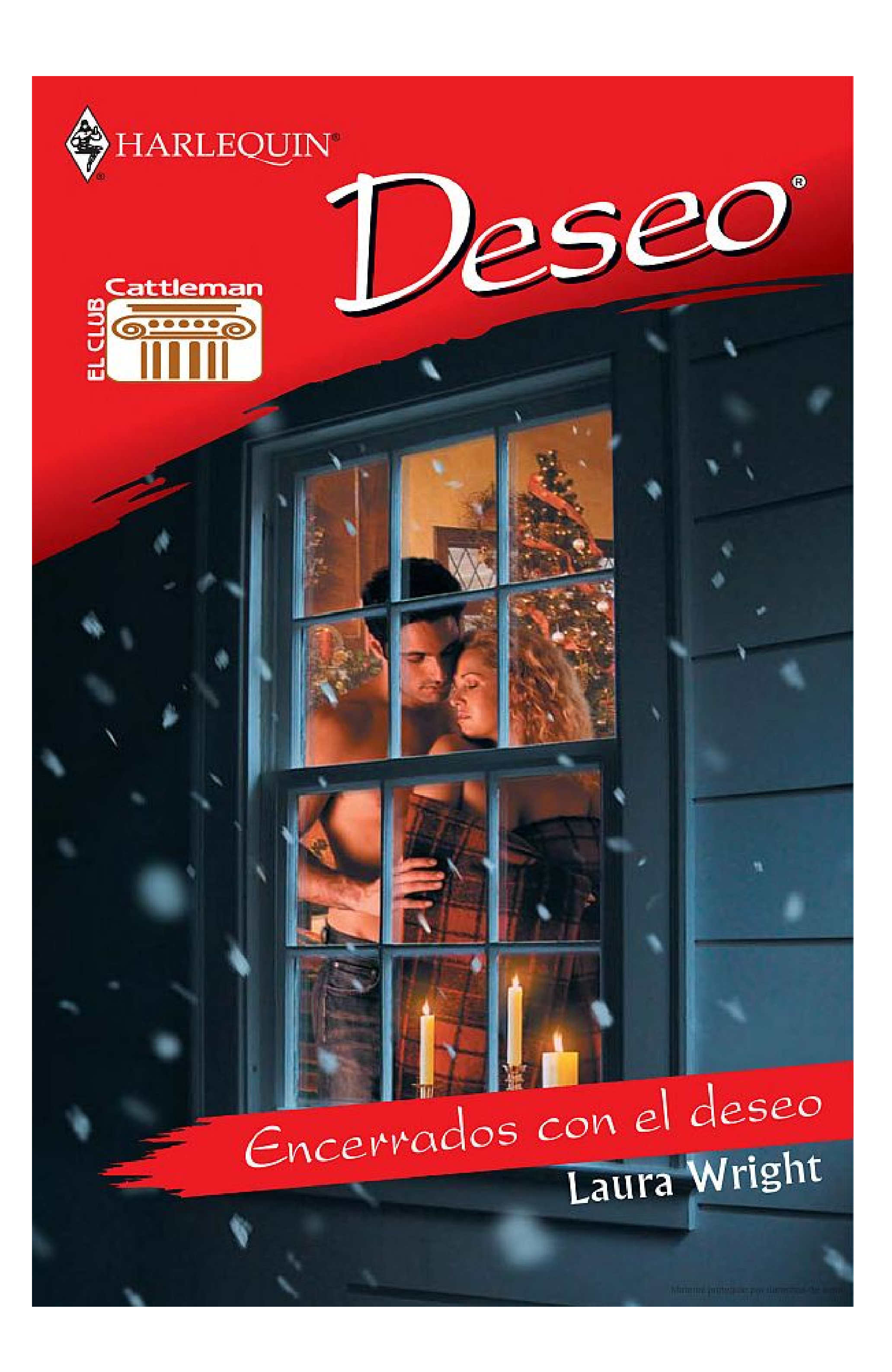

HARLEQUIN
Deseo
EL CLUB Cattleman
Encerrados con el deseo
Laura Wright

Clint Andover estaba convencido de que la enfermera Tara Roberts era sinónimo de problemas.

Cuando Tara empezó a recibir amenazas, Clint supo que debía protegerla, pero ella parecía empeñada en no hacer caso de sus advertencias… y en hacerle hervir la sangre de deseo. Tara era una mujer independiente e irresponsable que no dejaba que nadie se acercara demasiado a ella. ¿Qué podía hacer un texano como él? Por de pronto, ocupar el sofá de su casa, aunque prefería su cama y, mientras estaba encerrado con la bella Tara, quizá consiguiera encontrar la llave de su corazón.



Laura Wright

Encerrados con el deseo

Deseo - 1445

(El Club Cattleman - 2)

ePub r1.0

LDS 22.12.16

Título original: *Locked up with a lawman*
Laura Wright, 2003
Traducción: Daniel García Rodríguez
Publicado originalmente: Mills and Boon Desire 2-in-1 (MD2) - 137 /
Silhouette Desire (SD) - 1553
Protagonistas: Clint Andover y Tara Roberts
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

Clint Andover se despertó de un sobresalto con el cuerpo empapado en sudor.

Se secó la cara con la mano y sacudió la cabeza para apartar las horribles imágenes de su cerebro.

Habían pasado tres años. Tiempo más que suficiente para olvidar.

Miró a su alrededor. En el dormitorio de acero y cristal no ardía ningún fuego ni había humo. Había sido una pesadilla, como de costumbre. Aunque la gran cicatriz que le cruzaba el pecho le recordaba que no siempre había sido un sueño.

Se pasó una mano por su pelo oscuro, escuchando los acelerados latidos de su corazón. Latidos de miedo… y tristeza.

Igual que cada noche, después de que la pesadilla lo despertara, no intentó volver a dormirse. Sabía que era inútil. En vez de eso, apartó las sábanas empapadas de sudor, se levantó de la cama y fue a su despacho en la segunda planta, donde lo aguardaba la promesa del consuelo.

El líquido ambarino de la licorera pareció hacerle un guiño.

La pálida luz de la aurora iluminaba la habitación, pero Clint no necesitaba ver para guiarse. Aquél era su ritual nocturno.

Tomó un trago de *whisky* y se dejó caer en una silla junto al escritorio. Echó un vistazo a su alrededor y soltó un resoplido burlón. Era el director general de la mayor empresa de seguridad de Texas, tenía los más sofisticados sistemas de defensa al alcance de las manos, pero, irónicamente, no podía emplear ninguno contra las

imágenes de aquella noche.

La noche que sobrevivió.

La noche que murió.

Apretó la mandíbula y apuró el líquido que quedaba en el vaso, contemplando la posibilidad de servirse otro.

¿No tenía lo que se merecía al ser acosado por esas pesadillas? ¿No era lo más justo?

Se hincó los dedos en el pecho y sintió el dolor mientras penetraban la carne.

Se acabó el *whisky*. Necesitaba un café.

Tenía trabajo que hacer. Trabajo que le permitía alejarse de sus divagaciones. El trabajo del Texas
Cattleman's
Club.

Había una mujer sin nombre y sin recuerdos y un loco intentando llegar hasta ella y su hija pequeña. Y Clint había jurado protegerlas a las dos.

Se levantó y miró los altos ventanales de su despacho. Fuera, el amanecer emergía tranquilamente por el horizonte. Igual que cada mañana.

Capítulo 2

Había llegado al hospital.

Y más temprano de lo habitual, pensó Tara al ver entrar en el ascensor al nuevo ginecólogo con el ceño fruncido que solía reservar para cualquiera que no hubiese ido a la facultad de Medicina.

Pero aquella mañana no había nadie cerca para responder con una mirada aprensiva o una sonrisa forzada la seca valoración del doctor Belden.

El ascensor estaba vacío, y Tara sintió la irresistible necesidad de aprovecharse de la situación, dejar a un lado su informe matinal y acompañarlo en la subida a la cuarta planta. Fuera impropio o no, tenía unas cuantas preguntas que hacerle al nuevo médico. Dos preguntas que llevaban agitándose en su cerebro desde que le presentaron a aquel hombre.

Quería saber por qué sentía un escalofrío en la columna cada vez que lo veía. Y quería saber quién se creía que era al tratar a las enfermeras con tanta indiferencia. Después de todo, el personal de enfermería del Royal Hospital era la gente más atenta y trabajadora que Tara había conocido, y no podía soportar que alguien no les mostrara el respeto que se merecían.

Pero aquel día no iba a tener la oportunidad de enfrentarse al doctor Belden, porque las puertas del ascensor se cerraron con demasiada rapidez.

Tara soltó un suspiro y volvió al trabajo. Pero mientras tenía la vista fija en el informe, su mente volvió al doctor. Normalmente,

ella no era una persona desconfiada, pero la actitud de aquel hombre la escamaba.

Tal vez sus dudas no tuvieran nada que ver con él y sí con todo lo que rodeaba a su paciente, Jane Doe. En realidad, Jane Doe no era el verdadero nombre de la mujer, pero después de haber despertado de un coma sin recordar nada, los hombres del Texas Cattleman's Club la habían bautizado así.

El Texas Cattleman's Club.

Un estremecimiento completamente distinto recorrió a Tara al pensar en ese grupo de hombres ricos, atractivos y altruistas. Adorados por las mujeres y respetados por los hombres, no había nada que el grupo no hiciera por la ciudad de Royal y por sus habitantes o recién llegados.

Y así lo habían demostrado con Jane Doe.

Pobre mujer, pensó Tara mientras sacaba otra ficha de la carpeta. Unas semanas antes, al entrar en un restaurante de Royal con un bebé en brazos y una bolsa al hombro, Jane se había desmayado. Por suerte, varios miembros del club estaban presentes y se habían hecho cargo de la situación, asumiendo la responsabilidad de Jane y el bebé.

Tara no podía evitar admirar a esos hombres y sus compromisos, pero eso era todo lo que se permitía sentir. No iba a perder la cabeza por ellos, como otras mujeres a las que conocía. De ningún modo. Su madre le había inculcado demasiado sentido común para hacer un ridículo semejante.

—La vida es para trabajar —le había estado repitiendo la vieja irlandesa hasta el día de su muerte.

La vida era para trabajar, no para divertirse, coquetear ni ninguna otra tontería…

—Hoy no vas a darme ningún problema, ¿verdad, Tara?

Tara dio un respingo. No era normal que algo la sobresaltara, pero aquella voz de barítono siempre tenía ese efecto en ella.

Y era algo que odiaba.

Obligándose a respirar con normalidad, se dio la vuelta para encararse al hombre que se dirigía hacia ella. El responsable de la

seguridad de Royal y miembro del afamado Texas
Cattleman's
Club, y uno de los hombres más arrebatadoramente *sexys* que Tara había visto en su vida.

Y también el primero al que había besado. Clint Andover había cambiado mucho desde el instituto. De joven había sido muy guapo, con unos ojos azules y una sonrisa letales. Pero de adulto era aún mejor. Alto, moreno y robusto. Un hombre temido y deseado, de recia mandíbula y músculos endurecidos. Clint Andover atraía a todas las mujeres, y sus ojos azules hacían que a cualquier mujer se le acelerara el corazón.

Pero había algo más que una poderosa sexualidad en aquellos ojos. Había también dolor; un dolor que reflejaba la culpa y la muerte que escondía su interior.

Lo cual no era extraño, pensó Tara tristemente mientras intentaba serenarse. Como casi todo Royal sabía, el pasado de Clint había sido difícil y traumático.

—¿Darle problemas a un hombre yo? —bromeó ella—. No parece muy propio de mí.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre.

—No lo creo —dijo él. Se detuvo rígidamente junto al puesto de las enfermeras y le asintió de un modo casi imperceptible a la mujer que atendía llamadas telefónicas tras el mostrador.

—No finjas que me conoces tanto, Andover —respondió ella despreocupadamente.

Igual que hacía con todas las demás, Clint le clavó la mirada de sus penetrantes ojos azules.

—Tengo una memoria excepcional, Tara. Y recuerdo que te conozco bastante bien.

Tara se quedó helada y sintió que le costaba respirar. Pero no había la menor sensualidad en las palabras de Clint. No, Clint se estaba limitando únicamente a corroborar un hecho incuestionable, sin ninguna emoción al respecto.

Respiró hondo e intentó que sus frenéticos latidos se calmaran. Le iría bien adoptar el tipo de control que exhibía Clint, pensó. El tipo de control del que ella siempre se había enorgullecido. Pero no era tarea fácil. En presencia de Clint, no era más que una mujer de

carne y hueso.

Con muchos recuerdos.

Recuerdos de un joven Clint Andover abrazándola en el cenador del Royalty Park, haciéndole cosquillas en la nariz con la loción de su padre mientras su boca reclamaba la suya…

—Eso fue hace cien años —dijo con una risita forzada.

Él dio un paso hacia ella.

—Como ya te he dicho, tengo una memoria excepcional. Y ya por aquel entonces me dabas problemas.

Tara se separó del puesto de las enfermeras y bajó la voz.

—Un beso de adolescente no es ningún problema.

—Lo fue para mí —replicó él con rotundidad.

A Tara se le secó la garganta. No porque Clint hablara como si quisiera tener más problemas de ese tipo, sino porque, que Dios la ayudara, ella sí quería.

Estaban llevando sus bromas habituales a un terreno peligroso. Tenía que recuperar el control cuanto antes.

—Bueno, a mí me parece que hasta hoy nos ha ido bastante bien permanecer alejados el uno del otro —dijo con voz cortante—. ¿Cuál es el problema ahora?

—Ayer mencionaste algo de sacar a Jane del hospital.

Tara asintió.

—Odia estar aquí, Clint.

—Odia su situación en general.

—Sí, y su situación se agrava por estar en el hospital.

—Es el lugar más seguro para ella.

—¿El más seguro? —repitió Tara con el ceño fruncido—. ¿Qué quieres decir con…?

Él levantó una mano para interrumpirla.

—Nada. Sólo estoy sugiriendo que si necesita atención médica…

—Yo soy enfermera —le recordó ella.

—Sí, ya lo sé. Pero lo que importa es que Jane está bajo mi responsabilidad, y si yo creo que debe permanecer aquí…

—Mientras esté en mi planta, es responsabilidad mía —lo cortó Tara, con más dureza de la que pretendía.

—La obstinación no es ninguna virtud, enfermera Roberts.

—Ni tampoco la intimidación, señor Andover.

Clint respiró hondo y la miró con el ceño fruncido.

—Problemas —murmuró.

Tara no se movió de su sitio, a pesar de que el calor qué irradiaba el musculoso cuerpo de Clint era casi insoportable. Aquella palabra que había pronunciado con demasiada severidad… Problemas. Nunca la habían acusado de crear problemas. Y menos tres veces seguidas.

Ella era una persona resuelta, pragmática y precavida. Unos rasgos en los que siempre había confiado. Pero ¿problemática? Jamás.

A ninguna otra persona le hubiera tolerado un insulto semejante. Pero con Clint era distinto. Se negaba a pensar el por qué, pero así era. Cuando la miraba de aquella manera, tan cercano a ella, ninguna palabra que saliera de sus labios podía interpretarse como un insulto. Al contrario. Más bien la excitaba.

Frustrada por el rumbo que estaban tomando sus pensamientos y sensaciones, se volvió hacia el mostrador y agarró sus informes.

—Tengo trabajo que hacer.

—Yo también —dijo él.

—Entonces será mejor que lo hagamos. Que tenga un buen día, señor Andover.

Se dispuso a alejarse, pero él la agarró del brazo.

—Aún tenemos que resolver el asunto de Jane Doe.

—Voy a llevármela a mi casa mañana —declaró ella.

—Maldita sea, Tara…

—Su estado de salud es excelente. Lo que necesita es un lugar donde pueda descansar, recuperar la memoria y ver a Autumn. Y yo puedo llevársela.

Clint se cruzó de brazos y la miró severamente.

—David y Marissa pueden traer a la niña aquí.

Ella lo ignoró y pasó a su lado.

—Tengo pacientes que atender.

—No me estás escuchando —la acusó él.

—Por supuesto que no —dijo ella, alejándose por el pasillo.

—No te atrevas a llevártela, Tara.

Pero Tara no le hizo caso y siguió alejándose del hombre que durante demasiados años había sido dueño de su corazón.

Sus pacientes eran lo más importante en su vida y siempre hacía lo que fuera mejor para ellos, aunque eso significara incurrir en la

cólera del peligroso, amedrentador… y deseable Clint Andover.

* * *

—¡Se la ha llevado a su casa! —exclamó Clint, mirando furioso a sus colegas del Texas
Cattleman's
Club antes de dejarse caer en uno de los sillones de cuero de la sala de reuniones—. Y después de que yo le diera instrucciones expresas de…

—¿Le diste a una mujer instrucciones? —le preguntó Ryan Evans, levantando la mirada de la mesa de billar, donde mantenía una partida con David Sorrenson.

—Sí.

—¿Y de verdad creíste que te obedecería? —le preguntó Alex Kent con una sonrisa, sirviéndose un *brandy*.

Clint frunció el ceño.

—No veo por qué no.

—Acepta este consejo de un hombre felizmente casado que quiere seguir como está —dijo David—. Nunca le des instrucciones a una mujer.

—«Felizmente» y «casado» en la misma frase —murmuró Ryan sacudiendo la cabeza—. ¿Qué te ha pasado?

—Paciencia, Evans —respondió David. Se volvió hacia la mesa y con un golpe certero envió una bola al agujero—. Tu hora se acerca.

—Imposible —dijo Ryan, errando en su jugada.

David se echó a reír.

—Parece que tu confianza está disminuyendo, amigo.

—Eres un cretino —masculló Ryan, con los ojos ardiendo de irritación.

—¿Podemos hablar con seriedad, caballeros? —pidió Clint, mirándolos a todos uno por uno—. Esto es un problema.

Alex se sentó en un sillón junto a él.

—¿Esta enfermera sabe lo de nuestro allanamiento de morada?

—¿Te refieres a la habitación de Jane en el hospital? —preguntó Clint. Alex asintió—. No.

—¿Y lo de Autumn? —preguntó David.

Clint negó con la cabeza.

—Sólo sabe lo que sabe todo el mundo. Que Jane se desmayó en el restaurante y que esa Autumn es su hija.

David se encogió de hombros.

—Tal vez deberías contarle el resto.

—No creo que sea buena idea.

—Cuanta menos gente en Royal conozca los peligros de la situación, mejor —corroboró Alex.

—Estoy de acuerdo —dijo Clint—. Pero sin revelar esa información, no podré conseguir que Tara devuelva a Jane al hospital.

—Bueno, en ese caso tendrás que vigilar a nuestra Jane Doe en la casa de la enfermera —sugirió Alex, removiendo el contenido de su vaso.

Una ola de calor se arremolinó en el pecho de Clint al pensar en compartir el mismo espacio con Tara Roberts, pero se apresuró a sofocarla. Sí, se había sentido atraído por la hermosa enfermera rubia desde el instituto, pero ahora se trataba de un asunto de trabajo. Y él nunca mezclaba el trabajo con el placer.

—¿Vigilar a Jane en casa de la enfermera Roberts? —Sacudió la cabeza—. Es mucho más fácil decirlo que hacerlo.

—¿Por qué? —preguntó Alex.

—Tara es muy cabezota…

—¿Cabezota? —interrumpió David con una sonrisa irónica—. Suena interesante.

—No es lo que parece, Sorrenson —le espetó Clint—. Tara y yo somos… buenos, sólo somos viejos amigos.

—¿En serio? —preguntó Ryan alzando un ceja.

—Nos conocemos desde el instituto.

—¿El primer escarceo, quizá? —sugirió Ryan, y se echó a reír cuando Clint puso una mueca de desprecio—. Parece algo serio.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Clint fríamente—. ¿Cómo te puede parecer algo serio si yo no he dicho nada?

Ryan sostuvo el taco con la mano derecha y apuntó a su amigo con la tiza que tenía en la izquierda.

—Por eso mismo parece algo serio.

—¿Estamos hablando de amor, Andover? —preguntó David con una amplia sonrisa.

Clint sintió un nudo en el pecho, y por un momento las imágenes de aquella noche, de Emily, del fuego y la muerte amenazaron con ahogarlo. No quería que nadie volviera a relacionarlo nunca más con la palabra «amor».

—Sólo he amado a una mujer en mi vida —declaró en voz baja y amenazadora.

Los demás hombres se pusieron serios al instante. David y Ryan volvieron a su partida, y Alex apuró su *brandy*.

Clint se levantó y atravesó la alfombra oriental.

—Entre Tara y yo no hay nada y nunca lo habrá. Lo nuestro es únicamente una batalla de autoridad, nada más. Y ya es hora de que yo asuma el control de la situación.

Alex asintió seriamente.

—¿Qué piensas hacer?

—Jane Doe puede quedarse en mi casa. Maldita sea, las dos pueden quedarse ahí si eso es lo que quieren. Pero nuestra misteriosa mujer estará bajo mi supervisión las veinticuatro horas del día.

—Será un combate encarnizado —dijo Ryan.

—Puede ser —respondió Clint—. Pero es un combate que tengo intención de ganar.

* * *

-Gracias, Tara —dijo Jane con una sonrisa, acurrucada en el sofá y envuelta en un edredón mientras saboreaba el té de jazmín con miel—. No sabes cuánto lo aprecio.

—De nada —respondió Tara, devolviéndole la sonrisa.

—No sé por qué, pero en ese hospital me sentía como en una prisión.

—A veces yo me siento igual.

Jane miró el fuego que ardía en la chimenea y suspiró.

—Tu casa es muy cómoda y acogedora y…

—¿Y qué? —le preguntó Tara amablemente cuando Jane se interrumpió.

La pequeña y bonita mujer negó con la cabeza. Una expresión melancólica ensombreció sus ojos violetas.

—¿Y está cerca de Autumn? —se aventuró Tara.

—Sí.

Tara le dedicó una sonrisa compasiva. Ella no tenía hermanos ni hijos, pero cada día añoraba más a su madre, por lo que, en cierto modo, comprendía la nostalgia de Jane.

—Debes de echarla mucho de menos.

—Muchísimo. Es como si me faltara una parte de mí.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Mientras cuidaba de ella en el hospital, Tara no había querido preguntarle por qué Autumn se quedaba en el rancho Sorrenson. No era asunto suyo, pero no podía evitar sentir curiosidad. Al fin y al cabo, aunque el hospital no era el mejor lugar para el bebé, estaba mucho más cerca para Jane que el rancho.

Tal vez a medida que se fuera ganando la confianza de Jane, ésta compartiera más información con ella. Pero de momento, Tara sólo sería una amiga que la escuchara y la consolara.

—Mañana tengo el día libre —dijo Tara, recostándose en el sillón—. ¿Qué te parece si vamos a ver a los Sorrenson?

Los ojos de Jane se iluminaron como dos estrellas y a punto estuvo de derramar el té.

—¿Sería posible?

—Por supuesto.

—Me encantaría.

Tara se levantó y miró a la joven con severidad… Una expresión que reservaba para las pacientes más testaduras y encantadoras.

—Muy bien, pero si quieres tener fuerzas para jugar con tu hija, necesitas descansar todo lo que puedas.

—Eso quiere decir que tengo que subir a tu habitación y dormir un poco, ¿verdad? —dijo Jane con una sonrisa.

—En efecto —respondió Tara, riendo.

El timbre de la puerta sonó mientras Tara ayudaba a su invitada a levantarse del sofá.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Jane.

Casi todos los conocidos de Tara estaban trabajando esa noche en el hospital. Y tenía muy pocos amigos. Sin embargo, había una persona que tenía un motivo para visitarla…

—No estoy segura, pero creo que podría ser un hombre demasiado fisgón e irritante el que está ahí fuera —dijo con una

mueca.

—Clint, ¿verdad? El que me estaba vigilando en el hospital.

—El mismo.

Jane esbozó una sonrisa.

—¿Ese guardaespaldas tan alto y atractivo?

Tara sintió que se ruborizaba.

—Bueno, no sé si es tan atractivo…

El timbre volvió a sonar.

—Estoy muy cansada —dijo Jane con un brillo malicioso en los ojos—. Me voy a dormir. No te preocupes, puedo subir sola.

—¿Estás segura? —le preguntó Tara, reprimiendo el impulso de pedirle que se quedara.

—Completamente —respondió Jane de muy buen humor.

Tara vio cómo subía las escaleras y entonces se dirigió hacia la puerta.

—No es tan atractivo —murmuró.

—Oh, vamos, no pretendas engañarte a ti misma —le dijo Jane riendo desde el rellano, antes de entrar en su dormitorio.

Tara puso una mueca y abrió la puerta justo cuando el timbre sonaba por tercera vez.

Clint Andover estaba esperando, con el ceño fruncido y los ojos tan oscuros como el jersey azul marino que llevaba.

—Así que estás en casa…

—Sí.

—No se puede confiar en ti —espetó él, entrando sin ser invitado.

—Hola a ti también —dijo ella. Se había quedado atónita por su descaro, y al mismo tiempo intrigada por el fuerte olor a bosque que desprendía.

—No me gusta que desafíen mis órdenes, Tara.

Ella lo siguió al salón, intentando no fijarse en su figura alta y fuerte y en su duro trasero. Pero no le resultó fácil.

—En ese caso, tal vez deberías dejar de darme órdenes.

—Tara…

—No acepto órdenes tuyas, Clint Andover.

—Sí, eso es exactamente lo que dijeron —murmuró él, de espaldas a ella.

—¿Quién lo dijo? —preguntó ella frunciendo el ceño.

—No importa —se dio la vuelta para encararla—. Tara, esto es algo muy serio.

—No entiendo dónde está el problema ni por qué te preocupas tanto —repuso ella, intentando descifrar la impenetrable expresión de sus ojos—. Jane está muy bien aquí.

—Me temo que tus cuidados de enfermera no bastan.

—¿De qué estás hablando? —preguntó ella, sintiéndose frustrada.

—Estoy hablando de protección.

—¿Protección de qué?

Clint apretó la mandíbula y soltó una exhalación, pero no dijo nada. Viéndolo tan alto e imponente en su pequeño salón, Tara supo que guardaba algo… algo importante. Pero también sabía que Clint era un libro cerrado. No conseguiría nada sondeándolo.

Clint miró la fotografía que había sobre la mesita, una vieja foto de Tara y su madre frente a la biblioteca pública de Royal, y volvió a mirar a Tara.

—He decidido que Jane va a quedarse conmigo.

A Tara se le abrieron los ojos como platos.

—¡De eso nada!

—Tú también puedes venir.

Tara se quedó momentáneamente aturdida por la arrogancia de Clint al intentar organizarle su vida sin contar con ella para nada.

—Gracias por la oferta, pero nos quedamos aquí —apoyó las manos en las caderas y le clavó la mirada—. Y a menos que quieras llegar a las manos…

Las cejas de Clint se arquearon ligeramente y Tara vaciló unos segundos.

—Quiero decir, a menos que quieras agarrarme y llevarme en volandas a…

—¿Sí?

El calor que abrasaba el estómago de Tara descendió unos cuantos centímetros cuando la turbulenta mirada de Clint la recorrió de arriba abajo.

—Ya sabes a lo que me refiero, Clint.

—Sí —murmuró él. Avanzó unos pasos y se detuvo a escasos centímetros de ella—. Y, por suerte para ambos, no es mi estilo emplear la fuerza física.

—Me alegra saberlo —dijo ella secamente.

Él soltó un suspiro y sacudió la cabeza.

—Me vuelves loco, Tara.

«Lo mismo te digo, Andover».

—Lo siento.

—Bueno, si tu intención es mantenerla aquí…

—Ésa es mi intención.

—Entonces yo estaré… por aquí.

A Tara le dio un vuelco el corazón, a pesar de que Clint lo había dicho en un tono exageradamente suave.

—¿Por aquí?

—Tendrás que acostumbrarte a ver mi cara, Tara —diciendo eso, se marchó hacia la puerta—. Y la próxima vez —añadió, deteniéndose—, me invitarás a entrar.

Tara permaneció inmóvil mientras lo veía alejarse, negándose a reconocer el deseo de que se quedara un momento más.

Afortunadamente, cuando la puerta se cerró, sintió que volvía a respirar.

Acostumbrarse a ver su cara… Se dejó caer en el sofá y se envolvió con el mismo edredón que le había prestado a Jane minutos antes. ¿Cómo podría evitarlo? Había visto, visualizado e imaginado el rostro de Clint Andover desde el instituto. Dios, incluso el chico con el que había salido en la universidad había sido comparado con Clint y había salido perdiendo.

Incluso el único hombre al que se había…

Cerró los ojos y se arrebujó en el edredón, intentando no imaginar el beso y el calor de Clint, que se habían desbordado por su interior todos esos años atrás.

No importaba lo que le costase; tenía que reprimir lo que sentía por Clint Andover. Él no era para ella.

A menos que pudiera soportar una breve aventura.

Un extraño dolor se le clavó en el pecho y reptó hacia abajo.

No estaba segura de que pudiera soportar ni siquiera eso.

Tenía que mantener ocultos sus pensamientos y sus deseos por un tiempo. Después de todo, Jane no se quedaría allí para siempre. En cuanto aquel misterio se hubiera resuelto, Jane volvería con su hija y Clint ya no estaría por allí.

Y ella podría volver a su vida de sentido común y trabajo duro.

Capítulo 3

Madre e hija.

La preciosa imagen de Jane acunando a su pequeña, cantándole y haciéndole carantoñas en la alfombra del salón del rancho de los Sorrenson, estuvo a punto de hacer llorar a Tara.

Ser hija única le había alimentado la necesidad de cuidar a los demás, y por fortuna había encontrado la respuesta en su trabajo como enfermera. Pero hasta una profesional sensata como ella sabía que había mucho más. Familia, hijos, un marido…

Ella no era una persona interesada ni egoísta, pero no era eso lo que la echaba para atrás. Se aferraba a la idea de que el hombre de su vida pudiera ser como su padre y abandonara a su familia para siempre, dejando a su esposa y su hija con la eterna duda de qué habían hecho mal. La mera posibilidad la aterraba. Era un riesgo demasiado grande.

El futuro se le presentaba optimista y seguro del modo en que lo había planeado. Y el deseo por tener una familia propia permanecería encerrado en su corazón.

Demonios, pensó mientras le tendía un osito de peluche rosa a Jane, había estado albergando sueños y esperanzas desde el instituto. Desde que un muchacho con ojos de zafiro la tomó en sus brazos y la besó.

Se estremeció ligeramente al recordar cómo la había mirado Clint la noche anterior, cómo su cercanía y su fragancia masculina le habían derretido los huesos. Era un recuerdo más que añadir a las memorias de su corazón destrozado.

Los grititos del bebé interrumpieron sus divagaciones y le hicieron devolver la atención a la madre y a la hija.

—Autumn se está poniendo muy grande —dijo con una sonrisa.

—Y muy guapa —añadió Jane, sonriendo también.

—Es igual que su madre.

—Gracias, Tara —respondió Jane suavemente, bajando la mirada al suelo.

Tara le puso una mano en el hombro a su nueva amiga.

—¿Qué ocurre?

Jane levantó la mirada, con una expresión cargada de angustia y frustración.

—Me pregunto si será como su padre.

Tara sintió una punzada de dolor. No podía imaginarse lo que sería no tener pasado, sólo el presente y un futuro incierto.

—No te preocupes —le dijo a Jane, dándole un fuerte abrazo—. Acabarás recordándolo todo. Sólo es cuestión de tiempo.

—Eso espero —murmuró Jane con una triste sonrisa. Se puso a Autumn en su regazo y la apretó contra su pecho—. La memoria es algo muy extraño.

—Sí que lo es.

Tara pensó en sus propios recuerdos. Algunos eran borrosos, como los de las clases de gimnasia y geometría. Otros eran muy claros, como el perfume de agua de rosas de su madre y la sensación de los brazos de Clint Andover rodeándola.

—Mirad a quién he encontrado en la puerta —anunció Marissa Sorrenson, entrando en el salón con un brillo en sus ojos grises y una radiante sonrisa.

Tara no conocía muy bien a Marissa, pero había hablado varias veces con ella mientras Jane estaba en el hospital y sabía que aquella recién casada menuda y rubia era una persona muy sincera y generosa.

Una mujer sincera y generosa que en ese momento entraba acompañada de un hombre guapísimo.

Tara vio cómo Clint Andover entraba en el salón y observaba la escena con sus grandes ojos. Vestido con un jersey negro y vaqueros azules, ofrecía un aspecto irresistiblemente atractivo, y su enorme figura parecía comerse el espacio, igual que su mirada parecía devorar a Tara.

—Hola, Clint —lo saludó Jane efusivamente.

—Buenas tarde, Jane, Autumn —respondió él, y le asintió a Tara —. Enfermera Roberts.

El hoyuelo de la mejilla derecha de Marissa se hizo más profundo.

—¿Te gustaría quedarte a cenar, Clint? Tenemos comida de sobra.

—Me encantaría, pero esta noche no —respondió él—. ¿Puedo apuntarme para otra vez?

—Por supuesto —dijo Marissa—. ¿Has venido a ver a David?

La mirada de Clint se desvió hacia Tara.

—No exactamente.

—¿A Jane y Autumn?

—En parte.

La mirada que Marissa le lanzó a Tara hizo que ésta deseara arrastrarse bajo la alfombra. Pero esconderse no era su estilo, de modo que permaneció sentada y erguida, mirando orgullosamente a Clint.

—En realidad, he venido para llevar a Jane y Tara a casa —le dijo Clint a Marissa—, ya que fuiste tú quien las trajo.

—¿Cómo sabías que Marissa nos recogió hoy? —le preguntó Tara con el ceño fruncido.

—Bueno, la primera pista fue ver tu coche en el camino de entrada. —Jane soltó una risita—. Y la segunda fue que David me dijo que Marissa había ido a verte esta mañana para enseñarte su coche nuevo —se acercó a Tara y la miró irónicamente—. ¿Qué te parecen mis deducciones?

—Muy listo —dijo Marissa con una sonrisa.

—Sí, muy listo —corroboró Tara, permitiéndose una sonrisa—. Pero no nos hace falta que nos lleves. Marissa se encargará de eso.

—No tiene por qué hacerlo.

—Pero…

—Dales un respiro a los recién casados, Tara —la interrumpió él con voz amable pero firme—. Necesitan pasar a solas todo el tiempo que puedan conseguir.

Tara se mordió el labio, aunque en el fondo no era una decisión tan dura. No quería robarles tiempo a David y Marissa, pero tampoco quería ceder ante Clint.

—¿Me permites que te ayude a levantarte? —le preguntó Clint, extendiendo la mano.

—Está bien.

Mientras Clint la ayudaba a ponerse en pie, Marissa y Jane devolvieron la atención al bebé. Tara no tenía duda de que las dos mujeres se estaban imaginando cosas, preguntándose qué clase de romance se cocía entre ella y Clint. Tendría que dejarles las cosas claras más tarde.

Una vez que la tuvo en pie, Clint se inclinó hacia ella para susurrarle al oído:

—Te dije que estaría por aquí.

—¿Pero todo el tiempo? —preguntó ella en voz baja.

—Mañana, tarde y noche —respondió él—. Lo que haga falta.

Tara sintió que la invadía una ola de calor, pero se obligó a mantener la compostura.

—Estás muy entregado a tu trabajo, Andover.

—No tienes ni idea de cuánto, Roberts —murmuró él con un malicioso brillo en los ojos, antes de apartarse de ella—. ¿Nos vamos, señoritas?

Había pasado mucho tiempo desde que llevó a una mujer a su casa.

Por las ventanas ahumadas de su coche, Clint observaba cómo la oscuridad invernal se cernía sobre los árboles y la tierra, tiñendo el paisaje de una fría gama grisácea.

En la parte de atrás, Jane Doe dormitaba apaciblemente en los asientos de cuero. Se había quedado dormida cinco minutos después de haber atravesado la verja del rancho, dándoles a Clint y a Tara plena libertad para hablar.

Pero Tara había permanecido en silencio, tarareando de vez en cuando la música que sonaba por la radio. Tenía un tono ronco y sentido, muy diferente a su voz normal, y escuchándola Clint no pudo evitar preguntarse qué otras contradicciones ofrecería.

La música *country* dejó paso a una suave balada, y Tara empezó otra vez a tararear. La creciente oscuridad y el sonido de su voz espolearon al rebelde solitario que había en Clint, y supo que si no tenía cuidado, acabaría cediendo al impulso de rodear a Tara con un brazo y apretarla contra su costado, como si estuvieran en un autocine y no en una misión para proteger a Jane.

Por esa noche, tendría que anteponer las palabras a la acción.

—Tienes una voz muy bonita, Tara.

Ella se volvió hacia él y sonrió.

—Gracias. Veinte lecciones con la señorita Ellis.

—¿Tomaste lecciones de voz? —preguntó él sin disimular su sorpresa.

—En décimo grado. Nadie lo sabía, ni siquiera mi madre —bajó la voz, como si su madre estuviera en el coche con ellos—. No habría aprobado algo tan…

—¿Tan?

—Trivial, supongo. Frívolo —suspiró y se recostó en el asiento —. Te parecerá ridículo, pero hubo un tiempo en el que pensé dedicarme profesionalmente al canto. Quería cantar baladas en un club de *jazz*.

—¿Blues?

—Sí.

—No me parece ridículo en absoluto.

Tara se encogió de hombros.

—Era joven.

—Todos tenemos sueños de jóvenes —dijo él—. Y así debe ser.

—¿Qué querías ser de niño? ¿Policía? ¿Jinete de rodeo?

La pregunta de Tara le despertó un aluvión de recuerdos, y por un breve instante volvió a tener doce años. Estaba en casa de su abuela, registrando una caja con cosas de sus padres, que habían muerto seis meses antes en un accidente de coche. Clint los echaba terriblemente de menos, y cuando veía o tocaba sus pertenencias, se sentía más cerca de ellos.

Leer sus obras seguía teniendo el mismo efecto en él. Ambos habían sido escritores; su padre, periodista, y su madre, novelista y poetisa.

—¿Tan atrás en el tiempo tienes que remontarte? —le preguntó ella burlonamente.

—¿Me ves viejo con treinta y cinco años?

Tara se echó a reír.

—Eso lo has dicho tú, no yo.

—No —dijo él, saliendo de la autopista—. Recuerdo que, cuando era niño, quería ser escritor. Relatos cortos, historias de suspense, ese tipo de cosas.

Tara se quedó callada, y Clint se preguntó si su respuesta la había sorprendido. Después de todo, ser director de una empresa de seguridad estaba muy lejos del romántico mundo de la escritura.

Finalmente, la oyó suspirar con melancolía.

—Parece que a ambos nos gustaría explorar nuestro lado creativo.

Clint se aventuró a mirarla. Su pelo rubio y rizado le caía sobre los hombros, y tenía los labios húmedos y ligeramente entreabiertos.

Sólo de verla a su lado, perfilada contra la luz de la luna, hizo que el corazón empezara a latirle con fuerza y que se le formara un nudo en el pecho. De repente lo asaltó el deseo de explorarla a fondo.

Pero estaba en una misión, no de caza.

—Te perdí la pista después del instituto —dijo ella súbitamente, devolviéndolo a la realidad—. ¿Adonde fuiste?

—A la universidad, y luego al ejército.

—¿Al ejército?

—Operaciones especiales.

—Eso es algo confidencial, ¿no?

—En efecto.

—El ejército… Guau, eso explica muchas cosas.

—¿Como por ejemplo por qué soy tan serio y rígido?

—E implacable —añadió ella con una sonrisa fugaz.

—Bueno, cuando quiero conseguir algo que es importante para mí, nada puede detenerme.

Tara ahogó un gemido al escuchar su comentario. Las reacciones que tenía a aquel hombre, sus palabras, miradas y roces parecían intensificarse por momentos. Era como si ya no tuviese el control de sus respuestas y emociones. Había tenido que cambiar de tema cuando él le confesó su aspiración frustrada de convertirse en escritor. La idea de que un hombre tan imponente, atrevido y peligroso como Clint Andover diera rienda suelta a su creatividad la había sorprendido e intrigado tanto que a punto estuvo de desabrocharse el cinturón de seguridad y arrimarse a él como una adolescente prendada. Era absurdo.

—¿Y qué me dices de ti, Tara?

—¿De mí? —espetó ella, girándose para mirarlo. Lo que fue una

equivocación.

Su perfil parecía esculpido en granito, y Tara se preguntó cómo sería el roce de esa recia mandíbula y esa piel contra su boca. ¿Sería la combinación perfecta de aspereza y suavidad?

Tragó saliva con dificultad. ¿El tacto de sus labios sería como ella lo recordaba? Ávido, crudo, casi agotador, incluso para un muchacho.

Se obligó a desviar la mirada hacia la ventanilla y se cruzó de piernas mientras respiraba hondo. ¿Estarían cerca de casa?

—¿Qué me dices de ti, Tara? —volvió a preguntar él—. ¿Qué hiciste al acabar el instituto?

—Me quedé en la ciudad. Iba a ir a la universidad, pero…

—¿Qué pasó?

El corazón se le encogió de dolor al recordarlo.

—Mi madre enfermó de cáncer.

—Lo siento.

—Gracias —murmuró Tara. Ella también lo sentía. Su madre había sido muy estricta e intransigente, pero había querido a su hija más que a nadie—. Mi madre quiso volver a Irlanda una vez más antes de… Bueno, así que la llevé —el dolor se le alivió un poco al recordar lo bien que se lo habían pasado—. Más tarde, después de que muriera, empecé los estudios en la universidad.

—Se sentiría muy orgullosa por lo que has conseguido.

—Eso creo. Y eso espero. Perder a un ser querido es… No hay nada peor.

El silencio se hizo en el interior del coche mientras ambos asimilaban las palabras de Tara. Trisha Yearwood cantaba en la radio, y el ruido de los coches que los adelantaban acompañaba la voz de la cantante. Mientras giraban a la izquierda para entrar en su calle, Tara deseó no haber dicho nada. Pero era demasiado tarde. No había pensado en la pérdida de Clint.

Lo miró de reojo. Clint tenía la vista fija al frente y apretaba la mandíbula con la misma fuerza que aferraba el volante. Una punzada de angustia traspasó a Tara. Clint seguía desgarrado por la muerte de su mujer. Y era comprensible. Tara sabía que había estado locamente enamorado de su esposa. La había conocido una noche en casa de Claire, y se habían casado a la semana siguiente. Pensar en aquel amor tan maravilloso hizo que Tara se sintiera

invadida por el anhelo, la admiración… y la envidia.

Al aparcar en el camino de entrada de su casa, Tara se dispuso a despertar a Jane, pero Clint la detuvo.

—No la molestes. Yo la subiré.

—De acuerdo.

Tara vio cómo Clint levantaba dulcemente a la mujer dormida como si no pesara más que una niña y la llevaba a la casa. Una vez más, la envidia la recorrió por dentro, acompañada por un fuerte deseo de recibir una atención semejante de un hombre así.

Por un breve momento, se imaginó lo que debía de ser que Clint Andover la llevase en brazos a la cama. Pero rápidamente su lado práctico se encargó de recordarle cuál era su lugar y su papel en la vida.

Recogió el correo y el periódico y siguió a Clint al interior.

—Se aloja en el dormitorio de arriba —susurró mientras dejaba el bolso y examinaba lo que parecía su primera tarjeta navideña.

No tenía muchos amigos, pero los pocos que tenía siempre le enviaban tarjetas y felicitaciones. El detalle la hizo sentirme menos solitaria, como si aún perteneciera a una familia.

Pero rápidamente se dio cuenta de que no era una tarjeta navideña.

Al principio la asaltó la confusión, seguida por un escalofrío espeluznante.

Volvió a examinar la hoja de color crema y luego el sobre a juego. No había remitente, y había sido enviado aquella misma mañana desde Royal.

—¿Qué…? ¿Por qué…? —El pulso se le aceleró frenéticamente y sacudió la cabeza—. No lo entiendo…

—Listo —anunció Clint, que en ese momento bajaba sigilosamente las escaleras—. Le he quitado los zapatos y la he arropado con una manta… —Se detuvo y la miró con ojos entornados—. ¿Tara?

Tara no podía culparlo de que se extrañara. Ella misma podía sentir la palidez de su piel y el pánico en sus propios ojos.

Clint se acercó a ella y le puso una mano en el hombro.

—¿Qué ocurre?

—Lo siento, Clint.

—¿Por qué?

Ella se apoyó contra su mano en busca de calor y consuelo.

—Tú hablabas de protegerla, pero yo no lo entendí… —La voz se le quebró.

—¿De qué demonios estás hablando? —le preguntó él con firmeza—. ¿Qué sucede, Tara?

Ella le mostró la carta.

—Esto. Dice que Jane es una mentirosa y una ladrona —el estómago se le revolvió al pronunciar esas palabras—. Dice que secuestró a la pequeña Autumn.

Capítulo 4

—¿Puedo echarle un vistazo a eso?

La pregunta de Clint sonó más como una orden que como una petición, pero Tara no se ofendió. Estaba demasiado asustada.

Señor… ¿Cuánto tiempo hacía que las manos no le temblaban tanto?, se preguntó mientras le tendía la carta a Clint. Seguramente desde sus primeras semanas en la facultad de Enfermería, cuando la aterraba cometer un fallo. Aquello había sido la reacción natural de una estudiante novata y ansiosa por aprender, pero la carta que acababa de recibir le infundía un terror irreconocible.

Miró a Clint, que con la cabeza gacha y los ojos entornados leía y releía la carta en busca de alguna clave oculta.

—¿Qué crees que significa? —le preguntó ella—. Quiero decir, ¿por qué alguien enviaría algo así…?

—Todavía no lo sé. Pero voy a averiguarlo.

—Tiene que ser una mentira, Clint.

Él no respondió. Levantó el sobre de color crema y lo sostuvo al trasluz.

—Esa niña es de Jane —le aseguró Tara—. Lo sé. Cualquier mujer puede ver que es hija suya. Especialmente una mujer que…

Clint desvió la mirada hacia ella.

—¿Una mujer que qué?

A Tara se le encogió el corazón y cambió el peso de un pie a otro. Últimamente no tenía control alguno en lo que decía. Clint no necesitaba saber nada de su deseo interno por tener una familia y una niña tan maravillosa como Autumn.

—Lo único que digo es que puedo ver la verdad a la legua —corrigió enseguida—. No hay ninguna duda de que Jane es la madre de Autumn.

Por un momento Tara pensó que Clint iba a presionarla para que le diera una respuesta directa, pero no fue así.

—Estoy de acuerdo —dijo él, volviendo a sostener la carta a contraluz—. No creo que nada de lo que diga aquí sea cierto.

—Tú te dedicas a esto. ¿Qué piensas? ¿Te parece que Jane está en peligro?

—Creo que es una amenaza bastante ambigua —respondió él, mirándola otra vez.

Amenazas…

El miedo se propagó lenta e imparablemente por las venas de Tara. Era extraño. No sentía el menor temor hacia la sangre, las agujas ni el caos. Podía pasarse días sin dormir y noches enteras oyendo los gritos de agonía de sus pacientes. Pero cuando se enfrentaba a lo desconocido, a cualquier cosa que escapara a su control, se sentía irremediablemente perdida.

Y aquella situación no tenía sentido. ¿Por qué alguien iba a querer amenazar a Jane? ¿Por qué lanzaba unas acusaciones tan horribles?

Clint frunció el entrecejo con preocupación y se inclinó hacia ella.

—Te has puesto pálida, Tara.

Ella negó con la cabeza.

—Estoy bien —mintió.

Él la hizo girarse y le puso las manos en los hombros.

—No estás bien. Estás temblando.

—No es nada.

—Es normal tener miedo en una situación como ésta.

—No tengo miedo —objetó ella, intentando separarse mientras sus temblores iban en aumento.

Clint la sujetó con firmeza.

—Conmigo no tienes que interpretar el papel de enfermera dura e invulnerable. Yo no soy uno de tus pacientes.

—No estoy interpre…

No pudo seguir hablando, porque él la estrechó entre sus brazos.

La vergüenza la invadió. ¿Por qué Clint se negaba a entenderlo?

Ella era la que siempre ofrecía ayuda y apoyo, y no al revés. Y mucho menos por Clint Andover.

Pero su voluntad no fue lo bastante fuerte para resistirse al consuelo que encontró en sus brazos. En vez de intentar apartarse, se apretó contra él, buscando el calor y la seguridad de su cuerpo. No quería moverse, sólo respirar su olor, fingir que sólo existían ellos dos y que aquello era un sueño.

—Todo saldrá bien —le susurró él contra su pelo.

A Tara se le formó un nudo en la garganta. Había pasado mucho tiempo desde que alguien le dijo algo así. Y quería creerlo de verdad.

—Clint…

—Te lo juro, Tara. Nadie va a hacerte daño.

—No sólo estoy preocupada por mí.

—Lo sé.

Por un breve instante, Tara se abandonó a la seguridad que le ofrecía su musculoso pecho y lo miró a los ojos.

—¿Qué vamos a…?

—Sss —la hizo callar él, poniéndole un dedo en los labios—. Las dos estaréis a salvo. Te doy mi palabra.

La simple caricia la calmó, pero al mismo tiempo la excitó. ¿Cómo era posible que tuviera un efecto semejante en ella?

La mirada de Clint bajó hasta su boca y le pasó el pulgar por los labios. ¿Cómo podía una mujer desear tanto a un hombre?, se preguntó ella, mientras el miedo que había estado dominándola dejaba paso a la duda de lo que sería sentir aquel tacto en otra parte: su mejilla, su cuello, la curva de sus pechos…

Aspiró hondo y, olvidándose de sí misma, se presionó más contra su torso.

Clint también aspiró.

—Tara —susurró en tono ronco y ansioso.

—Necesito… necesito… —balbuceó ella, pero no pudo acabar la frase. No podía expresarlo en voz alta. Ni siquiera podía pensarlo.

El deseo ardió en los ojos de Clint mientras la contemplaba. Con la mano libre subió por su espalda, hasta la nuca. Iba a besarla, pensó ella con agitación desbocada. Iba a besarla, a dejarla sin respiración, a hacerle perder la cabeza…

Pero él no se inclinó ni se acercó a su boca, sino que se limitó a

sujetarle la nuca.

Era obvio que estaba luchando contra el deseo. Por qué, Tara no tenía ni idea.

—Tenemos que ir con cuidado, Tara.

Se miraron mutuamente. A Tara no se le pasó por alto el doble significado de su advertencia. Se liberó de su agarre y retrocedió a una distancia segura, dejando que la humillación la dominase y la devolviera al presente, al impacto que aquella carta había provocado.

Clint suspiró y se apoyó contra la encimera de la cocina.

—Lo siento, Tara —dijo, pasándose una mano por el pelo—. Supongo que debería haberte advertido del peligro existente, pero pensé que era mejor…

—¿Decírmelo? —lo interrumpió ella, de nuevo alerta y completamente consciente de la situación—. ¿Decirme qué?

—Hace unas semanas, alguien intentó entrar en la habitación de Jane en el hospital.

A Tara le dio un vuelco el corazón.

—¿Qué?

Clint sacudió la cabeza.

—Lo detuve a tiempo, pero el bastardo consiguió huir.

—Oh, Dios mío.

Los ojos de Clint la observaron fijamente, como un halcón.

—Además… alguien intentó llevarse a Autumn del hospital.

—¿A la niña? —exclamó Autumn con voz ahogada, sintiendo cómo el miedo le atenazaba la garganta.

—Tranquila; está a salvo con los Sorrenson.

—¿Tara?

Tara giró la cabeza al oír cómo Jane la llamaba desde la escalera. Se sentía incapaz de asimilarlo todo de golpe. La carta, la advertencia de Clint y aquella nueva revelación.

Todo amenazaba con abrumarla, pero no podía permitirse flaquear. Ahora no. Tenía que mantener la calma. Jane seguía siendo su paciente y su responsabilidad.

—Enseguida subo —le respondió a Jane, antes de volverse hacia Clint—. Será mejor que vaya con ella.

Él se limitó a asentir.

—Tengo trabajo que hacer —murmuró, pero no se movió.

—Puedes irte. Estaremos bien —le aseguró ella—. Tengo el número de tu móvil. Te llamaré si ocurre algo.

La misma inquietud que sentía ella se mezclaba con el calor en los azules ojos de Clint.

—No quiero dejarte.

El pulso de Tara volvió a acelerarse, y también su respiración. Sabía lo que Clint quería decir, pero el tono tan íntimo que empleó la hizo temblar de nuevo.

—Jane y yo estaremos bien —insistió, pero él no parecía convencido.

—Mi ayudante está fuera de la ciudad. Voy a tener que investigar esta carta yo mismo.

—Lo entiendo. Necesitamos toda la información que podamos conseguir, ¿no es así?

—¿Necesitamos?

—No pensarás que voy a dejar que lo hagas sin mí, ¿verdad?

La expresión de Clint se oscureció, igual que su tono.

—Eso es exactamente lo que pienso. Además, ya cuento con ayuda suficiente.

—Desde luego —dijo ella. Después de todo, se trataba del Texas Cattleman's Club—. Pero Jane y Autumn son mi responsabilidad.

—Escucha, Tara…

—No, escúchame tú a mí. Si quieres que colabore en esto, tendrás que permitir que te ayude.

Se apartó de él y se dirigió hacia las escaleras, pero Clint la agarró del brazo y la hizo girarse.

—Podría teneros a las dos en mi casa dentro de una hora, si quisiera —le advirtió, endureciendo la voz y la expresión mientras tiraba de ella hacia él.

—Pero no lo harás —replicó ella. El calor volvía a arder entre ellos, debilitando las rodillas de Tara—. No quieres asustar a Jane. No quieres que sepa lo de esta carta y…

Él dudó un momento, antes de soltarla y retroceder.

—Está bien, está bien. Tú ganas. Por ahora —pasó junto a ella en dirección a la puerta—. Asegúrate de cerrar con llave. Dos de mis hombres están montando guardia, pero toda precaución es poca.

Tara se quedó boquiabierta.

—¿Dos hombres? ¿Cuándo has hecho eso?

—Llevan ahí fuera desde que trajiste a Jane —dijo él alzando una ceja—. Buenas noches, Tara.

—Buenas noches —murmuró ella, ligeramente perpleja. Clint no le había revelado detalles importantes, pero aun así se sentía segura sabiendo que dos hombres altamente cualificados cuidaban de Jane.

—Te veré por la mañana —dijo él antes de que ella cerrara la puerta.

—Por la mañana —repitió ella suavemente, apoyándose contra la fría madera y soltando un suspiro—. Me odio a mí misma por ello, pero me muero de impaciencia.

* * *

Se sentó junto a su escritorio, a oscuras, y contempló por la ventana la ciudad que empezaba a despreciar. La gente era demasiado simple, sin una pizca de inteligencia. Por suerte para él, los habitantes de Royal no tenían ni idea de nada.

Salvo aquel grupo de acaudalados vaqueros que habían frustrado sus primeras tentativas de éxito.

Bueno, esa vez no iba a enviar a sus lacayos a hacer el trabajo. Esa vez era el doctor quien estaba a cargo de la operación. Y si las cosas salían según lo planeado, tendría lo que andaba buscando en menos de dos semanas y podría largarse de allí.

Una sonrisa curvó sus labios. No había duda de que la enfermera había recibido su carta. Era una mujer con ganas de pelea que podría causar unos cuantos problemas, pero él mismo se ocuparía de ella si fuese necesario.

Y casi deseaba que lo fuera…

* * *

Para Clint Andover, las vacaciones no se diferenciaban en nada a cualquier otra época del año. Trabajo, deporte y más trabajo. Había

perdido el gusto por celebrar la Navidad tres años antes, junto a cualquier atisbo de fe que una vez hubiera poseído.

Pero la ciudad texana de Royal no pensaba como él, pensó mientras conducía por sus calles al crepúsculo. Mientras el sol se ocultaba por el oeste, las luces y adornos navideños iban encendiéndose, la fragancia de los pinos flotaba en el aire y los alegres rostros de los vendedores ambulantes llenaban las aceras y las cafeterías.

Hubo un tiempo, cuando él era joven y sus padres vivían, que se sentía embargado por el espíritu navideño, las cenas en familia y los regalos de Santa Claus. Desde entonces había albergado la esperanza de que algún día volviera a sentir aquella magia a través de sus propios hijos.

Sin embargo, pensó mientras metía el coche en el camino de entrada de Tara y saludaba a su hombre con la mano, lo único que podía hacer para no perder la cabeza era ignorar la Navidad y todo lo que la rodeaba.

—Buenas noches, señor Andover —lo saludó Tara con una amplia sonrisa. Estaba muy guapa con su jersey rosa y sus vaqueros ceñidos—. Tres visitas en un mismo día. Eso sí que es dedicación.

—Hago lo que puedo —respondió él. Deseaba estrecharla entre sus brazos y sentirla contra él, pero ya había tenido bastantes problemas y distracciones en los últimos días.

—¿Quieres pasar? —le ofreció Tara—. Hace mucho frió aquí fuera.

—No, gracias —rechazó. Tenía otros planes, y éstos incluían que fuese Tara quien saliera y lo acompañara.

—Muy bien… ¿Alguna noticia sobre la carta?

—Aún no.

—¿Qué será lo siguiente, entonces?

—La paciencia es una virtud, enfermera Roberts.

Tara volvió a sonreír y se colocó un mechón tras la oreja.

—Jamás habría asociado esa virtud contigo, Andover.

—¿Ah, no? ¿Y con qué me habrías asociado?

—Mmm… ¿Con un tirano, tal vez?

Clint se apoyó contra el quicio de la puerta y soltó un resoplido.

—Lo he dicho antes y lo vuelvo a decir… Eres una mujer muy problemática.

—Tal vez sea esa mi virtud —su risa cantarina resonó en el frío aire nocturno, pero a Clint lo calentó hasta el corazón—. Entonces, si no se trata de la carta y no vas a entrar, ¿debo pensar que es una… —Arqueó una ceja— visita social?

—La verdad es que sí. Había pensado en invitarte a cenar.

—¿Es un modo de compensarme por no haberme contado toda la verdad?

—Algo así —respondió él, aunque tenía que admitir que Tara había dado en el clavo. Era la excusa que había estado barajando mientras conducía.

—¿Y qué pasa con Jane? —preguntó Tara inocentemente.

—Marissa se la llevó hace una hora.

Tara lo miró con ojos muy abiertos.

—¿Cómo lo sabes?

—Uno de mis hombres la siguió. No estamos haciendo el tonto, Tara.

Ella se ruborizó al instante. Fue una visión muy hermosa verla así, pero también llenó a Clint de interrogantes. ¿En qué otra situación se podría ruborizar? Sin mencionar los imágenes lujuriosas de aquel jersey rosa cayendo al suelo de su dormitorio…

—¿Estás lista? —le preguntó entre dientes.

—Esto parece una cita.

—¿Y?

—¿Queremos que todo Royal hable de nosotros?

—Me importa un bledo, Tara. Nunca me ha preocupado lo que piensen los demás —declaró. Y era cierto. Lo único que le importaba era pasar una velada con Tara.

Una lenta y maliciosa sonrisa curvó los rasgos de Tara, recordándole a Clint el momento tan dulce que habían compartido la noche anterior: el tacto de sus labios contra los dedos, el deseo de reclamar su boca con la suya y ceder a lo que ambos querían…

Parecía que los dos tenían mucho en común. Los dos tenían miedo. Ella, de perder el control. Él, de necesitar algo o a alguien.

Pero ¿podrían dejar a un lado sus temores? ¿Tendrían que resolver sus respectivos dilemas para disfrutar de su mutua compañía?

Maldijo en silencio. No lo sabía.

—¿Y bien? —La animó, ofreciéndole la mano—. ¿Qué dices?

Ella aceptó la mano y sonrió.
—Una hamburguesa en cualquier restaurante suena bien.

Capítulo 5

—Buenas noches, señores —los saludó sonriente Sheila Foster, camarera del Royal Diner y la mayor cotilla de la ciudad—. ¿Una mesa para dos? —Se había cambiado su habitual uniforme rosa y ceñido por un traje acorde a la temporada navideña, tan rojo como su pintalabios.

—Sí, gracias —respondió Tara, intentando que su voz sonara lo más ligera posible, como si no la afectara lo más mínimo que aquella alegre y acaramelada mujer los mirase a Clint y a ella como si fueran una pareja.

Pero a Clint no le importaban en absoluto las apariencias y llevó su mano a la espalda de Tara.

—¿Tienes alguna mesa junto a la ventana, preciosa?

La mujer, que debía de tener más de cuarenta años, le sonrió maliciosamente.

—Por ti lo que haga falta, Clint.

—Todo menos una cita, ¿eh?

¿Preciosa? ¿Una cita? Tara estaba demasiado atónita como para decir nada. ¿El estoico Clint Andover estaba coqueteando con la camarera? ¿Y añadiéndole un toque de humor?

Fuera lo que fuera lo que hubiese destapado esa faceta juguetona de Clint, Tara estaba encantada con el cambio, y deseó ser ella la única que pudiera animarlo de ese modo.

—Cariño, por mucho que me encantara enseñarte lo que sé sobre el amor, no puedo hacerlo —respondió Sheila, bajando la voz a un tono de complicidad—. Tengo demasiados peces en la pecera

—le hizo un guiño y les indicó que la siguieran.

—¿Unos cuantos? A mí me parece que te interesa un solo pez en particular —dijo Clint, asintiendo en dirección a la cocina.

Sheila soltó un bufido.

—¡Feliz Navidad, caballeros! —dijo Manny Reno, el cocinero y dueño del restaurante, y el pez favorito de Sheila, asomando la cabeza por la puerta de la cocina.

Clint y Tara lo saludaron con la mano y se acomodaron en una de las mesas junto a la ventana. Era un buen sitio, junto a la máquina de discos, que en esos momentos emitía A *Christmas* Song, de Nat King Cole, una de las canciones favoritas de Tara.

—¿Qué va a ser? —preguntó Sheila, sacando un bloc y un bolígrafo—. Manny ha preparado hoy un chili de muerte.

Clint miró a Tara con las cejas arqueadas en un gesto interrogativo.

—Creo que ambos tomaremos una hamburguesa y patatas fritas.

Tara asintió.

—¿Y batidos de chocolate con menta?

La expresión que cruzó el rostro de Clint no fue exactamente de perplejidad, sino más bien de curiosidad.

—¿Cómo puedes acordarte de eso?

A Tara se le escapó una carcajada.

—No lo sé. Se me ha venido a la cabeza.

No habían compartido ningún batido de chocolate con menta, pero sí habían comentado que era la bebida favorita de ambos durante la única y maravillosa noche que pasaron juntos en el cenador del parque. Se habían besado y abrazado y habían hablado sobre los temas propios de los jóvenes: series de televisión, cine, comida, deporte, las clases… y por supuesto, el sabor favorito de los batidos.

—¿Queréis un batido con dos pajitas?

Tara levantó la mirada, sobresaltada. Sheila le estaba sonriendo y moviendo las cejas mientras mascaba su chicle.

—Que sean dos batidos —dijo Clint secamente—. Y dos pajitas.

La camarera volvió a hacer un guiño.

—Dos hamburguesas con patatas y dos batidos de chocolate con menta. Marchando.

Cuando Sheila se alejó hacia la cocina, Clint se recostó en el

asiento y se echó a reír.

—Esa mujer es terrible.

—Desde luego que sí. Ya sabes que mañana toda la ciudad estará hablando de nuestros batidos de chocolate.

Clint se encogió de hombros.

—No me preocupan los cotilleos, y a ti tampoco deberían importarte.

—Sólo intento defender tu reputación, Andover —dijo ella en tono burlón, con la esperanza de seguir alimentando la faceta bromista de Clint.

—¿En serio? —preguntó él, inclinándose hacia delante—. ¿Y qué cosas dicen de mí por aquí?

—Vamos a ver… —murmuró ella, mirando al techo como si intentara recordar—. He oído que eres un hombre dulce y sensible que mira a ambos lados de la calle antes de cruzar y que saluda a todos los vecinos.

—Un auténtico *boy scout,* ¿eh?

—¿Ves por qué no quiero mancillar tu imagen?

Él la recorrió con su mirada azul cobalto.

—Creo que necesito mancillarla tanto como pueda.

El murmullo de las conversaciones, la música, el ruido de cacerolas y sartenes, el olor de la carne y las patatas friéndose… Todo quedó ahogado por el rugido de la sangre hirviendo de Tara.

—Conozco a alguien a quien no le importaría ayudarte —dijo, todo lo despreocupadamente que pudo.

—¿Quién?

—Sheila, naturalmente.

—No es mi tipo.

—¿Quién es tu tipo? —le preguntó ella sin poder contenerse.

Clint bajó la mirada y también su voz.

—Parece que tengo debilidad por las personas problemáticas.

A Tara se le aceleró frenéticamente el pulso y de repente fue consciente de lo que llevaba puesto bajo el jersey y los vaqueros, como si Clint pudiera ver su lencería blanca de encaje… y pudiera quitársela con sólo una mirada.

Tragó saliva y se obligó a respirar con calma.

—¿Quién iba a pensar que un batido de chocolate con menta nos metería en unas aguas tan turbulentas?

—¿Aguas turbulentas?

—Bueno, hay algo excitante en torno a las… bromas. Y luego estuvo aquel beso en el cenador.

Clint esbozó una media sonrisa.

—Cierto. Pero ésa fue la clase de aguas turbulentas en las que a un hombre le gusta nadar.

¿Dónde demonios estaba su comida?, se preguntó Tara, mirando desesperadamente hacia la cocina. Si el batido no llegaba pronto, no sería responsable de sus actos.

Aunque la idea de pasar por encima de la mesa y besar a aquel hombre no parecía tan descabellada.

Oh, estaba yendo cuesta abajo a toda velocidad, eso era seguro.

Pero cuando desvió la mirada del atractivo rostro de Clint para pasarla por el restaurante, no vio a su rescatadora, Sheila, acercándose con los platos o los vasos. No, lo que vio le avivó aún más las llamas que le consumían el estómago.

Vestido con un impecable traje azul oscuro, una camisa blanca almidonada y una corbata de cachemira, un hombre alto y delgado estaba de pie junto a la barra, estudiando el menú con expresión despectiva.

—Más aguas turbulentas —murmuró para sí misma.

Pero Clint la oyó y se giró para ver qué le había llamado la atención.

—¿Quién es ése? —preguntó. Había pasado de hablar en tono bajo y sensual a estar completamente serio y alerta.

—El doctor Belden.

—¿Del hospital?

Ella asintió.

—Es nuevo.

Clint se volvió hacia ella.

—¿Detecto una nota de censura en tu voz?

—Sí.

—¿Cuál es el problema?

Tara se encogió tímidamente de hombros.

—Sólo lo he tratado unas cuantas veces, y siempre se ha mostrado frío y arrogante. No es ningún secreto que desprecia a las enfermeras del hospital, y he oído que no tiene mucho tacto con los pacientes. Pero no se trata sólo de eso.

—¿No? —preguntó Clint, entornando la mirada.

—Hay algo más… Algo que no logro imaginarme qué es.

En aquel momento, Belden la miró. Pareció reconocerla enseguida y asintió amablemente. Tara no pudo menos que devolverle el gesto, intentando ignorar el escalofrío que le recorría la columna.

—¿Qué decías? —La animó Clint.

Sin saber cómo expresar sus sospechas, Tara agradeció enormemente que Sheila llegara en ese momento con sus hamburguesas y batidos.

Decidida a mantener el buen humor en la conversación, agarró el *ketchup* y forzó una sonrisa.

—Seguro que no es nada importante.

—¿Tara? Hola, soy Jane. Autumn está muy nerviosa esta noche, así que he decidido quedarme en casa de David y Marissa. Ya sabes cuánto la echo de menos, y de verdad quiero estar aquí con ella y tomarla en brazos si empieza a llorar otra vez. Saluda a Clint de mi parte. Te llamaré por la mañana. Adiós.

Tara presionó el botón para borrar el mensaje del contestador automático y se volvió hacia Clint, que estaba de pie junto a la encimera de la cocina.

—Jane te manda saludos.

Un destello de regocijo cruzó el rostro de Clint.

—Sí, ya lo he oído.

¿También había oído el vuelco que le había dado el corazón cuando se dio cuenta de que no había nadie en casa? ¿Y el modo en que se le había acelerado el pulso cuando supo que la casa permanecería vacía el resto de la noche? Sin interrupciones, sin nadie durmiendo en la habitación de al lado…

Clint rodeó la encimera hacia ella y le puso las manos en los hombros. Obviamente, había malinterpretado su expresión de incomodidad.

—Tranquila. Estará a salvo con David. Él también estuvo en el ejército. Y además tengo a un hombre vigilando el rancho.

Tara se estremeció al recibir el contacto de sus manos.

—Lo sé.

—Pero no estoy tan seguro de ti.

Ella levantó la mirada, confusa.

—¿Qué quieres decir?
—Aquí… sola…
—Oh —quiso soltar una carcajada, pero sólo le salió una risita tonta—. Estaré bien.
Él le apartó un mechón de la mejilla.
—Sí, lo estarás.
El roce fue tan íntimo que a Tara estuvieron a punto de cederle las rodillas, pero el tono empleado por Clint le provocó una reacción muy distinta.
—Gracias, pero…
—¿Pero qué?
—No pareces muy contento por haberme dado ese voto de confianza.
La frustración ardió en los ojos de Clint, que se dio la vuelta y se apartó, dispuesto a marcharse. Pero enseguida soltó un suspiro, volvió a girarse y la estrechó entre sus brazos.
—No lo estoy, maldita sea.
Tara apenas podía respirar debido a la fuerza con la que Clint la apretaba, pero aun así consiguió hablar.
—¿Por qué?
—¿No lo entiendes? —Gruñó él—. No es esto lo que quiero.
Su proximidad, su cadera rozándole el vientre, la sensación de su pecho musculoso contra ella, el roce de su barba incipiente en la mejilla…
—¿Esto? —preguntó ella—. ¿A qué te refieres? ¿A abrazarme, a tocarme?
—A ti. No quiero desearte a ti —llevó las manos hasta su nuca y la obligó a mirarlo a los ojos.
Y con el corazón desbocado, Tara lo miró. Quería decirle que ella también estaba asustada, que lo que había entre ellos barría su mente cada vez que estaban juntos.
Quería decirle que él le había hecho abrir su alma romántica.
Quería decirle que estaba a punto de rendirse, de ceder el control, de no volver a negarse a sí misma.
Pero él no le dio oportunidad, porque se inclinó hacia ella y tomó posesión de su boca con un beso ardiente y apasionado que le provocó una descarga eléctrica por todo el cuerpo.
Tara quiso gritar de placer, pero se negó a malgastar ni un solo

segundo y sólo se concentró en devolverle el beso con toda su fuerza. Sus lenguas se entrelazaron mientras ella buscaba a tientas un lugar donde agarrarse. Se sentía débil, descontrolada, e intentó aferrarse al borde de la encimera. Pero su mano resbaló y golpeó un montón de papeles y el correo que había sobre la formica gris.

El ruido interrumpió la pasión del momento y los dos se separaron. Ambos se miraron con ojos encendidos y llenos de culpa.

—Lo siento —murmuró ella estúpidamente. No tenía ninguna excusa que explicara su comportamiento.

Se sentía torpe e incómoda, y necesita librarse un momento de la intensa mirada azul de Clint, así que se inclinó para recoger los papeles.

—Déjame ayudarte —dijo él, arrodillándose a su lado.

—No es necesario. Yo… —De pronto soltó un gemido ahogado, al tiempo que una punzada glacial le traspasaba el corazón—. Oh, Dios mío.

—¿Qué?

Con manos temblorosas, Tara levantó un sobre color crema, idéntico al que había recibido el día anterior.

Clint masculló una maldición.

—Deja que lo abra yo —dijo, y ella se lo tendió.

—¿Crees que voy a recibir cartas como esta todos los días?

Clint no dijo nada y se limitó a abrir el sobre.

—¿Vas a leerlo en voz alta? —le preguntó ella, levantándose.

—No.

—Clint, tengo derecho a saber lo que pone. Está dirigido a mí.

—De acuerdo —se puso en pie junto a ella y leyó la carta—. «Esa zorra a la que estás protegiendo es una mentirosa y una ladrona».

—Oh, Dios —gimió Tara.

Clint levantó la vista del papel.

—Quienquiera que lo haya enviado está muy enfadado.

—Pero Jane y Autumn… ¿por qué?

—Eso es lo que voy a averiguar.

—¿Crees que esa persona podría ponerse… violenta?

Clint apretó fuertemente los labios.

—Todo es posible.

Tara se estremeció. Se alegraba de que Jane estuviera aquella

noche en casa de David y Marissa. Allí estaría a salvo y no se enteraría de nada.

—Hay que llevar esta carta al laboratorio y analizarla en busca de huellas —dijo Clint—. Quizá el pervertido que la ha escrito haya sido más descuidado esta vez y haya dejado algún indicio.

—Sí, por supuesto —dijo Tara. Por muy egoísta que le pareciera, no quería que Clint se fuera a ninguna parte. Había un hombre montando guardia fuera, pero ella quería a Clint. Quería refugiarse en su calor.

Al pensar en ello se encogió de vergüenza.

Por primera vez en lo que parecía una eternidad, quería recibir consuelo. No sólo quería una o dos noches de pasión hasta que el misterio fuera resuelto.

Casi se le escapó un gemido. Ella no era ninguna mujer frágil y asustadiza, por amor de Dios. Tenía que recuperar su autocontrol.

Levantó el mentón y caminó hacia la puerta para abrirla.

—Espero que encuentres algo esta vez.

Pero en vez de seguirla, Clint se sentó en el sofá.

—Como te he dicho, hay que llevar esta carta al laboratorio. Pero no voy a ser yo.

—¿Qué?

—No voy a ser yo quien la lleve.

—Pero tienes que hacerlo. Hay que… actuar con rapidez. Necesitamos esas pruebas lo antes posible.

—Y las tendremos —sacó su móvil y marcó un botón—. Doug, acude al 3351 de Duncan Hill Road lo más rápido que puedas.

Volvió a guardarse el móvil en el bolsillo y miró a Tara.

—Mi ayudante ha vuelto. Él se encargará de llevar la carta al laboratorio y analizarla esta misma noche.

Tara permaneció junto a la puerta, sin cerrarla. El aire fresco se colaba entre la tela metálica de la puerta exterior, como el azúcar por un tamiz.

—Si se trata de protegerme…

—¿Qué pasa si se trata de eso?

Valiéndose de toda la fuerza de voluntad que le quedaba, Tara le lanzó una mirada furiosa.

—Te he dicho que no necesito protección.

—Y yo te dije que te acostumbraras a verme por aquí.

—Eso era por Jane.

Él sostuvo el sobre en alto, mostrando su nombre escrito.

—Esto hace que ahora sea también por ti —declaró, echando fuego por los ojos.

—Soy perfectamente capaz de…

—¡Está todo dicho, Tara!

Ella se detuvo y lo miró, con el corazón latiéndole salvajemente contra las costillas. Clint era imposible. Y ella también. Eran como la mecha y el fuego. Una combinación peligrosa en las discusiones, los acuerdos y cualquier asunto relacionado con el corazón.

Lo fulminó con la mirada, pero acabó cerrando la puerta.

—Me voy a la cama y…

—Adelante.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó ella, caminando hacia él—. ¿Te marcharás cuando estés listo para irte?

—Esta noche no voy a ir a ninguna parte. Me quedaré en el sofá.

A Tara le ardieron las mejillas… y la parte inferior de su cuerpo. Clint iba a quedarse allí, a pocos metros de donde dormiría ella. Aquello tenía que ser una prueba que le ponía la vida.

—Si pudieras prestarme una manta y una almohada… —dijo él.

—Claro. ¿Algo más? —le preguntó neciamente.

—Creo que con eso bastará —se llevó las manos a la nuca y se recostó en el sofá mientras la miraba de arriba abajo—. A menos que te estés ofreciendo para arroparme.

Capítulo 6

Tara seguía durmiendo en la misma cama que había usado de adolescente. La cama de columnas de pino que había visto en una revista cuando tenía doce años y por la que había ahorrado hasta el último centavo de su paga para comprarla.

Su madre había pensado que era una buena y práctica compra, pero para Tara sólo había sido un capricho. Quería un lugar donde poder evadirse por la noche, donde poder soñar, desear y ser cualquier cosa que anhelara.

El único lugar donde podía dejar a un lado su sentido del deber.

Pero aquella noche, tendida bajo las sábanas celestes, se sentía de todo menos cómoda.

Y no podía evadirse.

Había un hombre en su casa.

Clint Andover gobernaba en su cabeza tanto como en su cama, y eso que apenas la había tocado. Tal vez fuera la promesa de su tacto. Tal vez su olor limpio y varonil, que seguía alterándole los sentidos mucho después de haberlo dejado en el sofá con una manta y una almohada.

Tal vez fuera su imagen, con las manos en la nunca y el pecho desnudo.

A Tara le ardía la piel, por culpa del desesperado deseo que le recorría las venas. Frustrada, se dio la vuelta y miró el reloj de la mesilla.

La una y media.

Gimió en voz baja. Faltaban muchas horas para el amanecer.

¿Cómo iba a dormir con aquellos pensamientos y sensaciones acosándola?

¿Y Clint? ¿Estaría dormido? ¿O seguiría tumbado de espaldas, con un brazo detrás de la cabeza, sufriendo el mismo problema que ella?

Sacudió la cabeza y miró al techo. ¿De verdad iba a comprobarlo?

El demonio venció al ángel y la obligó a levantarse de la cama.

* * *

La casa olía a ella.

Una fragancia a vainilla y flores, destinada a volver loco al hombre que la inhalase durante demasiado tiempo.

Clint se removió en el sofá, que había resultado ser demasiado pequeño para un hombre de su estatura. No le importaba gran cosa, teniendo en cuenta que no tenía intención de dormir. Primero, porque estaba esperando que su ayudante lo llamara para comunicarle los resultados de los análisis; y segundo, porque no estaba dispuesto a despertarse de una pesadilla en casa de Tara Roberts, empapado en frío sudor.

Unas pisadas suaves interrumpieron su monólogo interior. Escuchó con atención cómo atravesaban el vestíbulo y se dirigían a la cocina.

Un estornudo muy femenino resonó en la casa.

Clint sonrió, pero no se movió del sofá.

—¿Algún antojo nocturno?

Se oyó un gemido ahogado procedente de la cocina.

—¿Perdón?

Clint alargó un brazo y encendió la lámpara. Un débil resplandor iluminó la habitación.

—Nunca habría imaginado que fueras el tipo de mujer que asalta la nevera por la noche.

Ella no respondió de inmediato, y Clint se preguntó si habría vuelto furtivamente a su habitación. Pero entonces su rostro apareció sobre el respaldo del sofá.

—Normalmente no lo hago.

Estaba tan guapa sin maquillar, con sus verdes ojos brillando y sus rizos color miel cayendo sueltos sobre los hombros…

Pero todo ese aspecto de inocencia y sencillez se desvaneció en cuanto Clint bajó la mirada.

El camisón blanco de algodón era tan diáfano que apenas podía ocultar la sugerente silueta que se escondía debajo. Clint estuvo a punto de ceder al impulso de agarrarla, levantarla por encima del respaldo y estrecharla entre sus brazos.

—¿Tienes un antojo esta noche, Tara? —le preguntó sin pensar. Enseguida se dio cuenta de lo que había dicho y deseó poder tragarse sus palabras. Pero era demasiado tarde.

La suave luz de la lámpara iluminó el atisbo de deseo que cruzó los ojos de Tara, pero no hubo más reacción que ésa a su descarada pregunta.

—Estaba pensando en prepararme un chocolate caliente —dijo ella, mirando hacia la cocina.

El asintió.

—Suena bien.

—¿Te apetece a ti también?

A Clint no era precisamente chocolate caliente lo que más le apetecía en esos momentos.

—Claro. ¿Puedo ayudarte?

—No, lo tengo todo bajo control —respondió ella, alejándose hacia la cocina.

—El control es algo importante para ti, ¿eh?

—Sí… Aunque a veces puede ser agotador —admitió ella—. Me temo que el control fue un mal necesario que tuve que sufrir de niña. Toda mi vida dependía de ello.

De pie frente a la cocina, bajo la luz del techo, ofrecía una nueva y excitante visión de lo que escondía el camisón blanco.

—¿Y ahora? —preguntó él, sintiendo cómo se le endurecían los músculos bajo la camiseta y los vaqueros mientras contemplaba el contorno de su ropa interior y la curva de su pecho—. ¿Tu vida sigue dependiendo del control?

A Tara le tembló la mano mientras llenaba la tetera de agua.

—Si te soy sincera, me encantaría tomarme unos días libres.

—¿Y qué harías con esos días libres? —Era la misma pregunta que él se había hecho a sí mismo demasiadas veces.

—Respirar, ser un poco más egoísta, olvidarme de mis responsabilidades… —Se quedó un momento callada mientras vaciaba dos bolsitas de chocolate en sendas tazas—. No sé por qué estoy hablando de esto.

—He oído que después de medianoche se puede ser vulnerable sin que eso sea censurable —dijo él con el ceño fruncido. Aquel pequeño consejo también podía aplicarse a su caso particular.

—Ojalá fuera cierto —murmuró ella.

—Puede serlo.

—Sólo entre tú y yo, ¿de acuerdo?

Su expresión era juguetona, pero sus palabras se le clavaron a Clint en el pecho. No le gustaba que tuviera ese efecto sobre él. Sin embargo, estando con ella cara a cara, no podía guardarle el menor rencor.

Ella se acercó a él, fijando la mirada en el cajón que bloqueaba la cadera de Clint.

—Disculpa. Tengo que sacar una cuchara.

Pero él no se movió. La tomó de la mano y tiró suavemente de ella al tiempo que separaba las piernas. El cuerpo de Tara se amoldó a la perfección contra su ingle.

Clint quiso gemir al sentir aquella suavidad flexible contra la dureza de sus vaqueros. No era ningún santo con las mujeres. Le gustaba estar con ellas, disfrutar de su tacto y su fragancia. Naturalmente, las trataba con respeto y les dejaba muy claro antes de empezar que lo suyo sólo sería la aventura de una noche.

Pero con aquella mujer las cosas no eran tan simples…

El instinto le advertía que una noche no sería suficiente. Por eso había intentado mantenerse impasible en su presencia, y había fracasado miserablemente.

Se llevó la palma de Tara a los labios y la besó.

—Conmigo puedes ser lo que quieras y decir lo que quieras.

—¿Ésa es la regla, Andover? —preguntó ella con voz ronca.

—Es la promesa —corrigió él.

¿Qué demonios estaba diciendo? Él nunca hacía promesas.

—Bueno, en ese caso… —murmuró ella, haciéndolo estremecerse al calentarle el cuello con su aliento—. ¿Hay algo que quieras decir? ¿Algo que quieras expulsar?

La cicatriz de su pecho, pensó Clint. La cicatriz que no quería

mostrar a nadie, ni siquiera a Tara. La cicatriz que le recordaba la necesidad de evitar situaciones tan íntimas como aquélla.

Pero el poder de la cicatriz no era ilimitado.

—No podemos impedir que esto ocurra, ¿verdad? —dijo ella, mirándolo con ojos brillantes como dos esmeraldas.

—Creo que no.

—Entonces quizá deberíamos dejar que siga su curso.

—Quizá —murmuró él. Por primera vez en su vida, no se sentía seguro de cómo actuar. Quería darle a Tara todo lo que ella deseaba, ofrecerle la oportunidad de respirar a fondo y ser libre.

Lo mismo que quería él.

Pero cuando ella le puso las manos en el pecho, se olvidó de todo por un momento y perdió la cabeza. Nunca permitía que las mujeres lo tocasen allí, ni siquiera a través de un tejido. Era la marca de su vergüenza, la cicatriz de un pasado que nunca se permitiría olvidar.

Reaccionó sin pensar en lo que hacía. Agarró las muñecas de Tara y le puso las manos detrás de la espalda.

Pero ella no se apartó como él pensaba, sino que se acercó más aún, quedando su boca a un suspiro de la suya y sacando los pechos mientras arqueaba la espalda.

—Sé lo de tu cicatriz —le susurró.

Él se estremeció de dolor y deseo a la vez. Aquella noche, el fuego… Todo Royal lo sabía. Pero su cicatriz…

—¿Cómo lo sabes?

La voz de Tara adquirió un tono dulce y amable.

—Unos meses después del… accidente estuve trabajando en la unidad de quemaduras.

—¿Y las enfermeras hablaban entre ellas? —preguntó él con dureza.

—No, no —lo miró fugazmente a los labios—. Sólo se habló en relación con otro caso.

Clint soltó una seca carcajada.

—Otro miembro desfigurado de la sociedad, ¿no?

Ella pareció horrorizada y se puso rígida contra él. Pero sólo por un momento. Sus verdes ojos centellearon bajo sus largas pestañas y su boca se curvó en una sonrisa.

—Si no recuerdo mal —dijo, recorriéndole el rostro con su

cálido aliento—, de lo único que hablaban las enfermeras era de tu físico y de cómo deberían bañarte dos veces al día para contemplarlo.

Clint la sujetó con fuerza. ¿Cómo lo había hecho? ¿Cómo había conseguido desarmarlo y hacer que su furia se esfumara en cuestión de segundos, dejando en su lugar un rastro de admiración y deseo?

Sin molestarse en responderse a sí mismo, inclinó la cabeza y le atrapó el labio inferior entre los dientes.

Un gemido se escapó de la garganta de Tara.

—No la tocaré, Clint. No te tocaré la cicatriz. No hasta que tú me lo pidas.

—Nunca te lo pediré, Tara —respondió él, y la hizo callar con un beso ávido y feroz, desesperado por saborearla mientras pudiera.

En cualquier momento ella se daría cuenta de que estaban cometiendo un grave error y se apartaría de él. Pero hasta entonces él iba a deleitarse con aquel sabor a vainilla y esa fragancia floral.

Ella le devolvió el beso con un ardor semejante, sin juegos ni orgullo. Presionó las caderas contra su miembro endurecido y se retorció. Estaba loca de deseo por él.

—Clint…

—No pienses, Tara —su voz apenas era un murmullo ronco—. Por el bien de ambos, no pienses.

Le soltó las muñecas y llevó las manos hasta su nuca y sus cabellos. El beso se intensificó, cada vez más húmedo y ardiente El sabor de Tara era tan dulce, tan prohibido, que Clint sabía que nunca podría saciarse de ella.

Estaba perdido en la locura del momento. No le importaba lo que pudiera pasar al día siguiente, ni siquiera lo que pasara dentro de cinco minutos. Era el instinto el que lo guiaba. Y si lo llevaba hasta la perdición, que así fuera.

Con un gruñido, bajó las manos por el torso de Tara y tiró del camisón hacia arriba. Con cada centímetro de piel que descubría, más aumentaba su excitación y el deseo que le comprimía el pecho. El borde del camisón llegó a los muslos, hasta que sus manos entraron en contacto con las braguitas de algodón.

Tara se quedó momentáneamente inmóvil, conteniendo la respiración, pero enseguida empujó las caderas hacia delante y se presionó contra su mano.

Clint estuvo a punto de morir allí mismo. A través de la tela, podía sentir lo preparada que estaba Tara para él, para su mano y su boca…

Junto a ellos, el agua sonaba ruidosamente en la cocina.

Si ella hacía cualquier movimiento, un solo gesto hacia el dormitorio, el sofá o la alfombra junto a la chimenea apagada, él sería incapaz de reprimirse.

Pero ella no se movió. No tuvo que hacerlo. La irritante melodía de un móvil tomó la decisión por ellos.

Clint maldijo en voz baja.

—Tienes que responder, ¿verdad? —le preguntó ella en un áspero susurro, cargado de deseo insatisfecho.

Él volvió a maldecir y se apartó.

—Es mi ayudante. Le dije que me llamara tan pronto tuviera los resultados de los análisis.

—Necesitas esos resultados.

Él aspiró profundamente.

—Lo que necesito es…

—No —lo interrumpió ella—. No lo digas.

La melodía del móvil seguía resonando por toda la casa.

—Responde al teléfono, Clint.

En su interior se libraba una encarnizada lucha entre el deber y el deseo, pero finalmente cedió a lo que tan bien conocía… aquello que lo gobernaba.

Fue hacia el sofá, con la mandíbula tan apretada como el resto de su cuerpo, respondió al móvil con excesiva brusquedad…

Y recibió el mensaje que no quería oír.

—Lo siento, jefe. La carta estaba limpia de huellas.

* * *

Al día siguiente, Tara recogió a Jane en casa de los Sorrenson y se dirigieron a la ciudad para hacer las compras de Navidad. No soplaba viento y lucía un sol espléndido. Un día perfecto para dejar el coche y pasear por Main Street en busca de gangas, regalos y adornos para el árbol.

Tara había sugerido la excursión con la esperanza de que la

ayudara a olvidar la noche anterior.

Si tal cosa era posible.

La boca de Clint, su beso, su tacto… y sus propias reacciones. Cómo había deseado recibir más, mucho más… Pero finalmente había tenido lo que se merecía: la fría soledad de sus sábanas de algodón.

Después de que Clint le contara la conversación con su ayudante, se había ido a acostarse. Su cama de columnas nunca le había parecido tan grande y vacía. Pero era su único refugio, el único lugar donde podía acallar la voz de su conciencia y sofocar el deseo que la abrasaba.

Clint no había llamado a su puerta en toda la noche. Tal vez se arrepentía de lo sucedido en la cocina o, al igual que ella, no sabía qué hacer al respecto.

En cualquier caso, ya se había ido de la casa cuando ella se levantó. Seguramente era lo mejor, ya que Tara no tenía más respuestas de las que podía tener la noche anterior. Sólo había llegado a una conclusión: nunca se había sentido mejor que en los brazos de Clint.

El le había dejado una nota, diciéndole que aquel día iba a investigar algunas pistas y que dejaría a un hombre vigilando la casa. Tara la había leído tres veces, esperando como una estúpida que una posdata apareciera al final, añadiendo que la vería aquella noche… Pero nada.

—Qué día tan maravilloso.

La exclamación de Jane devolvió a Tara al presente.

—Sí, hace un día precioso. Muy navideño, ¿no crees?

Jane asintió y se detuvo frente a un escaparate.

—Es precioso —dijo, señalando un viejo tren de juguete.

—¿Cuántos regalos tienes que comprar?

—Me gustaría comprarles un regalo a David y Marissa. Y quizá alguna cosa para Harry…

—¿Harry? —preguntó Tara frunciendo el entrecejo.

Jane sonrió y se volvió para señalar al hombre que las estaba siguiendo.

—Mi guardaespaldas.

—Claro… ¿Cómo he podido olvidarme de Harry? —dijo Tara, sonriendo también.

—Y luego está mi Autumn, naturalmente.

—Naturalmente.

—A ella tengo que comprarle unas cuantas cosas.

—Más que unas cuantas —corroboró Tara mientras reanudaban la marcha.

Jane se echó a reír, expulsando densas bocanadas de vapor.

—¿Y tú? ¿Tienes muchos regalos que hacer?

—Sólo un par de detalles para las enfermeras del hospital.

—¿Nada más?

—Bueno, y también algo para Autumn y para ti.

Jane entrelazó un brazo con el de Tara mientras se abrían camino entre la multitud.

—Tu amistad es más que suficiente para mí.

—Pues es una lástima —dijo Tara, riendo—. Porque vas a tener un regalo te guste o no.

—Está bien, está bien.

Sin dejar de sonreír ni de apuntar a los adornos navideños que llenaban la ciudad, cruzaron la calle hacia una pequeña *boutique*.

—Entonces, las enfermeras, Autumn y yo somos las únicas en tu lista de Navidad —siguió Jane—. ¿Nadie más? ¿Ningún hombre interesante y atractivo, quizá?

Tara se detuvo en la puerta de la tienda y miró a su amiga.

—¿De qué estás hablando, Jane?

—¿Alguien que haya sido más amable de lo normal?

—¿Qué? —preguntó Tara con la voz ahogada.

—O quizá seas tú la que ha sido demasiado amable…

Tara se quedó con la boca abierta.

—¿Me estoy poniendo colorada o es el frío?

Las dos se echaron a reír. Era maravilloso tener una amiga, pensó Tara. Alguien con quien divertirse y compartir bromas. Habían pasado años desde que tuvo a una verdadera amiga, y estaba encantada con Jane.

—Bueno —le dijo ella, dándole un codazo en las costillas—. ¿Qué crees que le gustaría a Clint por Navidad?

—No tengo ni idea.

—Se me ocurren algunas cosas.

También a ella, pensó Tara honestamente. Pero no se permitía pensar en ello. Había conseguido apartar de su cabeza todas las

imágenes eróticas de la noche anterior, pero no podía sofocar las sensaciones que seguían grabadas en su piel ni el calor que se arremolinaba en su estómago.

—¿Y bien?

Tara levantó la mirada y vio los inquisidores ojos violetas de Jane fijos en ella.

—¿Qué?

—¿Regalos? ¿Para Clint?

Tara volvió a reírse.

—Eres un caso, Jane.

Jane se limitó a ensanchar su sonrisa.

—Te imagino a ti de regalo, con un gran lazo rojo y nada más.

—No sabía que fueras tan mala, Jane.

—Ni yo tampoco —respondió ella con una tensa sonrisa—. Ojalá pudiera acordarme de cómo soy.

—Te acordarás. Te lo prometo —le aseguró Tara, asintiendo con énfasis, y tiró de Jane hacia la tienda—. Vamos adentro. Creo que me pensaré lo del lazo.

—De acuerdo.

—Recuerda que también tenemos que comprar un árbol.

—Oh, un árbol… —exclamó Jane alegremente—. ¿Con bolas, bastones de caramelo, campanillas y estrellas?

—Y un ángel en lo alto.

La expresión alegre de Jane se tornó en una mirada de afecto y confianza.

—Gracias por ayudarme, Tara. Tu amistad, tu apoyo y todo lo que haces significan mucho para mí.

A Tara se le encogió el corazón, emocionada.

—Tu amistad significa lo mismo para mí.

Se dieron un rápido abrazo y subieron los escalones de la entrada. Pero entonces Tara sintió algo, como si alguien estuviera observándola. Fue una sensación incómoda y extraña que hizo que las palmas de las manos empezaran a sudarle.

Dejó que Jane se adelantara y se detuvo en la puerta de la tienda para mirar a su alrededor. Al principio no vio nada fuera de lo común, y se preguntó si sus presentimientos se deberían al *shock* que le habían producido las cartas o a la cercana presencia de Harry, el guardaespaldas.

Pero entonces lo vio. Estaba fuera de la librería, con sus ojos oscuros fijos en ella.

El doctor Belden.

La mirada que se cruzaron sólo duró un momento, antes de que él se girara y se alejara por la calle. Pero el impacto de aquellos ojos aturdió a Tara.

Por qué, no podía saberlo.

—Tara, ¿vienes? —La llamó Jane desde el interior de la *boutique*.

La voz de su amiga cortó el lazo invisible que la unía a Belden y le permitió respirar de nuevo.

—Detrás de ti —respondió, forzando una despreocupación que no sentía.

Haciendo lo posible por ignorar el escalofrío que le subía por la columna, respiró hondo y siguió a Jane a la tienda.

Capítulo 7

Las dos cartas parecían estar mirando a Clint, burlándose de él con los primeros rayos del alba que se filtraban por las ventanas del club. Había convocado una reunión de emergencia sólo media ahora antes, pero, a diferencia de la mayoría, aquellos hombres no se quejaban jamás por la hora. Todos se habían presentado allí de inmediato, con los sombreros Stetson cubriendo sus alborotados cabellos y los ojos ligeramente soñolientos, pero listos para la acción.

—Entonces, ¿no hay huellas dactilares? ¿Ni fibras de cabello? —preguntó Ryan, arqueando sus oscuras cejas mientras se apoyaba en la mesa de billar—. ¿Nada que pueda llevarnos al bastardo que está enviando las amenazas?

Clint se pasó una mano por el mentón sin afeitar.

—Nada.

—Ese desgraciado va a lamentar habernos desafiado —murmuró Alex.

David lo corroboró con un gruñido, al tiempo que se dejaba caer en un sillón de cuero.

Clint tomó un sorbo de café, intentando ahogar las maldiciones que borbotaban en su garganta. ¿Cómo demonios era posible que no tuviese ninguna pista, después de recibir dos cartas y de frustrar dos intentos de secuestro en el hospital? Llevaba años dedicándose por entero a ese tipo de trabajo, y nunca se había encontrado en una situación tan desconcertante.

Pero no era el único que sentía la presión y la frustración. Todos

los hombres del club estaban acostumbrados a tenerlo todo bajo control en cualquier circunstancia, y estaban dispuestos a llegar a donde fuera con tal de conseguir respuestas.

—Tengo a mis mejores hombres trabajando en esto —les aseguró Clint—. Voy a llegar al fondo del asunto, sea como sea.

David asintió, recostándose en el respaldo de cuero.

—Lo sabemos.

—Demonios, aunque eso signifique vivir en casa de Tara hasta que todo quede resuelto —se murmuró a sí mismo.

Pero los demás lo oyeron, y Alex lo miró con una sonrisa.

—Eso sí que es comprometerse con la causa…

Ryan se echó a reír.

—Dedicación total.

Clint los fulminó con la mirada y se volvió hacia las ventanas. No quería que vieran las venas que le palpitaban en la sien y el cuello. Sólo de pensar en la enfermera de ojos esmeralda, en compartir el mismo techo con ella, la misma cama… hacía que el pulso se le acelerara frenéticamente.

Las líneas estaban siendo muy difusas. El deseo por protegerla y el deseo por poseerla se confundían peligrosamente.

Apuró su taza de café, sin apenas saborear la abundante dosis de cafeína. Fuera lo que fuese lo que estaba pasando entre Tara y él no podía hacerle perder la concentración. No podía permitir que otra mujer resultara herida, y mucho menos una a la que había jurado proteger. De modo que, aunque tuviera que quedarse en casa de Tara, debía hacer todo lo posible por mantener una relación estrictamente profesional.

Miró el reloj. Tara había tenido turno de noche en el hospital Tal vez se fuera a esperarla a su casa con Jane.

—Si nadie tiene nada más que decir —dijo, volviéndose hacia sus compañeros del club—, seguiremos con esto más tarde.

—Creo que hemos acabado por ahora —corroboró David, levantándose del sillón.

Ryan asintió, y lo mismo hizo Alex, cuya expresión era una máscara de aplomo.

—Saluda a tu enfermera de nuestra parte, ¿quieres?

—No —lo corrigió Ryan con vehemencia—. A esta hora es mucho mejor un «buenos días, señora».

—Sois los cretinos más indeseables de Royal, ¿lo sabíais? —masculló Clint entre dientes. Dejó la taza sobre la mesa y salió por la puerta.

—Annie, ¿has cambiado la botella del señor Young?

—Por supuesto —respondió con una sonrisa la enfermera morena y regordeta.

—Muy bien, gracias.

El hospital estaba muy tranquilo aquella mañana. Los siete pacientes de la planta estaban desayunando o descansando. Era la hora perfecta para escribir el informe, y a eso se estaba dedicando Tara con más rapidez de la habitual, algo que no se le pasó por alto a Annie.

—Parece que tienes mucha prisa esta mañana —le dijo, apoyándose en una de las paredes celestes del puesto de enfermeras, con un refresco dietético en la mano.

—Quiero llegar pronto a casa para comprobar cómo está Jane.

—¿Cómo es su evolución?

—Muy buena —respondió Tara, pero por un momento se preguntó cómo reaccionaría Jane si viera las cartas que habían recibido.

—Bueno… —empezó Annie con un destello malicioso en sus ojos azules, y bajando la voz para que la oyera el joven recepcionista que había al otro lado del mostrador—. ¿Sigue vigilándola ese tío tan atractivo?

—¿Quién? —preguntó despreocupadamente Tara, manteniendo la vista fija en el informe.

—Clint Andover.

—¿Quién? —volvió a preguntar Tara, sin poder evitar una sonrisa.

Annie se echó a reír.

—No te hagas la tonta.

—La esta vigilando, sí —admitió Tara. «Nos está vigilando a las dos», quiso añadir, pero pensó que era mejor callarse ese dato.

—¿En tu casa?

Tara asintió.

—Vaya, qué íntimo resulta eso…

Donald, el recepcionista, levantó la mirada hacia ellas.

—Esto no te incumbe, Donald —le espetó Annie con el ceño

fruncido.

El joven se ruborizó y volvió inmediatamente a su trabajo.

—En realidad, es bastante problemático —susurró Tara.

Annie casi se atragantó con un trago de refresco.

—Tienes a un hombre guapísimo en tu casa. Un hombre protector, atento y que duerme en ropa interior. Cariño, me encantaría tener esa clase de problemas.

Aunque se sentía ligeramente avergonzada, Tara no pudo evitar una carcajada. Annie podía ser muy fisgona, pero era muy buena amiga y no tenía la menor pizca de maldad.

Las enfermeras del hospital eran lo más parecido que Tara tenía a una familia, y quizá lo mejor que tendría en su vida. La lealtad que mantenían entre ellas, por no mencionar el cariño que les demostraban a sus pacientes, las diferenciaba radicalmente de los otros miembros del personal, así como de la gente en general.

Tara se sentía orgullosa de estar con ellas.

—Parece que a nuestro guapo guardaespaldas le ha salido un competidor —susurró Annie. Se acabó el refresco y arrojó la lata a la papelera de reciclaje.

—¿Competidor? —preguntó Tara, confusa.

—Sí —afirmó Annie, asintiendo—. El doctor misterioso. Está ahí.

Tara miró por encima del hombro esperando que fuera una broma más de Annie. Tal vez se refiriera al doctor Berg, que tenía casi setenta y cinco años y un problema crónico de respiración.

Pero el comentario de Annie no era ninguna broma.

De pie y muy rígido junto al ascensor estaba el doctor Belden. Y tenía la mirada fija en Tara, observándola con aquellos ojos oscuros y severos.

—Ese hombre me pone nerviosa —susurró Annie.

—Ayer y ahora hoy —murmuró Tara para sí misma.

Annie se inclinó hacia ella, ya que Donald volvía a estar interesado en su conversación.

—¿Qué pasó ayer?

—Lo vi en la ciudad. La verdad es que últimamente me lo he encontrado varias veces en la calle.

Annie se encogió de hombros.

—Bueno, Royal no es tan grande. No es raro toparse con caras

conocidas.
—Sí, eso es cierto…
No estaba del todo convencida con la aseveración de su amiga, pero sí estaba segura de una cosa: Belden estaba interesado en ella, por la razón que fuera. Y eso la hacía sentirme muy incómoda.
—Tal vez le gustes, Tara —le murmuró Annie cuando Belden entró en el ascensor y las puertas se cerraron tras él.
—Cielos, espero que no.
—No está tan mal.
—No, pero no es… —se calló de repente, con ganas de morderse la lengua y rezando porque Annie no concluyera la frase.
Pero eso era esperar demasiado.
—Pero no es Clint Andover —dijo su amiga con una amplia sonrisa—. ¿Es eso lo que ibas a decir, cariño?
Tara respiró hondo y negó con la cabeza.
—Tengo mucho trabajo.
—Siempre estás muy ocupada, Tara. Tienes que sacar tiempo para divertirte, ¿de acuerdo?
El consejo de la enfermera pareció repetir la cantinela que llevaba sonando últimamente en el corazón de Tara… desde que el director de una empresa de seguridad, alto, moreno y arrebatadoramente atractivo, había reaparecido en su vida y había hecho tambalear sus cimientos.
Pero ¿qué clase de placer absurdo le había traído?
Una satisfacción instantánea, sí. Una sensación maravillosa finalmente revelada, sí. La boca, las manos y la piel de Clint sobre ella por una noche, quizá dos… sí.
¿Por todo ello merecía la pena acabar con el corazón roto si cedía a la tentación? Porque eso sería lo que con toda probabilidad ocurriera. Clint era un hombre destrozado que luchaba aún más que ella por mantener las distancias. Ni siquiera le permitiría tocar su cicatriz.
No había futuro en común para ambos.
Sólo el presente.
Pero ¿podía conformarse ella con el momento, sabiendo que cuando el misterio de Jane quedara resuelto su aventura pasional acabaría para siempre?
El zumbido del interfono la sacó de sus pensamientos y le evitó

tener que enfrentarse a una respuesta.

Annie sonrió y le puso una mano en el hombro.

—Yo me ocupo. Tú vete a casa.

—¿Estás segura?

—Claro, cariño.

Tara le sonrió a su amiga.

—Supongo que será el señor Carey, de la habitación 102. Ha llamado por lo menos diez veces desde las cinco. Paciencia con él.

—Vaya, gracias por la advertencia —dijo Annie secamente.

—Gracias a ti por el consejo. Lo digo en serio.

Annie asintió y salió del puesto de las enfermeras para dirigirse a la habitación 102.

Si ella supiera… pensó Tara mientras la veía alejarse. Si supiera lo de la otra noche en la cocina con Clint, cuando, por unos momentos, ella se abandonó al placer que le ofrecían sus manos y sus labios.

Eran casi las diez de la mañana cuando Tara aparcó en el camino de entrada de su casa. Mientras estaba en el hospital, no había podido fijarse en cómo había cambiado el tiempo. El cielo estaba cubierto y hacía más frío. Y todo parecía indicar que las temperaturas bajarían aún más.

Un bonito cambio para la Navidad, pensó Tara mientras salía del coche y subía con dificultad los escalones. Estaba rendida; sólo quería darse una ducha caliente en cuanto viera cómo estaba Jane.

Cuando cruzó la puerta principal, esperó encontrarse a su amiga preparando el desayuno o tomando una ducha. Pero no fue el caso. No era Jane quien estaba haciendo tortillas y friendo beicon.

—Buenos días, enfermera Roberts.

Clint estaba en la cocina, vestido con una camiseta y unos vaqueros y con los pies descalzos. Su aspecto era endiabladamente *sexy*, y a pesar del cansancio, Tara pensó en lo maravilloso que sería abandonar toda precaución y correr hacia él para echarle los brazos al cuello.

—No he visto tu coche fuera —dijo ella, quitándose el abrigo y colgándolo en el armario del vestíbulo—. ¿Cómo has…?

—Mi ayudante me trajo. Su coche está en el taller.

—Oh.

—No pretendía sorprenderte.

—No lo has hecho… Quiero decir, no pasa nada —dejó el bolso en la mesa del vestíbulo y atravesó el salón hacia la cocina—. ¿Cocinando?

El se encogió de hombros.

—Pensé que te vendría bien desayunar un poco.

—Es un detalle muy amable por tu parte. Pero no tenías que…

—Quería hacerlo, Tara —la interrumpió él, irguiéndose en toda su estatura frente a ella—. No es gran cosa. Sólo el desayuno.

Era mucho más que eso, pensó Tara. En todos sus años de adulta, nadie le había preparado la comida ni una sola vez, salvo cuando comía en un restaurante. Y mucho menos un hombre que la miraba como Clint… como si quisiera comérsela a ella de desayuno.

Aquella idea le provocó una ola de calor y un hormigueo en los pechos.

Haciendo lo posible por calmar los deseos que le hervían la sangre, Tara vio cómo Clint cortaba en dos la tortilla que chorreaba queso fundido y servía cada mitad en un plato, acompañada de lonchas de crujiente beicon.

—¿Zumo de naranja? —le ofreció.

—Sí, por favor.

Era una sensación extraña. A Tara le encantaba, pero al mismo tiempo la hacía sentirse… vulnerable, como si, aceptando todo lo que Clint le ofrecía, fuera a perder el control sobre sí misma y acabara suplicándole que volviera a hacerle sentir lo mismo que la otra noche.

Clint la había despojado de toda sensatez y la había dejado desnuda y expuesta al deseo más crudo y lujurioso.

—¿Por qué no te sientas? —le preguntó él, tendiéndole dos vasos de zumo de naranja—. Será más cómodo comer en la mesa que en la encimera.

—¿No debería despertar a Jane por si quiere compartir este festín? —preguntó ella, pensando que Jane le serviría de protección. Una especie de recordatorio de por qué aquel irresistible chef con sus pies descalzos estaba en su casa.

—Jane no está aquí.

—¿Qué? —Los vasos se tambalearon peligrosamente cuando los dejó en la mesa.

—No pasa nada, Tara. Se levantó temprano y quiso ir a ver a

Autumn, de modo que mi ayudante la llevó al rancho. Pensé en ir con ella, pero Sorrenson está hoy en casa y me dijo que no le quitaría ojo de encima. También pensamos que sería conveniente que me quedara aquí contigo, por si acaso llega otra carta.

—Por supuesto —respondió ella con voz vacilante.

—Así que sólo estamos tú y yo para compartir este festín —dijo él, dejando dos platos repletos de comida en la mesa.

—Muy bien —murmuró ella. Los dos solos. Otra vez. Bajo la apariencia de la protección y la investigación, naturalmente—. ¿Puedo hacer algo? ¿Necesitamos tenedores?

—No —dijo él, mostrándole los cubiertos—. Siéntate, por favor. Pareces agotada.

—Lo estoy —admitió ella. Por demasiadas razones. Se dejó caer en la silla y atacó su plato—. No tenía ni idea de que supieras cocinar.

—¿Te parece que hacer huevos con beicon es cocinar?

—Para un hombre, sí.

Él se detuvo, con el tenedor a medio camino de su boca, y alzó una ceja en una mueca de indignación.

—¿Qué? —preguntó ella inocentemente.

—Ese comentario ha sido increíblemente sexista.

Tara lo pensó por un momento. Entonces sacudió la cabeza y se echó a reír.

—Tienes razón. Lo siento.

Él hizo un gesto con el tenedor.

—No pasa nada.

—Supongo que lo he dicho porque no te veo como a alguien a quien le guste la cocina.

—No me gusta. Pero con la motivación adecuada… —Le clavó la mirada en sus ojos—, un hombre puede hacer lo que sea.

Las alarmas sonaron en la cabeza y el corazón de Tara. Pero no impidieron que le hiciera la siguiente pregunta.

—¿La motivación adecuada?

—Una mujer hambrienta, cansada y muy hermosa que se haya pasado toda la noche, y tal vez toda la vida, cuidando a otros —alargó el brazo hacia el plato de Tara, cortó un pedazo de beicon y se lo sostuvo frente a los labios—. Tal vez se merezca recibir un poco de atención.

Como una niña obediente, Tara abrió la boca y se tragó el pedazo de beicon.

La mirada de Clint se tornó azul oscura, y su efecto fue tan hipnotizante que Tara estuvo a punto de apartar de un manotazo lo que había sobre la mesa y agarrarlo por la camiseta.

Aquello era una fantasía ridícula. Clint Andover, su amor platónico de la adolescencia, estaba sentado delante de ella vestido con unos vaqueros y una camiseta negra que dejaba al descubierto sus musculosos brazos, dándole de comer y hablándole como si ella fuera su mujer.

¿De verdad sería tan insensato agarrarlo, tirar de él hacia ella y besarlo hasta dejarlo ciego?

—¿Qué estás pensando, Tara? —le preguntó él, volviendo a su propio plato.

—Nada.

—Entonces come. Tienes que alimentarte.

Con una boca seca que sólo quería paladear la humedad del hombre que estaba sentado frente a ella, Tara obedeció la orden.

La tortilla estaba deliciosa. Ligera y esponjosa, rellena de queso. Y el beicon, crujiente y sabroso, aunque nada podía compararse al trozo que Clint le había puesto en la boca.

Intentando no pensar mucho, comió hasta saciarse y se recostó en la silla con una sonrisa.

—Gracias. Estaba delicioso —dijo, tocándose el estómago—. Estoy llena.

—¿Y cansada también?

—Sí.

—¿Qué te parece un baño antes de acostarte?

A Tara se le escapó un gemido ahogado.

—¿Cómo?

—Un baño. ¿A las mujeres no les encanta bañarse? —preguntó él, levantándose sin dejar de mirarla—. ¿Pasarse horas en el agua, rodeadas de burbujas y jabón…?

Tara lo miró y sintió las pulsaciones en la garganta.

—Sí, supongo que a algunas mujeres les gusta.

—¿Pero a ti no?

La última vez que Tara había tomado un baño fue cuando era niña. Nunca tenía tiempo para un capricho semejante.

—Siempre me ha parecido una pérdida de tiempo.

—¿No dijiste la otra noche que te gustaría tener tiempo para respirar y ser libre?

—No me acuer…

—Claro que sí —la interrumpió él, desafiándola con su mirada intensa y penetrante—. Voy a meterte en la bañera, Tara.

Tara se quedó boquiabierta. Clint sonrió y se dirigió hacia el cuarto de baño de la planta baja.

—Tal vez uno de los dos pueda perder el control —le dijo en voz alta mientras se alejaba.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué tengo que ser yo? —exclamó ella, al tiempo que oía correr el agua del baño.

Clint estaba hablando en serio, pensó mientras se enderezaba en la silla. Estaba preparándole un baño.

Consiguió contener la risa histérica que amenazaba con explotar, pero no pudo reprimir el estremecimiento en la parte superior de los muslos, ni la ola de calor que lo acompañaba.

—Porque tú puedes hacerlo, Tara —respondió Clint.

Ella dio un respingo en la silla.

—¿Qué?

—Ven aquí —le ordenó él.

El corazón le dio un vuelco.

—¿Y los platos?

—Yo me ocuparé.

Tara se levantó sobre unas piernas demasiado temblorosas y caminó hacia el cuarto de baño. Se detuvo en la puerta e intentó no parecer nerviosa.

Pero le resultó poco menos que imposible.

El cuarto de baño estaba iluminado por un par de velas que ella guardaba en el armario para casos de emergencia. El olor a vainilla del jabón impregnaba el aire. Clint estaba de pie junto a la bañera, que estaba llena de espuma y burbujas.

Tara estuvo a punto de darse la vuelta y echar a correr.

El romanticismo nunca había entrado en aquella casa. Los baños de espuma eran innecesarios. Las velas y el jabón eran artículos prácticos. Y los hombres *sexys* no preparaban el desayuno ni llegaban la bañera para las enfermeras fatigadas.

Hasta aquel día.

La luz de las velas se reflejaba en los ojos de Clint.

—No intentes analizar esto, Tara.

—Yo no…

—Sí, lo estás haciendo. Limítate a aceptarlo.

Ella respiró hondo.

—¿Vas a… vas a quedarte?

—No.

Tara se puso rígida.

—Oh.

—Esto es para ti. Es todo lo que puedo ofrecerte por el momento —pronunció las palabras sin el menor tono de disculpa—. Y ahora, quítate esa ropa y métete en el agua.

Ella se humedeció los labios, pero no dijo nada ni se movió. No sabría decir de dónde salían sus pulsaciones. Parecía que todo el cuerpo le estaba palpitando.

Clint se acercó a ella.

—Puedo ayudarte, si quieres.

Tara volvió a aspirar hondo mientras sentía una intensa palpitación entre las piernas. Clint la desnudaría, la ayudaría a meterse en la bañera y se marcharía. Era una perspectiva horrorosa, pero ella no quería que se fuera. Que el Cielo la ayudara, quería que la desnudara lentamente, prenda por prenda. Quería verle el rostro y los ojos mientras lo hacía. Quería ver si él también estaba afectado.

—Me gustaría que me ayudaras —murmuró roncamente, como si acabara de hacer un pacto con el diablo.

Un brillo de deseo destelló en los ojos de Clint.

—Levanta los brazos.

Tara dudó un momento, insegura, pues nunca se había expuesto así antes. Pero, con los músculos tensos y apretados, hizo lo que él le ordenaba y levantó los brazos por encima de su cabeza.

Oyó cómo la respiración de Clint se entrecortaba mientras sentía sus manos en la cintura. Lentamente, le levantó el top azul sobre la cabeza, dejándola con la camiseta blanca interior.

—¿Debo continuar? —le preguntó con voz profunda, arqueando una ceja.

La locura amenazaba con poseerla por completo… ¿O acaso era la Tara real, que por primera vez salía a la superficie? No lo sabía, y

tampoco le importaba. Quería que su piel respirara el olor de aquel hombre.

Volvió a levantar los brazos, y él volvió a despojarla de una prenda. La camiseta cayó al suelo.

—No voy a parar hasta que tú me lo digas —dijo él, llevando las manos a su espalda y posando los dedos sobre el cierre del sujetador.

Respirando con dificultad, ella asintió.

Con un clic, el sujetador quedó desabrochado. Entonces Clint subió las manos hasta sus hombros y le retiró suavemente los tirantes. Tara sólo pudo pensar en lo increíble que era el tacto de aquellas manos sobre su piel, mientras el sujetador de encaje caía a sus pies.

Sintiendo cómo el aire cálido le acariciaba los pechos, cerró los ojos y suspiró.

—Acaba —dijo, sabiendo que él tenía la mirada fija en ella, sabiendo que era él y no el aire lo que endurecía sus pezones.

Le oyó soltar un gruñido y volvió a sentir sus dedos en la cintura. La parte inferior del uniforme se deslizó lentamente por sus piernas, hasta que sólo quedaron las braguitas blancas de algodón.

—Tara… —murmuró él con voz ahogada.

Ella abrió los ojos y vio que se había apartado ligeramente y que la miraba con ojos amenazadores, como un animal hambriento que se negara a tomar su alimento.

—El agua se está enfriando —dijo ásperamente.

—Supongo que sí —respondió ella.

Allí estaba, desnuda y vulnerable.

Él se pasó ambas manos por el pelo.

—Tara…

—¿Qué?

Vio el tormento en su rostro. El mismo tormento que a ella le hervía la sangre. Los dos estaban perdiendo el control.

Pero ella estaba dispuesta a perderlo, aunque sólo fuera por un corto periodo de tiempo.

Obviamente, él no lo estaba.

—Te dejaré tranquila.

—Clint…

Pero él ya estaba pasando a su lado.

—Disfruta del baño.

Las velas seguían ardiendo y el olor a vainilla seguía impregnando la habitación. El romanticismo y el erotismo persistían en el ambiente. Pero la esperanza había cerrado la puerta del baño.

Clint se había probado a sí mismo, y había ganado.

«Disfruta del baño».

—Haré lo que pueda —murmuró en el silencio de la habitación, contemplando su ropa en el suelo.

Capítulo 8

Clint se sentó junto a la cama de Tara, viendo cómo la oscuridad de una noche invernal se deslizaba por aquel rostro con forma de corazón y proyectaba sombras misteriosas en sus exuberantes labios y pómulos marcados.

Vestida con un top verde pálido y lo que fuera que la sábana que le llegaba hasta la cintura cubría, ofrecía un aspecto precioso. Seguía siendo una niña en muchos aspectos, pero no se podía negar que era una mujer. Clint había visto las evidencias de su cuerpo femenino aquella mañana, a la luz de las velas.

Se permitió un momento para recordar su piel cremosa y rosada, su estrecha cintura y redondeadas caderas. Y sus pechos generosos y pezones endurecidos… Más de una vez aquel día se había imaginado lamiendo aquellas puntas erectas, oyendo sus gemidos y suspiros.

Sólo de pensarlo se ponía duro como una piedra.

Y sin embargo se había alejado de ella. ¿Por qué? ¿Para protegerla? ¿Para protegerse a sí mismo de un deseo tan fuerte que apenas podía contenerse, una necesidad impulsiva que ninguno de los dos había experimentado antes?

¿Una necesidad que podía arruinarlos a ambos, haciendo pedazos el debilitado escudo de control al que los dos se aferraban?

De pronto empezó a dolerle la cicatriz del pecho. Apartó esos pensamientos y volvió a concentrarse en la belleza que dormía ante él.

Resistiendo el impulso de inclinarse hacia ella, se echó para

atrás y cruzó los brazos al pecho. Sentía una necesidad compulsiva de estar cerca de aquella mujer. No sólo por protegerla o por saciar su deseo; había algo más.

Todo era muy claro cuando Tara estaba cerca, cuando sus ojos lo miraban y su voz pronunciaba su nombre. Entonces se convertía en un hombre, en vez de ser el cuerpo andante que había sido durante los últimos tres años. Estaba vivo. Y no importaba lo alarmante que fuera sentirse así; la sensación era demasiado buena para intentar reprimirla.

Junto a él, el largo pelo rubio de Tara se derramaba sobre la almohada. Se removió en sueños, y de repente parpadeó y abrió los ojos. Sus brillantes gemas verdes lo miraron sin pánico, sólo ligeramente confundidas.

Clint se maldijo a sí mismo. Había querido estar fuera de la habitación antes de que ella despertara.

Tara permaneció sin moverse en la cama.

—Buenos días —lo saludó con voz suave.

—No, ya se ha hecho de noche —respondió él con una sonrisa.

—¿Qué hora es?

—Casi las cinco.

—He dormido demasiado —sobresaltada, empezó a erguirse, pero él la hizo recostarse con suavidad.

—No pasa nada.

—He perdido el día entero.

—Estás donde tienes que estar, Tara.

Ofrecía una imagen tan acogedora y *sexy*, que Clint estaba desesperado por meterse en la cama con ella, bajo ella, sobre ella…

—Pero tú no estás donde deberías estar, ¿verdad? —le preguntó ella con una mueca divertida, estirando los brazos sobre su cabeza.

—Te has dado cuenta, ¿eh?

—Puede que no entienda mucho de esto, pero hasta ahí sé.

—Claro que entiendes, Tara. Simplemente, sigues un poco cansada, eso es todo.

—Fue el baño —dijo ella irónicamente—. Demasiado relajante.

Clint no pudo evitarlo. Se inclinó hacia ella y le susurró al oído:

—En mí tuvo el efecto contrario.

—Lo tienes bien merecido, Andover —lo reprendió ella.

Él levantó unos centímetros la cabeza y su boca quedó

peligrosamente cerca de la de Tara.

—No me fui porque no te deseara, Tara.

—¿No?

—No. Me fui porque te deseaba demasiado.

Ella asintió y respiró hondo, pero Clint pudo ver en sus ojos verdes que la había herido al dejarla sola en el baño.

—Bueno —dijo ella despreocupadamente—, ¿ha habido algún problema? ¿Ha llamado Jane?

Clint volvió a echarse hacia atrás y negó con la cabeza.

—Ningún problema. Jane ha llamado. Supongo que Marissa y ella estarán adornando el árbol. No quería marcharse del rancho, así que he enviado allí a Harry. Entre Sorrenson y él, no me necesitan para nada.

—Entonces…

Él asintió.

—Voy a quedarme aquí.

—Muy bien —bajó la vista a la manta y volvió a mirarlo a él—. Pero, señor Andover, si Jane está bien, ¿porqué…?

—¿Por qué estoy sentado junto a tu cama?

Ella asintió.

—Supongo que no aceptarías la excusa de la protección, ¿verdad?

—La verdad es que no.

—Bueno, la verdad es que se me ha ocurrido una idea.

—¿Sobre el caso? —preguntó ella alzando las cejas—. ¿Ha habido alguna novedad?

—No.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—Para saberlo tendrás que vestirte y aventurarse a salir.

Ella esperó unos segundos.

—¿Eso es todo lo que vas a decirme?

—Así es.

—Te encantan los misterios, ¿verdad?

—Es mi trabajo, cariño.

El dolor que se había instalado en su ingle mientras la observaba dormida se trasladó hasta su pecho. Su lengua desatada le iba a causar muchos problemas cada vez que estuviera cerca de Tara.

La miró atentamente, buscando algún signo de que la hubiera

afectado ser llamada «cariño». Pero no encontró ninguno.

—Está bien —murmuró ella, haciéndole un gesto para que saliera de la habitación—. Dame cinco minutos.

Pero mientras salía del dormitorio, Clint no supo decir si la falta de respuesta por parte de Tara lo había aliviado o decepcionado.

* * *

La nieve caía del cielo grisáceo sobre Royal Park, pero Tara no sentía la suavidad ni la humedad de los copos. Se sentó junto a Clint bajo el techo del cenador y contempló la belleza de una nevada invernal.

Era una fusión de sensaciones extrañas y a la vez maravillosas. El calor del hombre junto a ella, el olor de la nieve, la tierra y la carne masculina avivándole los sentidos, el deseo apremiante de colocar la mano en la suya y apretarla…

Años atrás aquel parque había acogido a dos jóvenes amantes que compartían su primer beso. Aquella noche habían vuelto.

Pero con qué propósito, aún estaba por ver.

Tara había decidido comportarse y actuar como quisiera, sin el menor reproche ni censura, independientemente de lo que eligiera Clint. Aquella vez no tendría que lamentarse de nada. Después de que el asunto de Jane quedara resuelto, podría volver a su vida real. Pero hasta entonces era libre. Y deseaba a Clint.

Ahora dependía de él aceptar o no lo que ella le estaba ofreciendo.

—La última vez que estuvimos aquí era verano —dijo él, recostándose contra una de las paredes del cenador.

—Lo recuerdo —murmuró ella con una sonrisa, apoyándose en él—. ¿No has venido aquí desde entonces?

—No. ¿Y tú?

Ella negó con la cabeza.

—Pensaba que algún día, cuando tuviera una familia, los traería aquí.

—Claro.

—¿Tú pensabas lo mismo?

Nada más formular la pregunta, Tara deseó tragarse las

palabras. ¿Cómo podía decir algo así sin pensar?

—Lo siento, Clint, no…

—No pasa nada.

—He sido muy insensible.

—De verdad, no pasa nada.

Hasta la última fibra de su ser quería consolarlo, abrazarlo y escuchar cómo había sido la pérdida de su esposa y de la esperanza de formar una familia.

Desde el momento en que se habían reencontrado, aquel día en que los hombres del Texas Cattleman's Club habían llevado a Jane al hospital, Tara podía intuir la carga que Clint seguía soportando por haber perdido a su mujer en aquel incendio. Había conseguido ocultar el dolor bajo una actitud dura y casi mecánica, pero ella lo había visto. Podía ver más allá de la superficie.

Sin embargo, se había guardado las preguntas y consejos para sí misma. Opinaba que el pasado de Clint no era asunto suyo y que sin duda él tenía sus propias formas de superar el dolor. No le hacían falta los comentarios de nadie.

Pero ahora, después de todo lo que habían compartido en las últimas semanas, no estaba tan segura de lo que era y no era asunto suyo.

—¿Sabes? —dijo con un suspiro—. En realidad, sí vine aquí una vez más. Bueno, casi.

—¿En serio? —preguntó él, mirándola.

—Sí.

—¿Y?

—Fue con otro chico.

Clint le clavó una mirada maliciosa.

—Y yo que pensaba que este lugar era sagrado.

—Lo era —insistió ella dulcemente.

—Entonces ¿cómo pudiste profanarlo, enfermera Roberts?

Ella se echó a reír.

—He dicho que casi vine.

—Mmm… —Frunció el ceño adustamente—. ¿Quién era él?

—Ronnie Pemberton —respondió, levantando el rostro—. Un compañero de la facultad.

—Parece algo serio.

Tara suspiró, recordando aquel joven ambicioso y desesperado por gustarle a las mujeres.

—Eso pensé yo.

—¿Y qué pensó Ronnie?

—Que sólo era un idilio primaveral o algo así.

—Idiota.

—Éramos unos críos.

—Hasta un crío sabe lo que merece la pena.

—¿Eso crees?

Él suspiró pesadamente y la hizo girarse para mirarlo.

—Sí, lo creo.

Tara intentó mantener un estado de ánimo despreocupado y jovial, pero cuando él estaba tan cerca se sentía débil y moldeable en sus manos.

—Ojalá hubieras estado aquí por aquel entonces.

—¿Por qué? —preguntó él, pasándole una mano por el hombro y otra por la clavícula mientras su expresión se ensombrecía. Ella se estremeció, pero no por el frío, sino por el impacto de aquella turbulenta mirada.

—Podrías haberle echado una buena charla a Ronnie.

—No soy muy bueno dando charlas —admitió él, extendiendo la palma sobre el cuello de Tara y entrelazando los dedos en sus cabellos—. Creo que le habría dado una buena paliza, más bien.

—Era cinturón negro —murmuró ella, casi sin aliento, mientras él se acercaba cada vez más.

—Era un idiota.

Y entonces Clint inclinó la cabeza y le cubrió la boca con la suya. Tara cerró los ojos, pero su corazón se abrió como una presa que hubiera contenido el agua durante miles de años. El sabor de Clint era delicioso, y el modo en que la tocaba, el modo en que hundía los dedos en su pelo y tiraba de ella mientras profundizaba el beso, era magia pura.

El arrebato de placer que le provocó empezó en su boca, y de ahí bajó hacia sus pechos, hasta llegar finalmente a su sexo, donde se hizo más fuerte y ardiente.

Y cuando la boca de Clint se abrió y su lengua le lamió suavemente el labio inferior, Tara soltó un gemido de ansiedad, le

sujetó el rostro con las manos y entrelazó la lengua con la suya.

—La historia se repite —susurró contra sus labios.

—No —gruñó él, apartándose lo justo para mirarla a los ojos—. Esto es distinto…

El sonido de unas risas irrumpió en su burbuja y los hizo separarse. Por el rabillo del ojo, Tara vio a una familia acercándose. Dos niños con sus padres se lo pasaban en grande en la nieve.

—¿Te apetece dar un paseo junto a lago? —sugirió ella.

Clint levantó una ceja.

—¿Estás buscando una escolta?

—Algo así —respondió ella con una sonrisa.

—Bueno, supongo que un hombre tiene que cumplir con su obligación —dijo él, levantándose.

Ella suspiró y puso los ojos en blanco.

—Propio de un caballero…

—Yo no me consideraría nunca un caballero.

Con una sonrisa irónica, la tomó de la mano y la ayudó a levantarse.

—Pues a mí me parece que es lo justo.

* * *

Clint tomó el último bocado de pasta de alcachofa y agarró la copa de vino.

—¿A qué se debe todo esto?

Al otro lado de la pequeña mesa del salón, Tara levantó la mirada y sonrió.

—Tú hiciste el desayuno, así que yo he hecho la cena.

—Sí, es lo justo.

Ella asintió y tomó su vaso de merlot.

—Una cena magnífica, por cierto —dijo él con una sonrisa.

—Gracias.

Eran más de las nueve, un poco tarde para cenar, pero a ninguno de los dos parecía importarle la hora. Para Clint, una comida casera compartida con una mujer a la que encontraba irresistible era algo extraordinario, y no estaba muy orgulloso de admitir que no quería que la velada acabase.

—Estás muy pensativo.

El comentario de Tara lo sacó de sus divagaciones.

—Sólo intentaba recordar cuándo fue la última vez que tomé una comida casera.

—¿Y te acuerdas de cuándo fue?

Él negó con la cabeza.

—Hace demasiado tiempo.

—Bueno, aquí siempre serás bienvenido.

—¿En serio?

—Sí, claro que sí —respondió ella rápidamente, y se aclaró la garganta antes de continuar—. Me encanta cocinar, y la comida debe compartirse.

—No podría estar más de acuerdo.

Ella ladeó la cabeza y lo observó con atención.

—¿Te estás burlando de mí, Andover? Porque aún me queda un poco de salsa de tomate en el plato —con la copa de vino apuntó hacia su camisa blanca—. El blanco y el rojo combinan muy bien juntos.

Él se echó a reír.

—No me estoy burlando. Te lo juro —tomó un largo trago de su copa—. Lo juro con el meñique.

Tara lo miró con los ojos muy abiertos y ahogó un gemido dramático.

—Hace quince años que no hago el juramento del meñique.

—Pues ya va siendo hora, ¿no te parece? —dijo él. Se inclinó sobre la mesa y le ofreció el dedo meñique.

Ella lo fulminó con la mirada, pero aun así sonrió e, inclinándose ella también, enganchó el meñique con el suyo.

Unos centímetros más y él podría saborear de nuevo aquellos dulces labios. O mejor aún, podría apartar la mesa y colocarse a Tara en su regazo.

Con la mirada le recorrió el rostro, los ojos y la boca.

—¿Cuál es tu especialidad en la cocina?

—Mmm… —murmuró ella, mordiéndose el labio inferior mientras pensaba—. Creo que la col rellena. La receta es de mi abuela.

—Suena bien.

—Está exquisita.

—Pero…

—¿Pero? —Los dedos de Tara se endurecieron en torno a los de Clint.

—¿A cuántos otros hombres les has preparado la col rellena?

—¿Importa eso?

Clint se quedó momentáneamente confuso. Había empezado aquella ronda de preguntas en broma. ¿Qué demonios le había pasado? ¿De verdad importaba que Tara hubiese cocinado para otro hombre?

Sí, sí importaba.

—Sólo es una pregunta —dijo, maldiciendo en silencio—. ¿A cuántos?

Tara frunció el entrecejo y empezó a contar con los dedos. Parecía estar jugando, pero Clint se sentía más irritado por momentos.

Qué imbécil era, se reprendió a sí mismo.

Cuando Tara acabó de contar, lo miró con una amplia sonrisa.

—Cero.

A Clint le costó un momento asimilar la broma. Y cuando lo hizo, le soltó el meñique y se recostó en la silla para tomar un trago de vino.

—La farsa no te sienta bien, Roberts.

Tara se echó a reír y sacudió la cabeza.

—Ni a ti los celos, Andover.

—Esto no tiene nada que ver con los celos.

—¿Ah, no? ¿Entonces con qué?

—Bueno, ciertamente con los celos no —insistió él con un resoplido burlón—. Sólo estamos bromeando.

A Tara se le desencajó el rostro y el brillo de sus ojos se apagó al instante.

—Claro —murmuró. Se levantó y recogió los platos para llevárselos a la cocina—. Lo olvidé.

Clint quiso darse un puñetazo a sí mismo.

—Tara.

—Yo me encargo de los platos. Tú tendrás trabajo que hacer.

—Sabes muy bien que no voy a ir a ninguna parte.

Ella se detuvo y lo miró con curiosidad.

—¿Por qué? Aún tienes a uno de tus hombres vigilando mi casa,

¿verdad?

—Sí.

—Entonces no hay ninguna razón para que estés aquí.

—Tal vez quiera acabar lo que empezamos esta mañana —se levantó y le tomó la barbilla en la mano, pasándole el pulgar por la boca—. Lo que empezamos en el cenador.

Los ojos de Tara volvieron a echar chispas.

—Tal vez quieras, pero dudo de que lo hicieras.

—¿Qué demonios significa eso? —espetó él.

—Lo sabes muy bien.

A Clint se le hizo un nudo en el pecho.

—¿Qué quieres que diga, Tara? —Gruñó y se pasó una mano por el pelo—. ¿Que lo que hay entre nosotros es real? ¿Que puedo darte más de lo que soy capaz? ¿O que me muero de celos por pensar que le des cualquier cosa, incluso esa maldita col rellena, a otro hombre?

—Sólo quiero que me lo digas si es verdad.

—Es verdad —afirmó él, y le cubrió la boca con un beso largo y embriagador—. Y esto también lo es —murmuró, atacando otra vez —. Y esto —la besó con más avidez y sintió cómo se estremecía en sus manos—. Y esto.

Se sentía invadido por la ira y el rencor. Contra sí mismo y contra ella por volverlo loco de aquella manera. Pero se valió de aquel fuego que lo consumía para devorarle apasionadamente la boca.

El sabor de Tara era exquisito. A vino y deseo ardiente. Y cuando ella subió las manos hasta sus hombros y le rodeó el cuello, Clint se deleitó con la sensación de poder que le daba tenerla entre sus brazos.

¿Cómo era posible que dos cuerpos se amoldaran tan bien?, se preguntó, fascinado por la presión de los pechos de Tara contra su torso y la curva de sus caderas contra la ingle. La perfección absoluta.

Sin perder más tiempo en pensamientos inútiles, le buscó el cuello y sintió sus aceleradas pulsaciones contra los labios, acuciándolo a reclamar aquello que hasta el momento sólo había fantaseado con tomar.

Siguiendo el rastro de la llamada, le dejó un reguero de besos

húmedos y tórridos a lo largo del cuello.

Comprobó con satisfacción cómo Tara echaba la cabeza hacia atrás y dejaba escapar un jadeo. Su rendición y su evidente deseo lo excitaron aún más. Quería poseerla con frenética rapidez y sentir hasta el último palmo de su carne, pero se obligó a controlarse. Con ella, se tomaría el tiempo necesario.

Lentamente, desplazó los dientes sobre su clavícula, sonriendo cuando ella agitaba las caderas con cada mordisco.

—Tara… —La apartó suavemente y le tomó la cara entre las manos—. No sé lo que piensas de esto o de mí, pero lo que voy a decirte es verdad.

Ella abrió los ojos lentamente. Parecía aturdida.

—Habla.

—Ahora no estoy jugando.

El rubor cubrió las mejillas de Tara, y sus ojos despidieron una llamarada verde.

—Lo sé.

—No, no lo sabes —replicó él—. Esto no es un tonteo inocente ni tampoco la culminación de una broma pesada.

La perplejidad cubrió el acalorado rostro de Tara.

—Te deseo, Tara. Te deseo tanto que me da miedo. Y no puedo seguir controlándome.

—Clint…

—Necesito que me eches de aquí inmediatamente si no deseas lo mismo que yo. Si no me deseas a mí.

Tara sintió que el corazón le estallaba al oír esas palabras. ¿Si no lo deseaba, había dicho? ¿Estaba hablando en serio? ¿Acaso no se había dado cuenta de que ella se estaba enamorando desesperadamente de él? ¿Acaso no había visto cómo su cuerpo respondía a las caricias y los besos siempre que estaban juntos?

Durante veinte años había intentado hacer siempre lo correcto, lo que se esperaba de ella. Era hora de derribar algunos pilares, aunque tuviera que volver a levantarlos más tarde.

Señor… ¿que si lo deseaba, había dicho?

Con la mirada fija en la suya, le tomó las manos, se las llevó al dobladillo del jersey y levantó los brazos.

—Vamos a probarlo de nuevo.

Los ojos de Clint se hicieron aún más azules al contemplarla en

silencio. Finalmente, se movió y le levantó el jersey sobre la cabeza de un tirón. Tan pronto como la hubo liberado de la prenda, volvió a besarla ardientemente mientras le quitaba el sujetador.

Ella quedó ante él desnuda de cintura para arriba, expuesta y vulnerable como una gatita indefensa, esperando que la tocara, necesitando que la tocara, rezando para que no volviera a dejarla sola.

Pero él no la dejó.

Llevó las manos hasta sus pechos y empezó a masajearlos posesivamente, acariciándole los pezones con los pulgares. Tara emitió un jadeo entrecortado y se presionó contra sus manos, grandes y fuertes. Tenía la piel tensa y ardiendo, y todo el cuerpo pedía más a gritos.

Y Clint le dio más. Le deslizó las manos por el torso, acariciándole suavemente el vientre y a continuación agarrándole fuertemente la cintura. La sensación de que la poseyeran fue tal que las piernas casi le fallaron. Con todo, consiguió mantenerse de pie.

Hasta que Clint agachó la cabeza y cerró su boca en torno a la carne.

Tara soltó un grito ahogado cuando la lengua de Clint se topó con la suavidad del pecho. La sensación era mágica, algo nunca experimentado hasta entonces. Un torrente de lava se vertió por sus venas, abrasándola por dentro mientras Clint succionaba el pezón endurecido.

Con la mente aturdida y los sentidos agudizados al máximo, deslizó una mano por la tela vaquera que cubría su muslo hasta encontrar lo que buscaba.

Clint gimió y echó la cabeza hacia atrás cuando ella extendió la palma sobre su sexo. Estaba duro y preparado, igual que ella.

—Te quiero dentro de mí —dijo con la voz jadeante.

—¿Ahora?

—¡Ahora! No puedo esperar más.

—Enseguida.

De un rápido movimiento, la levantó en sus brazos y la llevó hacia el dormitorio a oscuras, sin dejar de besarla por el camino.

Se chocaron un par de veces contra las paredes, pero no les importó. Estaban juntos, iban a hacer el amor. La sensación que los embargaba era pura delicia.

Tara se abandonó a las emociones que le provocaba aquel hombre del que se estaba enamorando. Clint la hacía sentirse viva, en contacto consigo misma y con los verdaderos deseos de su corazón.

Cuando llegaron al borde de la cama, se dejaron caer sobre el colchón sin despegar sus bocas y sus lenguas, que pedían ávidamente más placer.

Fuera, la nieve caía en silencio sepulcral. No como en el interior del dormitorio, donde los ruidos de la ropa al romperse, de los besos y succiones de la piel, del paquete de preservativos al rasgarse se mezclaban con los gemidos de deseo y desesperación que surgían de la garganta de Tara.

Había pasado años preguntándose cómo sería sentir a Clint sobre ella, cómo sería la fusión de sus respectivos olores, cómo sería tener el peso de su cuerpo presionándola contra la cama…

Y allí estaba él, haciéndola sentirse la mujer más afortunada de la tierra.

Pero ella quería verlo. Quería ver cómo sus ojos se oscurecían mientras ella lo acariciaba y cuando él entrara en su cuerpo.

Alargó un brazo hacia la lámpara, pero él la agarró de la muñeca.

—No.

—¿Por qué?

Clint maldijo en voz baja y áspera.

—No quiero que me veas.

—No me importa tu cicatriz, Clint.

—A mí sí.

Ignorando su tono adusto, Tara intentó tocarle la cicatriz, pero él la detuvo.

—Tara, por favor…

—Está bien —aceptó ella, sabiendo que nunca podría entender el dolor que tanto avergonzaba a Clint. Lo que sí sabía era que no quería infligirle más sufrimiento.

—Gracias.

Le soltó la mano y la besó con dulzura y sensualidad mientras ella lo rodeaba con los brazos. Tara no necesitaba ver. Podía sentirlo igualmente. Sentía la cicatriz de su pecho como solo ella podía sentirla.

A medida que el beso se hizo más salvaje y frenético, las manos de Clint se movieron sobre su piel y él le susurró frases deliciosamente eróticas en el interior de la boca.

Aquellas palabras hicieron que la apremiante necesidad de Tara aumentara hasta alcanzar un nivel peligroso. Presionó las caderas hacia arriba, desesperada por sentir su erección, por sentir cuánto la necesitaba él.

—Rodéame con las piernas, Tara —le ordenó, deslizando las manos bajo ella y levantándole las caderas.

Ansiosa por pegarse lo más posible, Tara le rodeó la cintura con las piernas y presionó la pelvis contra él.

Manteniendo la mirada fija en ella, Clint se levantó ligeramente y se deslizó en su interior con un movimiento resbaladizo y prolongado.

Tara gritó. Fue como recibir una descarga eléctrica que casi la dejó sin respiración.

Pero no le hizo perder el instinto ni el deseo.

Se retorció contra él, que se retiró y volvió a penetrarla. Una y otra vez, empujando en su interior mientras ella se estiraba y lo recibía de lleno. Cada embestida era como una flecha certera a su corazón, al centro de su alma.

No podía aguantar. La ola del clímax se acercaba imparablemente, amenazando con anegar su fuente de calor.

El control no tenía cabida allí.

Y eso quedó rápidamente demostrado cuando, en una última arremetida, Clint agachó la cabeza y le atrapó el pezón con la boca.

La ola rompió en su interior. Tara gritó, gimió, jadeó, se retorció salvajemente y le clavó las uñas en la espalda, recibiendo los espasmos y convulsiones que recorrían su cuerpo.

—No es un juego —murmuró Clint con voz ronca, y empujó una vez más para dejarse arrastrar por su propio placer.

Capítulo 9

La pesadilla no lo había acosado.

Clint se frotó los ojos y miró el reloj de la mesilla. A la tenue luz del amanecer, vio que eran casi las siente.

Volvió a apoyar la cabeza en la almohada. Por primera vez en tres años, había dormido de un tirón durante toda la noche.

Las implicaciones de aquel hecho le atenazaron el corazón.

La noche anterior. Y Tara.

Inspiró profundamente. No quería necesitar a nadie, no quería apoyarse en nadie para pasar la noche. Ni siquiera en ella.

Giró la cabeza hacia la ventana y contempló la libertad del exterior. La nieve relucía en la tierra y las nubes cubrían el cielo. Aquél sería otro día de frío y nevadas.

Un día perfecto para hibernar.

Pero quedarse bajo las mantas era inconcebible para él. No podía hacerlo, por muy tentador que fuese. Tenía que levantarse, ir a casa de los Sorrenson para ver cómo estaba Jane y luego ir a su oficina. Tenía una investigación que atender, problemas que solucionar y un misterio que resolver.

Junto a él, Tara se removió y se arqueó ligeramente, rozándole el muslo con la piel sedosa de su trasero. Clint volvió a pensar en la noche anterior. Cómo había respondido Tara a sus caricias, y cómo había confiado en él lo bastante para ofrecerle la seguridad de las sombras.

Cómo había sentido la cara interna de sus muslos cuando los separó para deslizarse en su interior…

Se giró hacia ella y la abrazó por la cintura, presionando el cuerpo contra su espalda y trasero.

El calor que emanaba era casi adictivo, como también lo era el olor a vainilla de sus cabellos, que le hacían cosquillas en la nariz. No se había permitido intimar tanto con una mujer desde… Desde hacía mucho tiempo. No había sido un monje en los tres últimos años, pero sus relaciones se habían limitado a aventuras sexuales cortas y sin ningún compromiso.

Pero con Tara todo era distinto. Con ella quería algo más que un desahogo sexual, y se avergonzaba por tener semejante deseo.

¿Cuándo se había producido aquel arrebato, aquel encaprichamiento juvenil? ¿Y cómo había permitido que ocurriera?

Y mientras le pasaba la mano por la lisa superficie de su vientre, se preguntó también si volvería a abandonar el sentido común y la responsabilidad y permitiría que aquello sucediera otra vez.

—Mmm… —murmuró ella—. Qué gusto.

Desde luego que sí, pensó él.

—¿Qué hora es? —preguntó con voz somnolienta.

—Temprano. Casi las siete.

—¿Por qué estás despierto? ¿Ocurre algo?

—Nada —respondió él. Si mantenía su mente a raya, tal vez la respuesta fuera cierta.

—¿Te arrepientes de algo, Andover?

Se lo preguntó en tono burlón, pero a Clint no se le pasó por alto la inquietud que subyacía en sus palabras. Tal vez porque él también se estaba preguntando si ella se arrepentía de algo.

Pero él no se lo preguntaría. No quería saberlo.

—¿Estás de broma? —dijo, subiendo con las manos hasta sus pechos.

—Sólo quería asegurarme, eso es todo —murmuró ella con un débil gemido.

Él le rozó el cuello con los labios.

—Lo único de lo que me arrepiento es de tener que levantarme de la cama, subirme a mi frío coche e ir a mi fría oficina.

—Puedes esperar hasta que se caliente un poco.

—¿Y cuándo crees que será eso?

Ella le agarró la mano, se la bajó por el torso y la colocó sobre los rizos de la entrepierna.

—Ahora mismo.

Clint soltó un gemido ante aquel movimiento tan inesperado como sensual.

—Cierra los ojos —le ordenó—. Y mantenlos cerrados.

—¿Por qué?

—Es una sorpresa.

—¿Una sorpresa agradable? —preguntó ella, siendo evidente por su voz que estaba sonriendo.

En dos segundos Clint la tuvo tumbada de espaldas.

—Te prometo que no lo lamentarás.

Ella no le hizo más preguntas y se limitó a obedecer. Con los ojos cerrados y los labios entreabiertos en espera, parecía tan dispuesta a entregarse y tan confiada que Clint estuvo a punto de inclinarse hacia ella y susurrarle que lo mirara, a él y a su cicatriz.

Pero no. Jamás se permitiría verse expuesto de ese modo. En vez de eso, apartó las mantas y se colocó sobre ella. Por un momento se limitó a mirarla, a contemplar su belleza, tan dulce y llena de vida. Entonces bajó la mirada hacia la carne trémula de entre sus muslos y gimió.

Parecía tan húmeda…

Desde el momento en que la desnudó por primera vez, aquel día en el cuarto de baño y a luz de las velas, había deseado aquello. Quería enterrar su cara entre los muslos y saborear su esencia.

Oyó el débil gemido de Tara cuando bajó la cabeza hacia su estómago, y volvió a oírla gemir más fuerte cuando le tocó la piel con la boca. Respirando entrecortadamente, le colocó las manos en los muslos y le hizo apartar las piernas mientras la lengua se deslizaba por la suave piel de su vientre.

Gimiendo una y otra vez, Tara se estremeció y levantó las caderas en un intento por mostrarle lo que quería y dónde lo quería. Y Clint, con su mente absorbida por el más ferviente deseo y el cuerpo duro como una roca, sólo pudo hacer lo que ella pedía.

Pero lo haría lentamente, pensó mientras pasaba la punta de la lengua sobre el botón abultado e incandescente de su ardorosa feminidad.

El grito de placer extremo que surgió de la garganta de Tara casi lo desarmó, pero siguió en su empeño particular. Como un hombre muerto de hambre, la atacó con su lengua y sus labios, lamiendo,

succionando, mordiendo y sorbiendo como si estuviera devorando un manjar celestial.

Intentó aminorar el ritmo a medida que la acercaba al clímax, pero el convulsivo cuerpo de Tara no admitía más demora. Sus muslos temblaban febrilmente, anticipándose a la inminente explosión.

Y cuando Clint sintió cómo se ponía rígida, llevó una mano a su entrepierna y le introdujo dos dedos mientras con la boca seguía consumiéndola.

Los espasmos del clímax lo rodearon, y los gritos de Tara pronunciando su nombre lo enloquecieron de deseo, de modo que, cuando ella le tendió los brazos, él se irguió, se puso rápidamente un preservativo y la penetró sin perder un segundo.

Sus embestidas fueron tan frenéticas y fogosas como había sido su lengua. Tara se movía a su ritmo, agitando la cabeza de lado a lado mientras se deshacía en jadeos y gemidos, pero mantuvo los ojos cerrados en todo momento.

Aquel gesto lo tocó en lo más profundo de su ser y, por primera vez en mucho tiempo, lo hizo sentirse querido y apreciado.

Su deseo por aquella mujer era tan fuerte que llegaba a ser doloroso. Pero no tenía nada que ofrecerle; nada, salvo un pasado y la herida que seguía atormentándolo allá adonde fuera.

Tara se merecía mucho más. Merecía tener a un hombre íntegro, no a un hombre con el corazón calcinado.

Pero aquella mañana, mientras ella se retorcía y gemía enloquecidamente bajo su cuerpo, mientras él se envolvía con el deleitable calor de su sexo, mientras la sentía estremecerse con las últimas sacudidas de placer, cedió a ese ideal utópico y desmedido.

Y justo entonces cedió a su propio orgasmo.

—¡Oh, Dios mío!

La exclamación indudablemente femenina procedente del salón despertó a Tara con un sobresalto. Con los ojos nublados y el cuerpo rígido, se sentó en la cama y miró a su alrededor, intentando orientarse.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó en un susurro, tanto a sí misma como a Clint.

—Creo que ha sido Jane.

Tara giró la cara hacia él y se aferró la sábana contra el pecho.

—Está en casa.

—Eso parece.

—¡Andover! —Esa vez fue una voz masculina, profunda y resuelta, la que resonó por toda la casa—. ¿Estás aquí?

Clint se apoyó sobre un codo, quedando su pecho y la cicatriz ocultos tras la almohada.

—Parece que David Sorrenson la ha traído a casa.

—Pareces estar muy tranquilo al respecto.

—Y tú estás demasiado nerviosa —respondió él con una sonrisa seductora—. Vamos. Túmbate.

—Pero entonces pensarán que no estamos y se marcharán.

—Ojalá.

—¿Tara? —La llamó Jane con voz inquieta—. ¿Tara? Tara, por favor, ¿estás aquí?

—Voy enseguida, Jane —respondió ella, levantándose de la cama. Se puso la bata y miró a Clint—. Ha pasado algo malo, lo sé. ¿Vienes?

Él asintió. Su expresión también se había ensombrecido al oír el tono de preocupación de Jane.

—Ve tú primero. Enseguida voy.

Sin esperarlo, Tara salió corriendo del dormitorio y fue hacia el salón. Allí vio a Jane, sentada junto a la mesa donde habían cenado la noche anterior. Parecía muerta de miedo.

Tara fue hacia ella y le rodeó los hombros con un brazo.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—No —dijo ella, sacudiendo la cabeza—. Es… esto —le mostró un pedazo de papel—. Esta carta…

Una punzada de pánico traspasó a Tara al contemplar el papel de color crema que Jane sostenía en su temblorosa mano. Otra carta. Y esa vez la había encontrado Jane.

—Estaba pegada a la puerta cuando hemos llegado —explicó David, que estaba junto a la entrada del salón—. Iba dirigida a Jane, así que…

—Pensé que era una nota que me habíais dejado vosotros —dijo Jane. Miró a Tara y luego desvió la mirada a su lado.

Tara miró por encima del hombro. Clint estaba a un metro y medio de distancia, enteramente vestido y con ojos fríos como el hielo.

Clint se apoyó contra la puerta y se cruzó de brazos.

—Siento haberos molestado, pero…

Clint hizo un gesto con la mano.

—No importa. ¿Has dicho que esta carta estaba pegada a la puerta? ¿No estaba en el buzón?

David asintió.

—No tiene sello, ni remite ni nada.

—Sólo mi nombre escrito en el sobre —añadió Jane.

—¿Cómo demonios habrá podido ese bastardo despistar a mi hombre?

—La carta dice que Autumn no es mía —dijo Jane, sacudiendo la cabeza—. No lo entiendo. Siento que debería entenderlo, pero no es así.

Tara le puso una mano sobre las suyas, intentando tranquilizar a su amiga.

—Está bien. No te presiones a ti misma por algo que no puedes controlar.

Clint masculló una maldición y extendió la mano hacia Jane.

—¿Puedo verla?

Jane asintió temblorosamente y le tendió la carta. Tara se irguió y leyó por encima del hombro de Clint. Las palabras, escritas a máquina, eran escalofriantes.

* * *

Has robado a la niña.

Eres una ladrona y una mentirosa.

Recibirás lo que mereces.

Nadie puede protegerte ahora.

* * *

Clint levantó la mirada y miró a David con una ceja arqueada.

—Demasiado atrevido, ¿no te parece?

—Quien lo ha escrito no tiene miedo a nada —observó David.

Tara suspiró.

—Quienquiera que lo haya hecho no siente la necesidad de esconderse tras la oficina de correos ni de preocuparse de tus vigilantes.

—El típico comportamiento de un psicópata —dijo Clint, sosteniendo la carta al trasluz—. Incrementar el envío de cartas y mostrar una descarada indiferencia por el espacio privado de la víctima.

David carraspeó.

—Creo que deberías pensar en cambiar a Jane de sitio.

Tara se acercó a Jane.

—¿No nos estará observando esta persona? Quiero decir… ¿no deberíamos actuar como si estuviéramos asustados?

—Debemos actuar con frialdad e inteligencia, Tara —declaró Clint duramente.

—Claro que sí —corroboró ella—. No estoy diciendo que…

—Tienes que abandonar tu obstinación y pensar en el bienestar y la seguridad de Jane.

—Ya estamos otra vez con lo mismo, ¿no? —espetó ella, plantando las manos en las caderas y entornando la mirada—. Llámame lo que quieras, Andover, pero estoy pensando más que nadie en el bienestar de Jane, y por eso mismo opino que sacarla de aquí sería un error.

Clint arqueó las cejas.

—¿Se trata de que ella esté en mi casa? ¿O de que yo no esté aquí?

Tara aspiró hondo, sintiéndose como si acabara de recibir un puñetazo en la garganta.

—Te diría que te largaras de aquí, pero no creo que tu cabeza pasara por debajo de la puerta.

—¡Ya basta!

Tara y Clint se volvieron hacia Jane.

—Decidiremos dónde debo estar ahora mismo, pero antes tengo una pregunta que hacer —dijo, con un nuevo brillo de determinación en sus ojos violetas—. ¿Ha habido más cartas?

Tara miró a Clint, quien, con la mandíbula apretada, asintió.

—¿Cuántas? —preguntó Jane.

—Dos más.

—¿Y por qué no me lo habéis dicho? ¿Es que ninguno pensó que fuera de mi incumbencia?

—Creímos que era lo mejor, Jane —explicó Tara, invadida por la culpa—. No queríamos asustarte. Pero fue un error. Tenías derecho a saber lo que estaba pasando. Lo sentimos mucho.

Su amiga asintió.

—Gracias —dijo, y soltó un pesado suspiro—. Bueno, ¿qué vamos a hacer ahora?

Cuando Clint habló, su voz carecía de toda furia o frustración. Al contrario. Su actitud era tranquila e impecablemente profesional.

—David, llévate a las mujeres a tu casa y…

Tara negó con la cabeza.

—Clint, no pienso irme de mi casa sólo porque algún chiflado…

—Tara —la interrumpió él, clavándole la mirada. Sus penetrantes ojos azules le recordaron que era el hombre con quien acababa de hacer el amor, el hombre que ahora le pedía que olvidara sus ridículas discusiones y confiara en él—. No discutas conmigo en esto, ¿de acuerdo?

A Tara se le encogió el corazón. Abandonó su furia y aceptó la sensata propuesta de Clint.

—De acuerdo. Pero iré en mi coche. Tengo que trabajar esta noche.

—Tal vez deberías pedir que alguien te…

—Clint.

Él asintió.

—De acuerdo —aceptó, y se volvió hacia David—. Tenemos que ponernos en marcha.

—Yo me ocuparé de todo —dijo David—. No te preocupes por nada.

Clint agarró su abrigo y las llaves y se dirigió hacia la puerta.

—Os veré después.

—¿Adonde vas? —le preguntó Tara sin poder evitarlo.

—Mientras David os lleva al rancho, yo voy a hacer unas cuantas llamadas.

—¿Nos vemos dentro de un par de horas? —le preguntó David.

Clint asintió y se giró hacia Tara.

—Prometí que me ocuparía de esto y eso haré.

—Lo sé —dijo ella, esbozando una tímida sonrisa.

—Ten cuidado.

Aunque la mirada de Clint seguía siendo dura y severa, Tara vio un atisbo de sonrisa en sus labios.

—Y tú también —dijo ella.

Los hombres del Texas Cattleman's Club se habían reunido en la sala de fumadores, y hablaban en voz baja mientras tomaban *whisky* escocés en gruesos vasos de cristal. Varios miembros estaban sentados junto a la barra ornamentada, intercambiando impresiones con los camareros.

—Es obvio que nos han dado falsas esperanzas —dijo Alex en tono forzado.

—Y parece que estamos siguiendo un rastro de migas de pan —añadió David secamente.

Ryan lo corroboró y desvió la mirada hacia Clint.

—¿Qué tiene que decir tu hombre al respecto?

Clint soltó un profundo suspiro.

—Me ha asegurado que no dejó de vigilar la casa en ningún momento.

—Entonces, ¿cómo explica que la carta llegara hasta la puerta?

—No se lo explica.

Alex frunció el entrecejo.

—¿Y adonde nos lleva esto?

—A un examen más riguroso de esta última carta —respondió Clint, sintiendo cómo lo invadía la frustración.

—Pero no crees que en el laboratorio encuentren nada, ¿verdad? —le preguntó Ryan con dureza, antes de tomar otro trago de *whisky*.

Clint negó con la cabeza.

—Quienquiera que sea el que está detrás de todo esto es ingenioso, rápido y difícil de atrapar.

Antes, en el laboratorio, Clint se había encerrado en una de las salas y había realizado él mismo los análisis de la carta en busca de cualquier cosa: huellas, fibras, fluidos corporales, incluso una muestra de ADN. Pero no había encontrado nada.

Apenas podía contener la frustración, y se negaba a reconocer su fracaso en la búsqueda de pistas e indicios.

—Bueno… —David acabó su bebida y se recostó en el respaldo

del sillón con un suspiro—. Parece que vamos a tener pelea.

—Estoy preparado para una buena pelea —declaró Ryan, echando destellos por los ojos—. Será como echarle el lazo a un buey difícil.

Alex se echó a reír.

—Aún no has olvidado esa vida, ¿eh?

—Cierra la boca, Kent.

—Muy bien, chicos —los interrumpió David con una paciente sonrisa—. Volvamos a lo que nos ocupa.

—Tenemos que mover ficha —dijo Clint, observando uno por uno a los demás en busca de sugerencias.

—Creo que lo primero es sacar a las dos mujeres de esa casa —propuso David.

—Estoy de acuerdo —afirmó Clint.

La discusión que había tenido con Tara esa mañana le invadió la mente como un torrente de agua helada. Había dicho cosas absurdas y estúpidas, más propias de un niño que de un hombre. O, más bien, propias de un hombre que temía perder algo que le era demasiado preciado.

Aquella noche le pediría disculpas a Tara, y tal vez incluso admitiera su deseo de que ella permaneciera cerca de él.

—¿Quién está ahora de guardia? —preguntó Ryan.

—Mi amigo del departamento de policía ésta con ellas —respondió Clint.

—¿Adonde deberían ir? —preguntó Alex alzando las cejas—. Podrían quedarse donde están, en el rancho de los Sorrenson.

David dejó el vaso en la mesa y asintió.

—Tenemos sitio de sobra.

No era una mala idea. En realidad, era la opción más sensata. Pero Clint no podía aceptarla sin más. Había jurado proteger a Jane y a Tara a toda cosa, y eso era lo que iba a hacer.

—Las llevaré a mi casa —informó, elevando la voz por encima de las conversaciones que llegaban desde la barra—. Puede ser más inexpugnable que una fortaleza, si hace falta.

—Tara podría meterte en problemas —se aventuró David.

Ya lo estaba metiendo en problemas, pensó Clint con una sonrisa irónica, pero no estaba dispuesto a admitirlo ante sus compañeros.

—Vamos —dijo, con más convicción de la que sentía—. Me la

llevaré conmigo aunque tenga que sacarla a rastras de su casa.

David se echó a reír.

—Eso suena muy interesante.

—Suena peligroso —añadió Ryan, moviendo las cejas.

Alex le dio a Clint una palmada en la espalda.

—Suena a problemas.

—No os podéis imaginar cuánto —murmuró él—. Supongo que en estos momentos se sentirá tan frustrada y aburrida que intentará convencer a las chicas para deshacerse de mi colega policía y salir a alguna parte.

—No hará algo así —dijo Alex, sorprendido.

—Oh, sí, sí que lo hará —repuso Clint, sacudiendo la cabeza—. Y que me condenen si su comportamiento alocado no es una de las razones por las que estoy loco por ella.

Capítulo 10

La zorra sería suya.

La impaciencia le recorría las venas mientras se inclinaba hacia delante en el sillón de su despacho y agarraba el vaso de *whisky*. Conseguir lo que deseaba, aquello que había ido a buscar, llevaría más tiempo.

No se le daba bien esperar, pero no tenía más remedio. No había contado con aquel grupo de vaqueros protegiendo a su presa.

Pero ellos tampoco habían contado con él.

La enfermera estaba cada vez más inquieta y asustada, y Andover no tenía ninguna pista. Había estado tan ocupado acostándose con ella que se había olvidado de sus hombres. El pobre tipo que estaba de guardia se había quedado dormido durante un par de minutos, y eso era todo el tiempo que el diablo necesitaba para hacer su trabajo. O para enviar a uno de sus demonios a que lo hiciera por él, pensó con una amplia sonrisa.

Apuró el vaso y agarró el teléfono. Guardaba otro as en la manga para la enfermera y su amante, y ya era hora de sacarlo.

—¿Estamos listos? —preguntó.

—Todo está preparado, jefe —respondió la nerviosa voz de Jason Stokes al otro lado de la línea.

—Eso espero, por tu propio bien.

—Pero como ya le dije antes, señor, si alguien está en casa… podría morir.

—Me importa un bledo —espetó él, gruñendo cansinamente—. Lo único que me interesa es conseguir mi dinero. Cómo se consiga

no es asunto mío. ¿Está claro?

—Sí, señor —respondió Jason débilmente.

—Bien. Entonces ocúpate de ello.

Colgó sin esperar respuesta. No la necesitaba. Sabía que Stokes entendía lo que pasaría si no hacía bien el trabajo. ¿Cómo no entenderlo, si las heridas apenas habían cicatrizado desde la última vez que el muy imbécil desobedeció una orden?

Se levantó y se acercó a la ventana de su despacho para contemplar Royal a sus pies. Dios, tenía que salir de aquella maldita ciudad. Pero no sin antes haberse vengado de la mujer que le había robado… y de conseguir las dos cosas a por las que había ido.

El bebé y el medio millón de dólares.

Capítulo 11

—¿Tenía o no tenía razón? —preguntó Tara, mirando con expectación a Jane y Marissa mientras señalaba un bonito árbol de Navidad.

—Sí, tenías razón —corroboró Marissa con una amplia sonrisa.

—Sólo su fragancia basta para subir el ánimo, ¿verdad? —dijo Tara.

Jane asintió, abrazando a Autumn contra su pecho.

—Es precioso.

—¿No crees que será demasiado alto para mi salón?

—En absoluto —negó Jane.

Marissa soltó un resoplido en el frío aire de la tarde.

—Deberíais ver el árbol que David trajo a casa el otro día. Dijo que era el primero de muchos regalos. Parece que había estado creciendo en algún bosque de Oregón durante treinta años.

—Pero te encanta —dijo Tara.

—Por supuesto.

—Ah, los mimos de los recién casados…

—Tú también podrías disfrutar de esos mimos, Tara —dijo Marissa pensativamente.

Jane se echó a reír.

—Bueno, primero tiene que admitir que está enamorada.

A Tara se le escapó un gemido. No por oír en voz alta lo que ella pensaba, sino por darse cuenta de que sus amigas veían lo que había en su corazón. ¿Cómo podía ella, la sensata y reservada enfermera Roberts, ser tan transparente?

Se tocó el rostro, preguntándose por un momento si llevaría escrito con letras rojas «Amo a Clint Andover».

Mientras uno de los jóvenes dependientes pasaba junto a ellas con una vara de medir en la mano, Marissa se inclinó hacia ella para susurrarle algo.

—David me habló de ese invitado que pasó la noche en tu casa.

Tara sintió que se ponía colorada… y no tenía nada que ver con el frío.

—David es un bocazas.

—Una boca con la que besa de maravilla, querida —respondió Marissa moviendo las cejas.

Jane soltó una carcajada. También lo hizo Marissa, y Tara no tardó en imitarlas.

Había pasado mucho tiempo desde que se sintiera tan a gusto con la amistad. Quería mucho a las otras enfermeras del hospital, naturalmente, pero aquello era distinto. Con sus verdaderas amigas podía hablar de cualquier cosa y reírse como una tonta, y eso era algo que agradecía enormemente… aunque eso supusiera revelar sus más íntimas emociones.

—Eh, mirad —exclamó Marissa—. Ahí está Santa Claus —tocó la mano de Jane—. ¿Te importa si me llevo a Autumn a verlo?

—No, claro que no —respondió Jane y le tendió a la niña, que lo miraba todo con ojos muy abiertos.

Marissa se la llevó hacia la multitud que se congregaba en torno a Santa Claus, dejando solas a Tara y a Jane. Por primera vez aquel día, Tara se fijó en la expresión de inquietud de su amiga, la misma que había ensombrecido su rostro cuando vio la carta.

—No puedes dejar de pensar en la carta, ¿verdad?

Jane sacudió la cabeza.

—Ojalá me hubieras hablado de las otras.

—Lo siento mucho. Pensamos que lo último que necesitabas era otra cosa de la que preocuparte.

—Lo sé —murmuró Jane, sentándose en un banco con expresión afligida.

—Todo saldrá bien —le aseguró Tara, aunque ella no estaba tan segura.

—¿Crees que Autumn está a salvo?

—¿En casa de David y Marissa?

—En general. ¿O crees que este maníaco no se detendrá hasta conseguir lo que quiere?

—No lo sé —respondió sinceramente—. Pero sí sé que Clint, David y el resto del Texas
Cattleman’s
Club no se rendirán hasta atraparlo.

Jane asintió con firmeza, pero era obvio que sus temores no se habían mitigado.

—El club lo forman un grupo de hombres increíbles —siguió Tara—. Te prometo que llegarán al fondo de todo esto.

—Si pudiera recordar algo… —dijo Jane—. Podría ayudar.

Tara le apartó un mechón de pelo oscuro de la cara, colocándoselo detrás de la oreja.

—Pronto recuperarás la memoria. Sólo es cuestión de tiempo.

—Pero ¿y si se me estuviera acabando el tiempo, Tara?

Las dos mujeres se miraron en silencio, buscando las respuestas en los ojos de cada una.

A varios metros de distancia, junto a Santa Claus, Marissa les hacía gestos con el brazo libre.

—Autumn es la siguiente. Va a sentarse en el regazo de Santa Claus. Vamos, venid.

Una repentina sonrisa iluminó el rostro de Jane.

—Esto tengo que verlo.

—Y yo —corroboró Tara, y las dos se dirigieron al grupo de niños entusiasmados y padres orgullosos.

—Voy a quedarme con Autumn esta noche también, si no te importa.

—Oh, Jane, claro que no me importa. Lo entiendo perfectamente.

—Ojalá no tuvieras que volver a casa después de tu guardia.

—Tengo que dejar este árbol en alguna parte, ¿no?

—Tara…

Se había pasado toda la tarde pensando en las cartas y en la seguridad de su hogar, y sentía que la cabeza le pesaba tanto como el corazón. ¿Qué sería lo más sensato?

—He trabajado muy duro para tener esa casa —dijo—. Y siento que debería permanecer en ella —soltó una pequeña carcajada—. Mi madre se pondría furiosa si me asustara por unas simples

amenazas.

Jane suspiró.

—A Clint no va a gustarle, Tara.

—No puedo preocuparme por lo que a Clint le guste o le deje de gustar. Lo único que importa es que Autumn y tú estéis seguras.

—Estaré bien. Y no permitiré que nada ni nadie haga daño a mi hija. Haré lo que haga falta para que no le pase nada.

La férrea determinación de Jane hizo que a Tara se le encogiera el corazón.

—No puedo imaginarme el lazo tan fuerte que debe de haber entre una madre y su hija.

Jane la tomó de la mano y la condujo al principio de la cola, donde Autumn estaba siendo arrullada en los brazos de Santa Claus.

—Como ha dicho Marissa, tal vez lo descubras algún día.

—Tal vez.

Y, por primera vez en su vida, se preguntó si una idea tan maravillosa sería posible.

* * *

Eran casi las dos y media de la mañana cuando la luz de unos faros entró por la ventana.

Clint se sentó en el salón de Tara, a oscuras, y esperó a que los faros se apagaran con la vista fija en la puerta. A los pocos segundos oyó unas pisadas femeninas que se dirigían a la entrada y una llave girando en la cerradura.

La luz del vestíbulo se encendió y mostró a Tara con su uniforme de enfermera y los mechones rubios rodeándole el rostro… un rostro alarmado.

Enseguida reconoció a Clint y sacudió la cabeza.

—Cielos, Andover. Me has dado un susto de muerte.

—¿En serio?

—Sentado ahí a oscuras, como una especie de… —se interrumpió y respiró hondo.

—¿Una especie de qué?

Tara ignoró la pregunta. Cerró la puerta y entró en el salón.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Guardando mi árbol de Navidad?

Clint ni siquiera se molestó en sonreír.

—No le tienes ningún respeto a la autoridad, ¿verdad?

—Claro que sí —replicó ella, dejando su bolso en la mesa—. Siempre que la autoridad sea razonable.

—¿Y te parece que mis exigencias no lo son?

Ella se sentó en el sofá, frente a él, y levantó las manos en el aire.

—Sólo fuimos a buscar un árbol a un lugar público. No es para tanto.

Lo estaba volviendo loco. No sólo afectaba a su cuerpo, sino también a su cabeza.

—No se trata del árbol, Tara. Se trata de tú aquí, sola. Por amor de Dios, acabas de llegar a una casa supuestamente vacía. Cualquiera podría haber estado esperándote.

—Tú estabas esperándome.

—Desisto —masculló él entre dientes—. Eres imposible.

—Clint, el tipo de las cartas no va detrás de mí.

—A esa gentuza no le importan los detalles. Se limitan a actuar y ya está, y casi siempre del modo más… absurdo.

—Las cartas iban dirigidas a Jane, no…

Clint se puso en pie de un salto.

—¿Por qué no puedes confiar en mí simplemente? ¿Tan difícil te resulta?

—Sí —respondió ella, en un tono desprovisto de toda emoción.

—¿Por qué?

Ella no apartó la mirada, pero tampoco dijo nada, y Clint sintió el deseo de agarrarla por los hombros y sacudirla. Su paciencia pendía de un hilo aquella noche. Después de haberse dejado la piel para descubrir al bastardo que iba tras Jane y Autumn, y no haber conseguido nada, no estaba dispuesto a consentir que Tara se salieran con la suya.

De una zancada se acercó al sofá, la agarró de la mano y tiró de ella para levantarla.

—¿Por qué, Tara? ¿Crees que es peligroso confiar en alguien? ¿Crees que si lo haces perderás el control?

Ella levantó ligeramente la barbilla.

—¿Lo dices por ti mismo, Andover?

—Tal vez… y tal vez por eso me resulta tan fácil comprenderte.

Ella sacudió la cabeza. Los ojos le ardían de frustración.

—Al igual que tú, el control es todo lo que tengo.

—Eso son tonterías.

—No, es supervivencia. Siempre lo ha sido.

Clint la comprendía demasiado bien. Ésas también habían sido sus palabras, el mantra que se había repetido incontables veces. Pero si aceptaba aquella actitud en sí mismo, ¿por qué no podía aceptarla en ella?

—No creo que tengas tanto control sobre ti misma como piensas, Tara —dijo, llevando una mano hasta su nuca, suave como la seda.

—¿Qué quieres decir?

—Esta noche has vuelto a venir sola. Has dejado que Jane se quede en casa de los Sorrenson.

—Estará a salvo con David y Marissa, ¿verdad?

—Sí, estará a salvo.

—¿Pero?

La palma de Clint se endureció contra su nuca.

—Pero tal vez tú no lo estés.

—Contigo aquí para protegerme…

—No es ésa la única razón por la que estoy aquí.

—¿No?

Él negó con la cabeza y deslizó una rodilla entre sus muslos.

Tara ahogó un gemido.

—¿Estás aquí porque quieres estar conmigo?

—Siempre quiero estar contigo —admitió él, apoyando la frente contra la suya—. Me estoy volviendo loco de deseo por ti.

A pesar del agotamiento tras haber culminado su guardia en el hospital, Tara sintió un arrebato de calor en el estómago. No la sorprendió su reacción. No podía esperar otra cosa, viéndolo allí frente a ella, vestido de negro, con la camisa abierta por el cuello. Su proximidad, su olor, su tacto…

—Si algo te pasara, no sé lo que… —empezó él.

—No va a pasarme nada —insistió ella con la vista fija en sus labios. Necesitaba volver a sentirlos—. Tú estás aquí.

Levantó el rostro y lo besó en la boca. Un gemido escapó de los labios de Clint, que la rodeó con un brazo por la cintura y la apretó contra él, aplastando los pechos contra su recio torso. Tomó posesión de su boca y le devolvió el beso con un fervor frenético.

Tara sintió que algo explotaba en su interior mientras le lamía el labio inferior. Se imaginó llegando todas las noches a casa y encontrándoselo allí, esperándola, saludándola con besos como aquél y llevándola a la cama.

La cama de ambos.

Se estaba volviendo loca. ¿La cama de ambos?

No podía pensar en algo semejante. Algo que inevitablemente acabaría tras unas pocas noches de pasión, cuando todo se hubiera dicho.

Se apartó un poco, lo justo para ver las cosas en perspectiva. Necesitaba un momento para enfriar sus pensamientos y ciertas zonas de su cuerpo.

—¿Qué te parece el árbol?

—Muy bonito.

—No te importa lo más mínimo, ¿verdad?

—La verdad es que no.

Tara se echó a reír.

—Tú y este lugar necesitáis un poco de espíritu navideño, Andover.

—¿Qué tienes pensado? —preguntó él, rozándole más íntimamente el muslo con la pierna.

A Tara le palpitaron las sienes de un modo ensordecedor, y apenas pudo encontrar el aliento para hablar.

—En luces, adornos, tal vez un par de villancicos…

—Yo no canto —dijo él, moviendo las manos sobre su cuerpo.

—¿No?

—No —se detuvo en la cintura de los pantalones.

Un estremecimiento de expectación la recorrió.

—¿Sabes hacer música de otras maneras?

Con una amplia sonrisa, Clint le desabrochó los pantalones y se los deslizó por las caderas.

—Enfermera Roberts, ¿te estás insinuando?

—Sí, creo que sí —admitió ella, echándole los brazos al cuello y tomando posesión de su boca… igual que él había tomado posesión de su corazón una vez, tantos años atrás.

* * *

Con la barbilla apoyada en la palma de Clint y la pierna sobre su muslo, Tara sacudió la cabeza y sonrió al ver el estado de la habitación. El sofá estaba sin cojines, la mesa estaba volcada y los objetos, desperdigados por el suelo. Y Clint y ella sólo estaban desnudos de cintura para abajo.

El deseo mutuo había sido tan frenético y apremiante que no se habían molestado con tonterías como llegar hasta el dormitorio o desnudarse por completo.

Eso lo dejarían para más tarde.

—Dime algo que nadie sepa —le susurró ella al oído.

—Mmm, algo que nadie sepa… —repitió él, estirándose y acariciándole el trasero—. Tienes una marca de nacimiento con forma de fresa detrás de tu oreja derecha.

Tara le dio un cachete juguetón.

—No me refiero a esa clase de cosas. Algo sobre ti que nadie sepa. Y por cierto, hay otros que conocen esa marca de nacimiento.

La expresión de Clint se tornó ligeramente irritada.

—¿Quiénes?

Ella se echó a reír por aquel repentino ataque de celos.

—Te lo diré, pero tienes que prometerme que no te lo tomarás a mal.

—No me lo tomaré a mal —murmuró él con un gruñido—. ¿Quién ha visto esa marca?

—Mi madre y mi médico.

Fue el turno de Clint de darle un cachete en el trasero.

—Bueno, supongo que entonces no hay problema.

—Hablas como un amante posesivo, ¿lo sabías?

—No me importaría poseerte de nuevo —susurró él contra su cuello.

—¿Por una noche?

Lo preguntó sin pensar, pero era una pregunta tan simple como parecía. Tal vez se lo estuviera preguntando a ella misma tanto como a él.

—Tara —la apretó con fuerza y la besó tiernamente en la boca —. Ojalá pudiera ofrecerte más…

—Lo sé.

—Quiero ofrecerte más —aclaró él en tono arrepentido—. Pero no puedo.

—¿Por culpa del pasado? —lo presionó ella, preguntándose por qué tenía que saberlo. ¿Por qué no podía limitarse a disfrutar del tiempo que tuvieran, sin preguntas ni vanas esperanzas?

—La única verdad es que no tengo nada más que dar. Se deba o no al pasado… —Inspiró bruscamente—. Lo que importa es que tú te mereces más.

Una garra invisible atenazó el corazón de Tara. No estaba de acuerdo con sus palabras. Ella lo merecía, y él se la merecía. Pero era obvio que él no estaba preparado para reconocerlo. Así que, de momento, ella le daría únicamente aquello para lo que estaba preparado. Movió la cabeza y lo besó lenta y embriagadoramente.

—Cuéntame algo que nadie sepa, Tara —le pidió él.

—Que no eres tan gruñón como pareces —dijo ella, mordiéndole el labio inferior—. Que en el fondo eres como un osito de peluche.

—No —le puso un dedo bajo la barbilla y le hizo levantar la mirada—. Algo sobre ti. Algo verdadero.

La necesidad de que se abriera a él desgarró a Tara por dentro. El dolor que encerraban aquellos ojos era tal que nadie, ni siquiera ella, podía imaginárselo.

¿Podría ayudarlo a borrar ese dolor si él le daba tiempo?

Lo miró fijamente y sin pestañear y se dispuso a abrir las puertas de su corazón.

—Hay algo que ni siquiera yo sabía hasta hace poco.

—¿Qué es, Tara?

—Deseo amar y ser amada —confesó ella, sintiéndose henchida por la emoción.

Clint no pareció asustarse. Al contrario. Se la colocó sobre el regazo y la besó con dulzura.

—Y yo te deseo a ti.

Se dispuso a quitarle la parte de arriba del uniforme, pero ella lo detuvo.

—¿Me dejas verte? —le preguntó suavemente—. ¿Me dejas ver todo tu cuerpo?

Sintió que Clint se ponía rígido y vio cómo sus ojos se oscurecían peligrosamente.

—Tara…

—Por favor, Clint. Yo me he desnudado ante ti muchas veces. Por favor.

Vio cómo luchaba consigo mismo por darle una respuesta y se compadeció de él. Pero sabía que aquella vez Clint necesitaba ceder.

Y cuando finalmente lo hizo, cuando respiró profundamente y asintió, ella sonrió.

Sentada a horcajadas en su regazo, empezó a desabrocharle lentamente la camisa, preparándose para ver lo que escondía la tela negra, para lo que Clint tanto temía mostrar.

Y cuando le abrió la camisa y contempló la marca de su dolor, de ese dolor que llevaba tres años soportando, lo único que pudo pensar fue lo hermoso que era el hombre que tenía delante.

Clint la estaba mirando con los ojos entornados y la mandíbula tensa. Tara sabía que estaba esperando un gemido ahogado por su parte, tal vez un escalofrío o incluso un chillido al ver la larga y roja cicatriz que le cruzaba el pectoral izquierdo.

Pero lo que ella hizo fue acariciarlo con la mayor suavidad posible. Y al hacerlo, sintió cómo todos los músculos de Clint se endurecían como el granito.

—Una cosa más… —dijo, al tiempo que se quitaba la parte de arriba y se desabrochaba el cinturón—. Tengo que sentirte contra mí.

¿Cuándo se había convertido en aquella mujer salvaje y hedonista?, se preguntó mientras rozaba sus pezones contra el pecho de Clint. Éste soltó un gruñido y llevó la boca hasta sus senos, sorbiendo una punta y luego la otra.

Tara se olvidó de todo lo demás. Se aupó lo suficiente para encontrar el miembro erguido de Clint y descendió sobre el mismo. Una sensación intensa y febril se propagó por su interior y la hizo gritar de placer.

Aquel hombre, el hombre al que había llegado a amar, la hacía sentirse incomparablemente feliz. Una felicidad profunda y verdadera que la acompañaría para siempre, sin importar cuál fuera el final de aquella aventura.

Clint la agarró por las caderas y ella lo montó desbocadamente, sin pensar siquiera en apaciguar el ritmo frenético. Quería hacerlo sentirse tan feliz como él la hacía sentirse a ella.

Pero entonces Clint profundizó en sus embestidas, al tiempo que la hacía mecerse hacia delante y atrás, obligándola a que su mente

y su cuerpo cabalgaran al compás.

Un calor cegador prendió en lo más hondo de Tara y emergió a la superficie. Quería retener aquel placer y al mismo tiempo quería recibir más de Clint… Era una sensación completamente nueva, una emoción íntima y mágica.

Intentando contener los restos de cordura y los deseos de su cuerpo desatado, hundió los dedos en el pecho de Clint, en la cicatriz ardiente.

—Sí —exclamó él con un gemido gutural. Le agarró las manos y le hizo ahondar más en su carne.

Y entonces ella perdió por completo el control. Ella, que se había jurado no perderlo jamás. Y cuando el orgasmo la sacudió, Clint la siguió y durante unos segundos gloriosos los dos movieron simultáneamente, hasta que ella se desplomó sobre él.

Permanecieron aferrados el uno al otro, empapados de sudor. Tara pensó entonces en decirle que lo amaba, pero rápidamente cambió de idea. Se estaría dejando llevar por las emociones, no por el sentido común. Y además, sabía que no podría soportar la reacción de Clint si él no sentía lo mismo.

Y lo más probable era que no sintiese lo mismo.

—Creo que debería llevarte a la cama —le susurró él, acariciándole la espalda.

—¿Aún quieres más? —preguntó ella con una sonrisa.

—Me refiero a dormir —se irguió hasta sentarse y la abrazó por la cintura—. Debes de estar rendida.

—La verdad es que estoy sorprendentemente despejada —replicó ella, mordiéndole juguetonamente el labio inferior.

—Vaya… ¿Y qué podemos hacer al respecto?

Tara no tuvo oportunidad de descubrirlo, porque en aquel momento empezó a sonar el móvil de Clint.

El maldijo en voz alta.

—No pasa nada —dijo ella, levantándose de su regazo.

Una expresión de enojo y remordimiento cubrió el rostro de Clint.

—Lo siento. Mi ayudante está analizando la carta, y le dije que me llamara en cuanto descubriera algo.

—Nos vendrá bien un pequeño descanso —dijo ella con una sonrisa—. Voy a buscar un poco de zumo. ¿Te apetece?

—Gracias —le devolvió la sonrisa y sacó el móvil de su chaqueta —. ¿Diga?

Tara se envolvió en una manta y se dirigió hacia la cocina mientras intentaba seguir el hilo de la conversación.

—Hola, Ted… Éste no es un buen momento…

¿Se refería a las cartas?

A Tara se le aceleró el pulso mientras servía dos vasos de zumo. Clint no estaba hablando con su ayudante. ¿Y quién era Ted?

—¿Dónde está ahora? —preguntó él con voz grave—. De acuerdo. Estaré ahí en diez minutos.

Tara dejó los vasos en la encimera y volvió al salón.

—¿Qué ocurre?

—Era mi amigo de la comisaría. Tienen a un hombre bajo custodia —explicó él mientras se vestía—. Podría ser el bastardo que ha estado enviando las cartas. Tengo que interrogarlo.

—Voy contigo.

—No.

—Clint…

—Quiero que te quedes aquí. Si es nuestro hombre, no quiero que te acerques a él. Ted ha enviado un coche patrulla para vigilar la casa, y yo estaré de vuelta antes del amanecer.

Tara vio cómo se ponía la chaqueta, deseando con todas sus fuerzas que se quedara. Pero no era justo. Habían compartido muchas cosas esa noche. Él había confiado en ella, y ahora ella confiaría en él.

—De acuerdo —aceptó con una sonrisa fugaz.

—¿De acuerdo? ¿Nada más? ¿No vas a discutir?

—Voy a confiar en ti.

Él se acerco a ella, la estrechó entre sus brazos y la besó con pasión. Ella le devolvió el beso con la misma intensidad.

—Volveré en unas horas —susurró él. La soltó y se dirigió hacia la puerta—. En cuanto salga, cierra con llave, ¿entendido?

Ella asintió y, cuando él salió, hizo lo que le había ordenado.

Capítulo 12

La niña le dio un beso a Tara en la mejilla y luego echó a correr por el césped. Sus grandes ojos azules brillaban con entusiasmo y llamaba a alguien.

Era el hombre que estaba sentado junto a Tara. Un dios alto, moreno y de ojos acerados que volvía loca de amor y deseo a la madre de la niña.

—Papá, empújame —ordenó la pequeña mientras se subía a un columpio. Sus rizos rubios se agitaban sobre sus hombros.

El hombre sonrió, se levantó y fue hacia su hija.

—A tus órdenes, cariño.

Parecían tan cariñosamente unidos… Y cuando el hombre empujó el columpio hacia un cielo azul y despejado, Tara se preguntó qué había hecho para merecerlos.

—¿Mami quiere subirse al columpio? —preguntó la niña.

—No lo sé —respondió el hombre, y se giró para mirar a Tara con sus penetrantes ojos azules—. ¿Quiere?

Tara sonrió.

Estaba soñando y lo sabía, pero dejó que el sueño siguiera su curso, porque en los ojos de Clint Andover brillaba el amor. Un amor que había esperado toda su vida.

En el sueño, se tenían el uno y al otro y tenían a su hija.

Pero como todos los sueños, era perecedero.

Tara luchó con todas sus fuerzas por tener la imagen, pero ésta empezó a desvanecerse lentamente. El radiante cielo azul de su mundo onírico se tornó rosado, luego anaranjado y de repente

adquirió un llameante color rojo.
El corazón de Tara empezó a latir con fuerza.
Su familia de ensueño empezó a moverse, como si estuviera en una acera mecánica. El pánico la invadió y luchó por despertar. Pero parecía que no tenía el poder ni la fuerza.
Tampoco tenía voz; no había manera de llamar a su marido y su hija. Intentó alcanzarlos, pero éstos se alejaban flotando hacia atrás, con el ceño fruncido en sus hermosos rostros.
Tara se despertó gritando. Pero nada más sentarse en la cama el grito murió en sus labios y dejó paso a una tos estertórea.
Una densa nube de humo gris la rodeaba.
Le costó cinco segundos darse cuenta de lo que estaba pasando. La casa estaba ardiendo, la alarma no había saltado y si ella no se levantaba enseguida, no volvería a despertarse jamás.
Saltó de la cama y se arrojó al suelo. Tenía que permanecer agachada, reptar hacia la puerta y dirigirse al exterior.
—Por favor, Dios mío… —suplicó en silencio mientras se arrastraba hacia la puerta abierta del dormitorio.
Pero era inútil. El pasillo estaba bloqueado por las llamas.
¿Dónde estaría Clint?, se preguntó frenéticamente. ¿Qué hora sería? ¿Cuánto tiempo llevaba fuera?
Se giró y se dirigió hacia la ventana del dormitorio, gateando sobre brazos y rodillas temblorosas.
Sabía que la ventana estaba asegurada, pero era su única oportunidad.
Una fatiga inmensa se apoderó de ella.
Quería dormir.
Pero sólo estaba a medio metro de la ventana.
«Ya casi estoy. Ya casi estoy».
Apenas podía ver nada a través del humo, y la tos era cada vez más agónica y dolorosa. Finalmente alcanzó la ventana. Pero cuando intentó abrirla le resultó imposible. Sus músculos no parecían responder. Tenía la piel demasiado tensa y ardiente.
Y la mente se le cerraba inevitablemente.
—Clint…
Soltó un último gemido ahogado y se desplomó en el suelo. Todo a su alrededor se oscureció.

* * *

—¿Se puede saber dónde has encontrado a este borracho? —le preguntó Clint a su amigo cuando salieron de la comisaría.

Ted Mackay se encogió de hombros. Una expresión de cansancio cubría su rostro.

—En la parada del autobús junto al hospital. A mi compañero le pareció sospechosa su actitud, y más teniendo en cuenta que andaba cerca del hospital.

Clint llegó a su coche y se detuvo antes de abrir la puerta.

—¿Dijo algo revelador?

Ted negó con la cabeza.

—No. Lo siento. Sólo murmuró algo sobre unas cartas que les escribía a las enfermeras.

—¿Y tu compañero lo detuvo sin preguntarle nada más?

—Supuso que…

—Suposición errónea.

—Sí… Bueno, el chico es un novato, y además, ya sabes que tenemos que comprobar cualquier sospecha.

—Lo sé —dijo Clint—. Y te agradezco que me hayas avisado.

—Espero no haber interrumpido nada importante —dijo Ted con una amplia sonrisa.

Una imagen de Tara, desnuda y envuelta con una sábana, cruzó la mente de Clint. Era una verdadera tortura. Y Ted había interrumpido algo ciertamente importante. Lo había sacado de una fantasía.

Respiró hondo. En aquellos momentos, Tara estaría durmiendo plácidamente en su cama, abrazada a la almohada y con las sábanas enredadas en los muslos.

Y él, en cambio, estaba pasando frío en la calle… alejado de ella por culpa de una falsa sospecha infundada.

Le sonrió irónicamente a Ted y subió al coche.

—Buenas noches, amigo.

—Hasta la vista, Andover.

—Avísame si aparece otra pista.

—Descuida.

Clint arrancó el amor, sintiéndose frustrado e impaciente a la

vez. Hacía años que no se sentía así, tan desesperado por querer ver a una mujer, por echarla tanto de menos.

Las calles estaban desiertas y oscuras, como era normal a las cuatro y media de la mañana. Pero el silencio lo hizo pensar en aquel caso que seguía sin resolverse… y en las pistas falsas.

El idiota que había detenido Ted se había desmayado a los veinte minutos de que lo encerraran en una celda. Apestaba a alcohol y no se despertó ni cuando Clint lo zarandeó violentamente. Por supuesto, estaban su declaración y la carta que habían encontrado en el bolsillo de su chaqueta, pero nada de eso tenía la menor relevancia. Las cartas que había afirmado enviar no eran más que cartas de amor a media docena de enfermeras del hospital.

Patético.

Sin embargo, a Clint lo complacía saber que su amigo Ted tenía los ojos bien abiertos. Lástima que su compañero novato se precipitara en sacar conclusiones equivocadas, pero todo el mundo se equivocaba alguna vez.

Estaba seguro de que acabaría encontrando al bastardo que acechaba a Jane y Autumn.

Mientras atravesaba la ciudad, vio luz en la panadería y aspiró profundamente el olor a pan recién hecho, rosquillas y canela. Pensó en llevarse unos bollos para desayunar y darle una sorpresa a Tara en la cama.

Estaba a punto de dar media vuelta cuando su móvil empezó a sonar.

—¿Diga?

—He oído que has estado en la comisaría —dijo Ryan Evans yendo directo al grano.

—Las noticias vuelan, por lo que veo. Sí, acabo de salir de allí.

—¿Una pista falsa?

—Así es.

—Lástima.

Clint no estaba de humor para hablar del reciente fracaso, así que cambió de tema.

—¿Qué haces levantado tan temprano? —le preguntó a Ryan.

—Querrás decir qué hago levantado hasta tan tarde —dijo su amigo en tono irónico.

—Olvídalo —respondió Clint secamente.

Ryan se echó a reír.
—¿Adonde te diriges ahora? ¿A la oficina?
—No, iba a pararme en la panadería justo cuando me has llamado.
—La panadería… —repitió Ryan con regocijo—. ¿Comprando algo para desayunar con esa guapa enfermera?
Clint aferró con fuerza el volante.
—¿Puedo hacer algo por ti, Evans?
—Guau.
—Sé que voy a arrepentirme por preguntarlo, pero ¿«guau» qué?
—Jamás pensé que llegaría a verlo.
—¿A ver qué, maldita sea?
—A Clint Andover mandando a paseo su soltería —respondió Ryan en tono reprobatorio.
—No sabes de lo que estás hablando —espetó Clint.
—Primero Sorrenson y ahora tú. Estamos cayendo como las hojas en otoño. Qué lástima.
Clint soltó un gruñido mientras entraba en el barrio de Tara.
—Te la estás buscando.
Ryan volvió a reírse.
—Cuando quieras y donde quieras, Andover.
La réplica absurda e infantil que Clint iba a darle murió en sus labios antes de ser pronunciada.
—¿Qué demonios…? —murmuró, escudriñando en la distancia con el ceño fruncido.
—¿Qué ocurre? —preguntó Ryan, poniéndose serio al instante.
Clint apenas pudo pronunciar las palabras. Lo sacudieron con tanta fuerza que casi detuvo el coche.
—Hay un incendio en alguna parte.
—¿Dónde estás?
—Cerca de casa de Tara. Demasiado cerca —la voz se le quebró, como si empezara a asimilar algo que su cerebro aún tuviera que reconocer.
Pero su cerebro lo reconoció nada más doblar la esquina.
El corazón se le detuvo durante un segundo, y la maldición que salió de su garganta resonó en el silencio de la noche.
—¿Clint? —exclamó Ryan al teléfono—. Clint, ¿qué ocurre?
Sintiendo cómo la sangre se le helaba en las venas, Clint soltó el

móvil y pisó el acelerador. El fuego no era en casa de Tara. No podía ser en su casa. Dios no volvería a hacerle algo así.

Vio un coche patrulla a pocos metros. El agente que Ted había enviado se habría encargado de protegerla, pensó Clint con un atisbo de esperanza.

Pero cuando frenó en seco junto al coche, vio que el policía que estaba en su interior estaba inconsciente… con la frente manchada de sangre.

En cuestión de segundos, Clint salió de su coche y se acercó al agente. Tras comprobar que aún respiraba, salió corriendo hacia la casa de Tara.

La casa de Tara, que estaba ardiendo en llamas.

La había abandonado. Él la había abandonado.

Y ahora iba a perderla.

Mientras corría hacia la casa, sintiendo cómo la cicatriz le palpitaba de dolor, oyó la sirena de un camión de bomberos.

Capítulo 13

Tara apenas podía respirar.

Cuando recobró el conocimiento, lo primero que pensó fue que había muerto y que Dios se la había llevado antes que las llamas. Pero entonces sintió el calor abrasante en la piel, el humo que le empañaba los ojos y el miedo que le recorría las venas, y supo que seguía viva y en la tierra.

Viva… y viviendo la peor pesadilla imaginable.

Mientras yacía hecha un ovillo junto a la ventana, oyó unas sirenas en la distancia. Pero estaban demasiado lejos como para darle alguna esperanza.

Sabía que tenía que moverse, que levantarse, que alcanzar el alféizar de la ventana y abrirla si quería seguir viviendo. Pero aunque su cerebro seguía dándole ideas y soluciones, su cuerpo se negaba a responder.

El pánico le desgarraba las entrañas. No quería morir. No estaba preparada.

Pero a medida que las llamas devoraban su hogar, aumentaba la certeza de que su momento había llegado.

Había oído que la vida de una persona pasaba ante sus ojos cuanto se estaba al borde de la muerte, y se preguntó qué vería ella. ¿Una vida de dedicación exclusiva a los demás? ¿Una vida de oportunidades perdidas? ¿Una vida de arrepentimientos?

¿Vería a Clint?

Un arrebato de fuerza la sacudió por dentro y la impulsó a levantar la mano y clavar las uñas en la pared. El tacto abrasador le

hizo retirar la mano.

Señor… si conseguía salir viva de allí, cambiaría su vida por completo. Siempre se había dedicado a los demás, sin darse nada a sí misma. Había vivido en una constante espera. Pero ¿en espera de qué?

El rostro de Clint volvió a aparecer en su mente.

Si conseguía salir viva, haría lo posible para que ambos aceptaran el amor.

—Andover, ¿adonde demonios vas?

Al principio Tara pensó que el grito procedía del exterior. Pero no. Venía del vestíbulo.

—¡Sal enseguida de aquí! —gritó la misma voz.

Eran los bomberos. Habían entrado en la casa e intentaban llegar hasta ella sin que el techo se desplomara sobre ellos.

Pero a alguien no parecía importarle el peligro.

—Apartaos de mi camino —gritó Clint.

—Nosotros la sacaremos.

—Yo lo haré más rápido.

—El techo puede ceder en cualquier momento.

—Me da igual.

—Si no tienes cuidado, Andover, conseguirás que se te queme la otra mitad de tu cuerpo…

Clint lanzó una maldición. Su voz sonaba mucho más cerca ahora.

—¡Clint! —gritó Tara con todas sus fuerzas, aunque dudaba de que su voz pudiera oírse por encima del caos y del fragor de las llamas.

—¡Tara, cariño! ¿Dónde estás?

—¡Aquí! —consiguió gritar, con la voz cada vez más débil y ronca—. Aquí.

Lo oyó aproximarse sobre las tablas del suelo.

—Oh, Dios mío, Tara…

Entonces lo sintió junto a ella y su brazo rodeándole la cintura. Intentó abrir los ojos, pero los párpados no le respondieron.

—Dios mío, Tara… Aguanta.

A Tara le dolían horriblemente los pulmones y se sentía cansada, demasiado cansada para quedarse con él.

—¡No te duermas!

Muy cansada…

—¡No me dejes, maldita sea! ¡Tara! ¿Puedes oírme?

Mientras sentía cómo la levantaban, intentó separar los labios, abrir la boca, decir algo, hacer lo que fuera con tal de aliviar la desesperación y el pánico que oía en la voz de Clint, cuyo corazón volvía a romperse en pedazos.

Una voz interior le gritó que permaneciera despierta. Que se quedara con él. Clint la necesitaba. Necesitaba salvarla. No podía perder a otra persona a la que quería. Y ella sabía que la quería.

Pero el esfuerzo era demasiado grande. Los pensamientos la abandonaban. Y también sus últimas fuerzas.

Hasta que todo fue oscuridad.

* * *

Su pasado siempre lo había atormentado.

Pero durante los tres últimos días le había mostrado sus afilados colmillos.

Clint estaba en la puerta de la habitación del hospital, contemplando a la mujer que yacía en la cama. Parecía tan joven, tan frágil, tan hermosa…

Y sin conocimiento.

Tara no había despertado desde que él la sacara de su casa, tres días atrás, y la depositara en una camilla. No había esperado que se sentara y pidiera un vaso de agua, pero mientras iba a su lado en la ambulancia, había albergado la tímida esperanza de que moviera los párpados o emitiera algún sonido. Cualquier cosa que le dijera que iba a sobrevivir.

Los médicos no se atrevían a decir gran cosa. Algunos lo conocían de tres años atrás y no querían darle falsas esperanzas. Pero habían hecho todo lo que estaba en sus manos. Ahora sólo era cuestión de esperar.

Se acercó a los pies de la cama con expresión adusta. En contraste, la luz del amanecer hacía que el rostro de Tara pareciera radiante y relajado, con sus rizos rubios desparramados sobre la almohada. Gracias a Dios no había sufrido quemaduras, pero el humo le había afectado la garganta y los pulmones.

Sacudido por el miedo y la ansiedad, se aferró a la barra metálica de la cama. Si Tara moría, él nunca podría perdonarse a sí mismo.

Pero aunque sobreviviera, ¿podría perdonarse?

—¿Señor Andover?

—¿Sí? —preguntó él sin volverse hacia la enfermera que acababa de entrar.

—Tengo que ocuparme de Tara —dijo ella amablemente—. ¿Le importa esperar fuera unos minutos?

La idea de dejarla un solo segundo lo volvía loco, pero no discutió ni protestó. Aquellas personas querían a Tara y harían lo mejor para ella. Había que confiar en su buen juicio.

Salió de la habitación y fue hacia la sala de espera. David Sorrenson estaba en el rancho, cuidando a Jane y a Autumn, pero Ryan y Alex estaban allí, en silencio, fingiendo que leían el periódico. Los dos se pusieron en pie al ver a Clint.

—¿Se sabe algo? —le preguntó Ryan.

—No.

—Si hay algo que podamos hacer…

—Podéis traerme la cabeza de ese canalla en una bandeja —espetó Clint, apretando los puños.

—Lo haremos —dijeron sus dos amigos a la vez.

Tal vez fuera una promesa vana, ya que no tenían la menor idea de quién podía ser el culpable, pero a Clint lo ayudó, igual que su compañía.

Algo había cambiado en él desde que conoció a Tara. Ahora estaba mucho más dispuesto a aceptar la ayuda de sus amigos en vez de empeñarse en hacerlo todo él.

A través de Tara, había descubierto que necesitar a las personas no era un signo de debilidad. La debilidad era fingir que no se necesitaba a nadie.

—¿Sabéis algo de la policía o de los bomberos? —les preguntó.

—Están convencidos de que el incendio fue provocado.

—Menuda novedad —murmuró Clint con sarcasmo—. Si Tara… si ella… Bueno, por el bien de ese bastardo que no sea yo quien le ponga las manos encima.

Ryan le puso una mano en el hombro.

—Deberías irte a casa y dormir un poco.

—No voy a ir a ninguna parte. Aún no.

Alex miró a Ryan con el ceño fruncido.

—¿Acaso tú dejarías a la mujer a la que amas, estúpido?

—¿Acabas de llamarme estúpido?

—Sí, eso te he llamado.

—Tienes suerte de que estemos en un hospital —le dijo Ryan, entornando la mirada—. Así no tendrán que mandar una ambulancia a buscarte cuando haya acabado contigo.

Clint apenas oyó la ridícula discusión, porque su mente se había detenido en la pregunta que había formulado Alex.

«La mujer a la que amas».

Aquellas palabras se le clavaron en el corazón, igual que había hecho Tara un centenar de veces sin darse cuenta, cuando intentaba romper su férrea voluntad siendo la mujer tan sorprendente que era.

Amor…

¿Sería posible? ¿Acaso un sentimiento semejante había traspasado su pecho marcado y se había abierto camino hasta el alma de un hombre que no creía que jamás podría volver a amar a una mujer?

—Míralo —dijo Ryan, cansado de intercambiar insultos con Alex —. Parece que está en otro mundo. Necesita dormir un poco.

—A quien necesito es a ella —declaró Clint con dureza.

Ryan asintió, y Alex le dio una palmada en la espalda.

—Aquí estaremos para lo que haga falta.

Clint se lo agradeció con un breve asentimiento de cabeza y salió de la sala de espera. Tenía que volver junto a Tara. Aunque no pudiera oírlo, tenía que decirle cómo había cambiado gracias a ella, cómo lo había ayudado a ahuyentar sus pesadillas. Tenía que sostenerla en sus brazos y decirle que le había hecho olvidar el pasado.

Y que le había hecho querer vivir de nuevo.

* * *

El confuso mundo que la rodeaba fue poco a poco adquiriendo forma. Como una niña recién nacida que abriera sus ojos a la vida,

lo primero que Tara vio fue una luz cegadora, para después empezar a distinguir objetos, movimiento…

Y finalmente al hombre que estaba sentado junto a la cama.

—¿Clint? —lo llamó con voz ronca y débil.

Él asintió, mirándola con ternura.

—Gracias a Dios. Sólo podía rezar para que volvieras conmigo.

Su voz sonaba distante, pero Tara sabía que no estaba soñando. Sabía que no estaba en el Cielo.

¿O sí lo estaba?

Luchó por mantener la mirada fija en él, pero los párpados le pesaban terriblemente y tuvo que parpadear unas cuantas veces. Vestido con unos vaqueros y un jersey negro, Clint Andover, el hombre de sus sueños, le sonreía.

—Feliz Navidad, cariño.

Tara estaba un poco confusa. ¿Había permanecido inconsciente durante tanto tiempo?

—¿Es Navidad?

—Lo será mañana. Pero quiero empezar a celebrarla hoy —le dijo con una ceja arqueada—. No te importa, ¿verdad?

—En absoluto —respondió ella, consiguiendo esbozar una pequeña sonrisa—. ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? Si hoy es Nochebuena…

Una sombra de arrepentimiento oscureció los ojos de Clint.

—Unos cuantos días.

Al oírlo, Tara dejó caer la cabeza en la almohada y cerró los ojos. Unos cuantos días, pensó, recordando las llamas, el humo y el miedo que la ahogaban como un océano embravecido. Había sido una experiencia terrible que recordaría el resto de su vida.

Pero todo había pasado, se dijo a sí misma, y consiguió abrir los ojos de nuevo para mirar otra vez a Clint… y la expresión que brillaba en su rostro.

Si no lo conociera tanto, pensaría que era una expresión de…

Apartó rápidamente ese pensamiento.

—Fue él, ¿verdad?

—Eso creemos.

—¿Por qué? Ojalá pudiera entenderlo.

—Ninguna persona cuerda puede entender a un psicópata, Tara.

Un escalofrío le recorrió la columna, debilitándola aún más.

—¿Jane y la niña…?

—Están bien —le aseguró él.

—Mi casa…

—No pienses en ello.

—¿Qué le ha pasado a mi casa? —preguntó con más fuerza de la que creía tener. Sospechaba cuál era la respuesta, pero tenía que oírsela a Clint.

Él respiró hondo y sacudió la cabeza.

—Lo siento.

Tara apartó la mirada, sintiendo cómo el corazón se le encogía de dolor. Su casa. El lugar donde había crecido, donde su madre la había querido y educado. Y más tarde, su refugio del mundo exterior y de la mujer que tenía que ser para los demás.

Y por fin, el lugar donde se había liberado de sus restricciones y había sacado de su interior a la mujer que siempre había deseado ser.

La casa donde había desafiado sus propias limitaciones y se había enamorado.

Clint le tomó la mano y se la llevó a los labios.

—Pero estás aquí, y estás viva.

—Sí.

Él se inclinó hacia ella.

—Y lo quieras aceptar o no, tienes un hogar. Conmigo.

—¿Qué?

—Siempre que puedas perdonarme —dijo él con la voz un poco tensa.

—¿Perdonarte por qué?

—Por haberte dejado la otra noche.

—El incendio no fue culpa tuya —replicó ella con toda la vehemencia que pudo—. Ningún incendio fue culpa tuya. Tienes que aceptar eso, Clint. Eres un hombre maravilloso. Y un gran protector.

Clint apretó la mandíbula y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Te amo, Tara.

Por un momento ella se quedó atónita. ¿Lo había oído bien?

—¿De verdad?

—Te amo desesperadamente —susurró él, y le dio un suave beso en los labios.

—Clint…

—Pensaba que nunca podría volver a amar a nadie —dijo él con la voz cargada de emoción, apoyando la frente contra la suya—. Creía que estaba muerto por dentro —le agarró la mano y se la llevó al pecho—. Esta cicatriz era yo, cariño. Herido, abrasado, destrozado… Y sin permitirme sanar.

Tara no podía creer lo que estaba oyendo. Era como estar en un sueño. En aquel hermoso sueño en el que Clint y su hija iban a despertarla a la cama.

Pero aquello era real.

Clint la miró finamente con los ojos llenos de amor y pasión.

—Estas últimas semanas han sido las semanas más increíbles de mi vida. ¿Quién hubiera pensado que…? Quiero decir, nos hemos reencontrado en las circunstancias más extrañas posibles.

—En las más espantosas.

—Sí, pero…

—¿Pero? —lo apremió ella, sintiendo cómo el pulso se le aceleraba aún más.

—Nunca pensé que diría esto, pero después de la adversidad viene el amor. Un amor maravilloso.

—¿De verdad me amas? —volvió a preguntar ella. Necesitaba que se lo repitiera una y otra vez.

—No puedes imaginarte cuánto.

—Oh, Clint, yo…

«Yo también te amo».

¿Qué demonios le pasaba?, se preguntó, abrumada por el momento. Había estado enamorada de aquel hombre desde siempre, según parecía, y se lo había admitido a sí misma semanas antes. Pero ahora… ¿por qué no podía pronunciar las palabras?

Clint se rió.

—No tengas miedo de decirlo, cariño. No es tan doloroso como temía.

—¿Doloroso?

—Renunciar al autocontrol y al instinto de supervivencia puede resultar aterrador.

Tara se limitó a mirarlo, sorprendida del cambio que había experimentado Clint.

—Pero expresar lo que sientes y pedir lo que quieres… es algo

insuperable.

Ella quería decirlo. Necesitaba hacerlo. Durante demasiados años había embotellado sus sentimientos, como un vino añejo en una bodega oscura y polvorienta, sacrificándose por los demás y por su propia supervivencia.

Levantó la mirada hacia Clint y vio la verdad en sus ojos. El futuro. Lo que podría tener si era lo bastante valiente para aceptarlo.

—Yo también te amo —declaró, aupándose unos centímetros para estar a su misma altura—. Te amo con todo mi corazón.

El se acercó, calentándola con el calor que irradiaba su cuerpo.

—¿Podemos empezar una nueva vida, Tara?

—¿Juntos?

—Sí.

—¿Con promesas, con una casa y… niños?

—Muchos niños —afirmó él con una amplia sonrisa.

A Tara le temblaron los labios y tuvo que tragar saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta.

—Oh, sí.

—¿Te casarás conmigo?

—¿Cuándo? —preguntó ella, creyendo que el corazón se le había detenido.

Clint volvió a reírse.

—Lo antes posible.

Tara también se rió, pero tuvo que parar cuando empezó a toser.

—Bueno, quizá deberíamos esperar unos días. Hasta que salga del hospital.

El la besó con una ternura exquisita y rodeó la cama para tumbarse a su lado.

—Me parece el plan perfecto —dijo, y la rodeó con los brazos para apretarla contra él.

Tara cerró los ojos y recitó en silencio una oración de gratitud.

—Gracias —le susurró a Clint.

—¿Por qué, cariño?

—Por haberme rescatado.

—¿Del fuego?

Tara sonrió y apretó la cabeza contra su pecho.

—Del fuego, sí. Pero también de algo más importante: de una

vida sin ti.

Epílogo

Cinco días después…

La boda se celebró bajo la blanca arcada del cenador donde habían compartido su primer y segundo y beso, siendo el beso de aquella noche el que los convertía en marido y mujer.

Clint Andover tomó la mano de su hermosa mujer y la condujo por la alfombra roja de terciopelo que separaba a los dos centenares de invitados, quienes se pusieron todos en pie y rompieron a aplaudir.

Clint lucía una sonrisa de oreja a oreja. Aquél era un día que jamás creyó que volvería a ver. Pero Tara lo había cambiado, a él y a su vida, y sabía que con ella a su lado el pasado podría finalmente descansar en paz.

La celebración discurría con música, jolgorio, comida y bebida. Clint llevó a Tara a la zona del banquete, engalanada como ella había encargado. Bajo el cielo estrellado de Texas, y rodeados por árboles y estufas estratégicamente repartidas, los camareros se paseaban con bandejas de champán y caviar. Era una ceremonia elegante y sencilla al mismo tiempo.

Clint le sonrió a su mujer. Elegante y sencilla como ella.

—¿Te importa si te robo a tu mujer por un minuto? —le preguntó Marissa Sorrenson, que iba acompañada de una Jane Doe ligeramente apesadumbrada.

—Sólo por un minuto —accedió Clint con burlona severidad—. Luego será toda mía.

Marissa sonrió y ella y Jane se llevaron a Tara, dejando a Clint

con sus compañeros del Texas
Cattleman's
Club.

—No puedo creer que Sorrenson y tú hayáis dado el paso decisivo —dijo Ryan, sacudiendo la cabeza con pesar—. ¿Qué demonios está pasando aquí?

David se echó a reír y le dio una palmada en la espalda.

—Tú puedes ser el siguiente, Evans.

—No digas tonterías.

—¿Y tú, Kent?

Alex soltó un resoplido.

—Hará falta algo más que una cara bonita para que yo vuelva a ponerme uno de estos trajes ridículos, os lo aseguro.

—Cuando aparece la mujer adecuada… —insinuó Clint.

—Ése es el problema —dijo Ryan, sonriendo—. Demasiadas mujeres adecuadas y muy poco tiempo.

—Lo mismo digo —corroboró Alex, tomando una copa de champán.

—Bueno, chicos, os deseo una feliz cacería. Yo tengo que sacar a bailar a mi mujer adecuada —dijo David, riendo, y se alejó hacia Marissa.

Clint le puso su copa de champán intacta a Alex en la mano.

—Y yo también.

Los otros dos hombres se echaron a reír, pero los felicitaron efusivamente mientras Clint se dirigía hacia Tara, que estaba junto a la pista de baile, hablando con Marissa y Jane.

Por un momento se dedicó a contemplarla. Parecía un ángel con su vestido blanco de novia, sus rizos rubios cayéndole sueltos por los hombros, sus ojos brillantes y sus mejillas sonrosadas por el frío… o tal vez porque ardían de amor.

—¿Me concede este baile, señora Andover? —le preguntó con una reverencia.

Ella se echó a reír y le devolvió la reverencia.

—Será un placer, señor Andover.

Bajo la atenta mirada de Marissa, David y Jane, y tal vez la de cientos de invitados, Clint condujo a Tara a la improvisada pista de baile.

—¿Te he dicho lo guapa que estás esta noche? —le preguntó,

tomándola en sus brazos.

—Sí, me lo has dicho —respondió ella con voz suave—. Pero me encanta oírtelo decir.

—Entonces te lo seguiré diciendo.

—Oh, eso espero… —sonrió—. Oh, no hemos hecho un brindis para nuestros invitados.

—¿Qué te parece mejor un brindis privado?

—Perfecto.

—Por el Año Nuevo —dijo él, besándola suavemente.

—Por el Año Nuevo —repitió ella.

—Y por la vida —añadió él, volviendo a besarla.

—Y el amor —susurró ella.

A Clint se le hizo un nudo de emoción en el pecho. Se detuvo en mitad de la fiesta, en mitad de la canción, y tomó el rostro de Tara entre las manos.

—Por ti, mi dulce Tara.

FIN



La autora de *Bestsellers*, Laura Wright ha pasado la mayor parte de su vida sumergida en el mundo de actuar, de cantar y de baile de salón y competitivo. ¡Pero cuando comenzó a escribir, sabía que había encontrado el verdadero deseo de su corazón! (Aparte de un nuevo bebé). Junto con cuatro hermanos y muchos gatos, Laura creció en Edina, Minnesota, y aunque encontró aventuras en localidades como Nueva York, Ohio, Milwaukee y San Diego, ella finalmente encontró su «norte verdadero» en Los Ángeles con su marido, actor de teatro. Laura cree sinceramente en la familia, los amigos del corazón y la energía curativa del amor, y espera que ella en sus libros refleje esos valores.